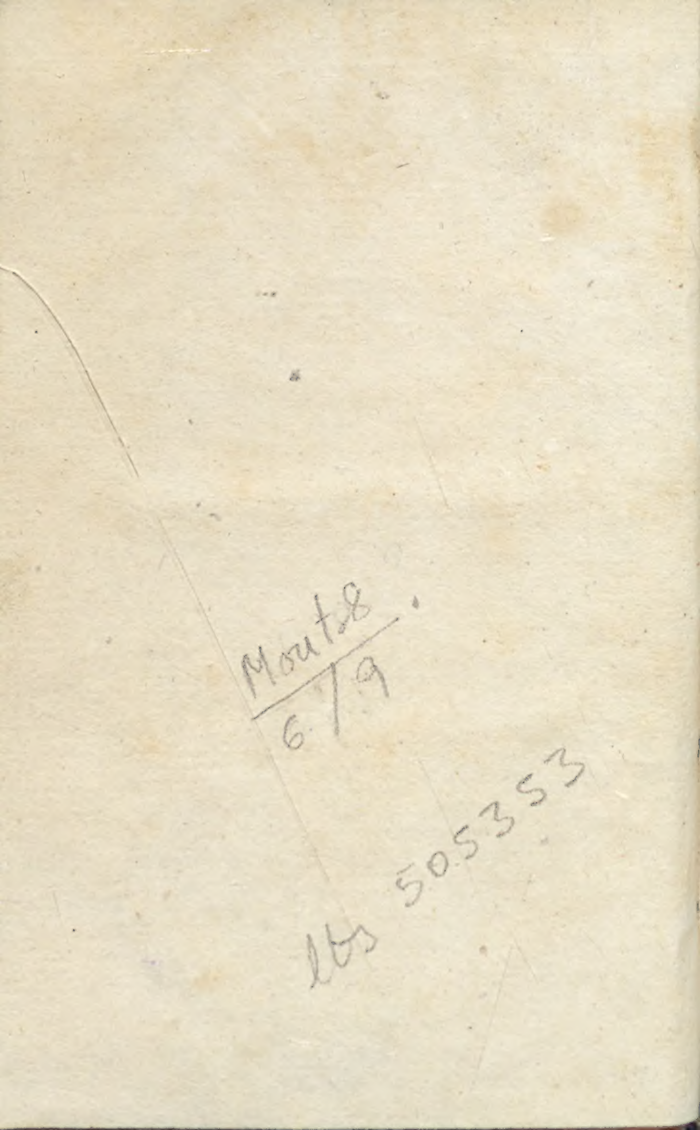







Mout.8
6/9
ltb 505353

ANA,

Ó LA HEREDERA DEL PAÍS DE GALES:

TRADUCIDA

POR

DON FELIX ENCISO S. A.

TOMO II.

MADRID.

Imprenta de Repullés.

1818.

ANA,

Ó LA HEREDERA DEL PAÍS DE GALES.

CAPÍTULO XXV.

Nuevos conocidos.

Al concluir el año se acabó el vestido de Lady Edwin: fue enviado á Londres, y allí obtuvo los aplausos de los mejores jueces en punto de bordados; pero su voto no envaneció á Ana tanto como excitó su gratitud el regalo que acompañaba á la carta, en que Lady la daba las gracias. Mistres Mansel admitió el empleo de tesorera de nuestra heroina, y ésta empezó otro vestido para Mis Edwin.

La familia de Madama Herbert volvió apénas principió la primavera. Ana, que entonces tenia diez y ocho años, y

Mis Patty veinte, habian contraido una amistad tierna y sincera. Las pueriles diversiones, que hasta entonces empleaban sus horas de recreo, cesaron para dar lugar á ocupaciones mas útiles. Los sólidos principios de buen gusto y discernimiento que Mr. Melmoth habia dado á la primera, y que Mistres Mansel habia perfeccionado, estaban entonces en todo su explendor, y las dos amigas se fueron mútuamente útiles. La educacion de Mis Herbert habia sido buena, aunque corta, y su residencia en Bath, donde pasó la mayor parte del año, la habia dado unas ideas del gran mundo, de que carecia absolutamente Ana, la cual, si bien no tenia el uso ó práctica de aquellas cosas, tenia todas las disposiciones necesarias para adquirirla fácilmente, y sobre todo se hallaba con un fondo de conocimientos, que no se adquieren sin fatiga, y que la habia proporcionado la ventajosa situacion de sus primeros años. Leyendo cons-

tantemente se habia formado el gusto y el entendimiento: estaba dotada de una gran memoria, y las cosas de que hablaba á su amiga en pago de las lecciones de práctica del mundo, que ella la daba, eran de tal naturaleza, que no podian menos de ser bien recibidas por una persona sensible. En fin, ellas estaban tan contentas una de otra, y tan deseosas de estar juntas, que Madama Herbert consintió en que Patty viviese una semana en casa de Mistres Mansel, con tal de que ésta dejase pasar á Ana la siguiente en la quinta.

En esta íntima y tierna comunicacion pasaron Mayo, Junio y Julio, sin que un solo pensamiento triste turbase su tranquilidad, á excepcion de los que causaba la enfermedad de Mistres Mansel, la que sin embargo presentaba un aspecto mas favorable.

En este período se presentó en la quinta un jóven desconocido para Ana. Ella y

Mr. Cárlos Herbert estaban perfectamente informados de sus caractéres respectivos, y segun las noticias que ambos habian adquirido tenian uno de otro las ideas mas favorables. Pero por mas elevado que fuese el concepto que el jóven habia formado, no pudo disimular su admiracion cuando su hermana le presentó á su amiga. Parecióle realmente superior á cuanto puede delinear la pintura, ó fingir la imaginacion de un poeta enamorado. Fue una felicidad para él que su madre le hubiese preparado, confiándole un secreto que ella creía cierto; es decir, que Ana estaba prometida á Wilkinson: tambien fue felicidad que las ideas particulares del jóven fuesen conformes á las de los antiguos héroes de la Cambria, que miraban como un delito invadir la propiedad agena.

Tenia entonces Mr. Herbert veinte y cuatro años: su figura era interesante; modales francos y políticos; ojos que ha-

blaban al corazon cuando el suyo estaba afectado; y en una palabra, tenia cuanto se necesita para agradar. Era á un mismo tiempo el hombre mas valiente y mas sensible, pues al momento en que la injuria excitaba algun resentimiento en su alma, la narracion de algun infortunio bastaba para hacerle desmayar á fuerza de su sensibilidad: su bolsillo estaba siempre abierto para socorrer á los menesterosos: era demasiado generoso para ser rico, y demasiado franco en la confesion de sus propias flaquezas para pasar por un santo; pues en efecto, algunos pequeños extravíos de su conducta respecto al bello sexo afligian á su madre, quien recelaba que heredase las indiscreciones de su padre; pero bastaba mirarle á la cara para tranquilizarse, pues era el hijo mas tierno y mas respetuoso, y á sus ojos la madre era la primera muger del mundo. Siendo fogoso y exaltado, lo que acaso dependia de la viveza de su sangre, cuando era necesa-

rio sabia vencerse. Tenia tal franqueza, que podia confundirse con la imprudencia segun el modo de juzgar de ciertas personas; pero esta franqueza nacia de un corazon honrado, que no teniendo nada que ocultar, no desdeña de mostrarse tal como es. Decir una cosa por otra era para él el mas detestable de los vicios, y afectar lo que no sentia le parecia la cosa mas dificil.

La carrera á que le habian destinado le obligaba á dedicarse al estudio; pero nada estaba mas distante de él que la pedantería, y así era el ídolo de su madre. Mr. Herbert se vanagloriaba de tener tal hijo, y Patty y él parecia que no tenian mas que un solo corazon.

Tal como él fuese, lo cierto es que apénas Ana le vió la primera vez cuando se convenció de que habia hombres en el mundo, y que éste era uno de ellos, mucho mas cerca de la perfeccion que Wilkinson, que se hallaba presente, y que

en esta comparacion secreta que ella hizo no sacó toda la ventaja que hubiera deseado. Nada se escapa á los ojos de un amante: la admiracion de Herbert al examinar el irreprensible porte de la hermosa Ana, su atencion á cada una de sus acciones, la visible aprobacion que se leía en sus ojos cuando hablaba excitaron un tropel de temores en el pecho de Wilkinson: entraron en su alma los zelos por la vez primera; y verdaderamente si cuando él solo era quien visitaba aquel objeto de su amor, y cuando ella no recibia los homenages de otro hombre alguno, conservaba su indiferencia, y despreciaba sus ofertas, ¿qué no tenia que temer cuando un rival amable y perfecto se hallaba quizás pronto á aprovecharse de todas las ventajas que podia darle la indiferencia con que él era tratado?

Un solo medio le ocurrió para prevenir este fatal golpe. Conocia el honor, los principios y la probidad del joven

Herbert, y estaba cierto de que seria incapaz de desear, ni aun de concebir la idea de hacerle ninguna ofensa, si podia llegar á persuadirle que era el novio de Ana. Sabia que su empeño le pondria á cubierto de toda tentativa que quisiese emprender por su parte para turbarle en sus inclinaciones; y apénas se presentó la ocasion cuando puso en práctica esta intriga, que era la primera de que en su vida habia echado mano. Esta declaracion, confirmada inocentemente por Madama Herbert, y fortificada por las conversaciones de los vecinos, no dejó duda alguna á Cárlos, y dió á Wilkinson la enhorabuena, porque su eleccion habia caido en la persona mas amable que jamás habia visto; y añadió con su natural franqueza, que si ella hubiese estado libre, él se hubiera declarado su esclavo.

Los vecinos, como es costumbre llamarlos en las provincias, acudieron de veinte millas á la redonda para ver al jó-

ven Herbert, y estas visitas interrumpieron algun tiempo los felices ratos que las dos amigas acostumbraban dedicar á sus diversiones favoritas. Ana, aunque á fuerza de ruegos, obtuvo el permiso de permanecer en casa de Mr. Mansel hasta que cesaron las visitas, y Mis Herbert, cuando en su quinta solo habia concurrencia de hombres, iba á desayunarse con ella, y algunas veces se tomaba el trabajo de acompañarla su hermano, que la amaba demasiado para permitir que fuese sola; pero Ana, que se sentia algo indecisa á vista de esta compañía, no pensaba en detenerla: así ella se despedia regularmente despues del desayuno. Por fin, con gran sentimiento de Wilkinson la quinta quedó libre de huéspedes, y se volvió al método antiguo de vida: bien es que él era de la partida siempre que se lo permitian sus negocios.

Mr. Herbert era aficionado á la música, y tocaba algunos instrumentos, can-

taba con mucho estilo, y su voz era melodiosa. Wilkinson gustaba tambien de oir cantar á Ana, acompañándose á sí misma; pero no podia decir ni una sola palabra acerca del mérito de las composiciones de Handel. Su sociedad, que habia sido agradable, comenzó á ser indiferente, y paró en fastidiosa. Sus indiscretas atenciones privaban muchas veces á Ana de la conversacion de un hombre sensible é instruido, que cuando ella le hablaba brillaban de placer sus ojos, y seguramente andaba poco político el señor Wilkinson en aceptar la silla junto á Ana cuando Herbert se la ofrecia, lo cual sucedia frecuentemente, y Ana no podia comprender la causa por qué el mismo Herbert, que tan solícito andaba en ponerse á su lado cuando iban á paseo, estaba siempre tan pronto á ceder su lugar a Wilkinson luego que este llegaba.

Herbert no por eso dejaba de agradar á todos: Mr. y Mistres Mansel le distin-

guian visiblemente; pero como él nunca los hablaba de Ana, ellos imitaban su silencio: en cuanto al enamorado, como nunca volvió á hablar de su amor cuando estaba solo con Ana, ésta no tuvo ocasion de repetirle que la era imposible corresponderle. Con todo, él siempre afectaba en público todas las apariencias de un amante favorecido; pero sin embago, esto solo sucedia dos veces á la semana, pues los demas dias ningun amante zeloso interrumpia las conversaciones favoritas de ella, ni sus interesantes paseos de por la tarde, y entonces era el único objeto de la atencion de Mr Herbert. No formando ella ningun deseo que no estuviese autorizado por la virtud, y animada á desplegar modestamente sus superiores conocimientos y sus habilidades, tocaba y cantaba sus árias favoritas, se paseaba con Herbert, y le prestaba su atencion cuando delante de su madre leía á Milton, ó algun otro autor célebre.

Así pasaron felizmente Agosto y Setiembre ; pero una carta que llegó entonces interrumpió sus agradables pasatiempos anunciando la próxima visita de Mis Edwin. Dos meses antes se hubiera regocijado mucho nuestra Ana de ver á Cecilia ; pero ahora.... ella venia á desconcertar sus planes de diversion : amaba á Cárlos Herbert, y sin duda era amada de él. Ya se sabe que el amor no alegra las tertulias, y Mr. Wilkinson era la prueba de esto, pues jamás iba á la suya sin llevar consigo el tédio. Ana gustaba tan poco de la sociedad de los amantes, que se propuso quedarse en casa mientras que ellos permanecian en la quinta, pues si hubiera ido á ella, Ana hubiera descuidado sus labores, Mis Herbert no hubiera podido leer á Milton, Mis Edwin con dificultad prestaria atencion á este autor, y aun acaso le hubiera interrumpido en los pasages que mas gustaban á nuestra heroina, la cual ciertamente no queria

estorbar á Cárlos, ni distraerle de la felicidad de estar al lado de Cecilia.

Iba formando este plan mientras atravesaba el valle para restituirse á su casa, cuando al volver un recodo se halló á Cárlos Herbert; y ya fuese por la sorpresa que la causó esta aparicion, ó por el disgusto de verse interrumpida en sus reflexiones, ó por cualquiera otra cosa, lo cierto es que al pronto se puso colorada, y despues pálida como un cadáver. Mr. Herbert, que como ya he dicho era bondadoso y sensible, corrió á ella preguntándola la causa de su turbacion: se disculpó de haberse presentado tan repentinamente, y confesó que era tanto mas culpable, cuanto la habia visto venir desde que ella atravesaba el puente, y que se habia acercado con designio de sorprenderla; pero, añadió, que el miedo que la habia causado era su mayor castigo, y que no se tranquilizaria hasta saber que ella le habia perdonado.

Ana, que habia tenido tiempo de volver en sí, se disculpó tambien por haberle asustado; y él, alargándola la mano, la dijo: — ¿Me perdonareis, Mis Mansel? ¿sereis tan bondadosa que....? Diciendo esto conservaba su mano extendida como pidiendo la suya, la cual ella alargó despues de haber titubeado un instante. Con una sensibilidad mas fácil de sentir que de pintar, él puso involuntariamente una rodilla en tierra, y apretó aquella mano contra sus labios, que estaban temblando; y como ella la retirase con alguna agitacion, exclamó él: — ¡Cuán dichoso es el afortunado mortal que distingue esos hermosos ojos! ¡Oh, Ana! todavia os poneis colorada, y me pareceis inquieta: no temais, mi amable Ana: estad segura de que os hallais al abrigo de cualquier insulto, y no me mireis sino como el apoyo de vuestro honor, pues daria mi sangre y mi vida por defenderle. Yo respeto la union de dos corazones, y

ni aun para con vos misma me permitiria un solo deseo capaz de alterar vuestra confianza, y turbar vuestro reposo. Pero, ¿por qué ese silencio y esa reserva?..... ¡Ah! exclamó retirándose uno ú dos pasos, ahora veo la causa.

En este momento, y con gran sorpresa de Ana, *se vió á Mr. Wilkinson, que salia del bosque, y se acercaba con* tanta inquietud como *precipitacion.* Un nuevo matiz encarnado pareció sobre las megillas de nuestra heroina mientras que Wilkinson pasó de largo muy sério, y sin corresponder á su saludo. Sin saber por qué se aumentó su confusion, y al volver los ojos á un lado vió los de Herbert fijos en el suelo como en ademan de estar pensativo. — Ya veo, Mis Mansel, dijo él, ya veo toda la imprudencia que he sido capaz de cometer. ¡Feliz, feliz mortal! voy á desengañarle.

Á estas palabras corrió á alcanzar á Wilkinson, dejando á Ana sin aliento

para detenerle, aunque con grandes deseos de disipar el error en que veía se hallaba; pero él volvió bien pronto, trayendo del brazo á Wilkinson, y pidiendo perdon de su conducta, á lo cual ella respondió que no estaba ofendida. Wilkinson intentó coger su mano...... ¡qué insulto! ¿qué pensaria Herbert? Sus ojos se inflamaron con sola esta idea, pues como ya he dicho ella era viva en sus resentimientos. Sin embargo, su semblante hizo traicion á sus sensaciones, y Herbert se alejó prudentemente, dejando al amante en libertad de defender su causa. La apariencia de seguridad que éste tuvo tanto trabajo en figurar se convirtió en abatimiento luego que se ausentó el otro.

Convencido de que no tenia otra esperanza que la que estaba fundada sobre el engaño de Cárlos, temia el momento en que éste se desengañase, y por otra parte no carecia de penetracion para conocer que su conducta, lejos de conciliarle el afecto

de Ana, la irritaba contra él; pero aun conservaba cierto rayo de esperanza, y mientras subsistiese no podia resolverse á variar el plan que la mantenia. Pero entonces que estaba á solas con Ana, y sabia los falsos informes con que habia fomentado los rumores que corrian, ¿qué razones podia alegar en favor de una conducta que á los ojos de su amada no podia parecer sino el efecto de un despreciable artificio? Arrodillóse á sus pies: imploró su piedad: dijo que el artificio, que el amor que le habia inspirado era el único que jamás habia conocido: confesó que habia merecido su cólera: pidió perdon por haber cedido al irresistible impulso de su pasion; y en efecto, entonces fue elocuente, pues para serlo no tenia mas que abandonarse á sus propios sentimientos.

El corazon de Ana, naturalmente bondadoso y compasivo, se endureció como una piedra. Veía en las acciones de

aquel hombre una doblez, que la ofendia tanto mas cuanto era efecto de un plan premeditado; y cuando pensaba que Mr. Herbert, aunque su opinion la fuese indiferente, era tambien víctima de este engaño, toda la cólera y resentimiento de que es capaz un alma se volvió contra Wilkinson. ¿En este caso podria resolverse á continuar con él su paseo á la quinta? ¿No seria esto confirmar el error de sus amigos? La idea de que esta circunstancia seria dar á Wilkinson un motivo de triunfo la decidió á volverse á la aldea sin dignarse responderle una palabra: y con efecto regresó á casa, sorprendiendo no poco á sus amigos.

CAPÍTULO XXVI.

La fuerza de la resolucion.

Wilkinson la siguió sin obtener ninguna respuesta, y ella disimuló la causa de su pronto regreso, pretestando un re-

pentino dolor de cabeza, por lo cual se retiró inmediatamente á su cuarto, donde Mr. Mansel la siguió rogándola que tomase alguna cosa; pero ella, agradeciendo sus cuidados, le aseguró que un poco de sosiego bastaria para mejorarla, y le suplicó que la dejase sola.

Sus reflexiones sobre cuanto habia pasado recibieron mayor grado de acritud por la disposicion de espíritu con que Cárlos Herbert se habia separado de ella: recordaba á su memoria todas las circunstancias, y por mas confusas que fuesen, sentia aun el temblor de su mano cuando apretaba la suya: su voz, siempre agradable, tenia entonces una modulacion, que hacia palpitar su corazon: ¡con qué expresion hablaba de la amistad! ¡qué hombre tan amable! ¿Por qué le habia de engañar? ¿por qué razon habia de mantener alucinados á Mr. Herbert y á Patty? Pues por grande que fuese su amistad con esta última, enmedio de sus mutuos cari-

ños, jamás el amor habia sido el objeto de sus conversaciones.

Si Mis Herbert tenia alguna relacion de esta especie, nunca se la habia descubierto á Ana, y en cuanto á ésta, sin duda Patty habia oido lo que se decia en el pueblo, y los términos en que Wilkinson estaba con su amiga no lo contradecian violentamente; pero como nunca se hacia entrar este asunto en sus conversaciones, y como Patty por su lado evitaba mas bien que buscaba una confianza de esta clase, absolutamente ellas no habian tocado á este punto. El amante era evidentemente el mas atento y mas apasionado de los hombres, y Ana la mas tranquila y mas indiferente de las mugeres; pero como no se ignoraba su situacion, era de inferir que por su lado era este un matrimonio de comodidad: esto era tanto mas verosimil cuanto hacia muy poco tiempo que Ana, y no Mis Herbert, habia reparado que las atenciones de Wil-

kinson eran molestas, y estaban muy cerca de fastidiar á la que se dirigian.

Cualesquiera que fuesen las razones de Mis Herbert, ella guardaba el mas profundo silencio en este punto; pero este mismo silencio indisponia á Ana contra Wilkinson mas que todo lo restante, pues le miraba como efecto de sus artificios, y estaba determinada á descubrirlos. No la parecia dificil desengañar á sus amigos, pues para ello no tenia mas que suplicar á Mr. Mansel que rehusase las odiosas visitas de Wilkinson: pensaba ademas instruir á Madama Herbert de su repugnancia al matrimonio, y rogar á su querida Patty que la auxiliase en conciliar á todo el mundo con su resolucion de no oir hablar otra vez de una pasion, que jamás habia experimentado, ni tampoco podria aprobar.

Esta resolucion curó su dolor de cabeza; pues no bien la formó cuando, impaciente por ponerla en ejecucion, bajó

al gabinete de Mr. Mansel. La atenta postura en que vió á Wilkinson, que estaba seriamente hablando con Mistres Mansel, la cual estaba llorando, sorprendió y descontentó á Ana, y á ellos sucedió igual cosa al verla; pues su presencia terminó la conversacion. Pero ocupada únicamente en el designio de librarse de un amante, á quien no queria, se determinó á pedir una audiencia: su confusion no la detuvo sino por un momento, y bullendo en su cabeza todo cuanto tenia que decir, no la permitió pensar en otra cosa, y así rogó á su amiga quisiese acompañarla al jardin por un instante. Era preciso que estuviese muy distraida para hacer semejante proposicion á una señora, que dos meses hacia no podia levantarse de una silla á causa de su pierna, que cada vez se empeoraba: por lo cual, sorprendida Mistres Mansel, no la contestó sino mostrándola su pierna tendida sobre un almohadon. Ana, vuelta

en su acuerdo, conoció su inconsideracion, y todavia mas consternada pidió la perdonase el haber podido olvidar un solo instante una cosa, que sentia con tantas veras. Sus lágrimas y su dolor daban tal expresion á sus escusas, que todo fue olvidado.

No se mortificó poco cuando vió que Wilkinson se quedaba á comer: bien pronto llegó un criado de la quinta á saber la causa que la habia impedido el ir, como tenia ofrecido, y entonces el dolor de cabeza sirvió de escusa á los amigos de la quinta, como lo habia sido para la casa de Mansel.

Todas las tardes que el tiempo lo permitia hacia éste que condujesen á su esposa para proporcionarla la ventaja de un poco de movimiento y aire libre; pero aquel dia, como Ana la acompañaba, hubiera permanecido con mucho gusto en casa: mas ésta, olvidando su propio interés, pues esto la hubiera facilitado la

cónversacion que deseaba, la rogó que saliese á paseo; y á fin de no quedarse sola con Wilkinson determinó acompañarla, aunque conocia que no podia hacerlo, sin exponerse á que alguno de la quinta la viese, y quedase desmentida su disculpa; y así entre dos males escogió el último como el menor.

Aquel dia funesto debia serlo de mortificacion para nuestra heroina, pues apénas estaban á un cuarto de hora de la casa cuando encontró á Mr. Herbert y su hermana, que inquietos por la indisposicion de su amiga, iban á visitarla. Las chanzonetas de Patty y el aire sério y meditabundo de Cárlos la confundieron en términos, que hacia precisamente lo que queria evitar. Wilkinson iba á su lado, y desempeñaba todavia el papel de amante favorecido contra todo lo que ella habia resuelto. Patty, ignorante de lo que habia pasado por la mañana, continuaba chanceándose con su amiga, y

quejándose algunas veces de que los hubiese privado de su compañía, cuando de pronto Ana se vió incapaz de contenerse, volvió la cara, y comenzó á llorar amargamente. Mis Herbert, afligida é interesada al ver el efecto de su alegría inocente, la abrazó pidiéndola mil perdones: los ojos de Mr. Mansel dijeron mas que pudiera decir su lengua: Wilkinson mostró su oficiosidad y su cariño, y Cárlos dejó su aire de gravedad para dar lugar á la compasion; y mientras el paseo, que fue corto, habló muy poco, y pareció alegrarse sobremanera cuando concluyó. Mis Herbert se quedó á tomar el té con su amiga: su hermano se separó de ellas antes de llegar á la aldea á pretesto de que su madre le aguardaba, y Wilkinson tuvo media hora de audiencia secreta con el retor antes de acompañar á Patty cuando volvió á la quinta.

Apénas marcharon cuando Ana, cuyo corazon estaba enteramente ocupado

en su proyecto, y que habia sufrido extraordinariamente en el retardo de algunas horas, contó á Mistres Mansel lo que la habia pasado por la mañana, pintó vivamente la indignacion que la inspiraba la conducta de Wilkinson, y todavia mucho mas por la persuasion en que estaba de que él queria hacer creer que habia entre ambos cierto compromiso ó contrato, y concluyó suplicando la hiciese el favor de rehusar sus demasiado frecuentes visitas, ó por lo menos permitirla que no se presentase cuando él estuviese.

Sus amigos se mostraron igualmente afligidos de la entereza con que anunció la repugnancia que ellos habian tenido concibiese hácia un hombre, cuyo desinteresado amor se habian lisonjeado de que lograria vencerla. Mistres Mansel contestó que venia cansada del paseo, y que al otro dia hablarian juntas, y añadió que si insistia en ser inflexible no la instaria mas acerca de un punto, que en su opi-

nion debia ser muy interesante.

Ana, que siempre habia pensado que cuánto salia de la boca de su aya era la misma justicia y la misma razon, comprendió con un dolor excesivo que lo que habia suplicado estaba en oposicion con el dictámen de su querida amiga, y que solo su indulgencia seria la que podria hacer condescendiese con ello. Esta idea se aumentó con el conocimiento de sus obligaciones. Mr. Mansel y su esposa consentian en no instarla mas sobre un enlace, que les hubiera descargado del cuidado de mantenerla, cuyo gasto era superior á sus cortos medios, y disminuidos todavia mucho mas á causa de la enfermedad de ésta última; pues el hallarse muy distantes los médicos, á quienes era necesario consultar, hacia su existencia demasiado costosa. Verdad es que en este punto les habia sido muy útil la generosidad de Lady Edwin; pero este era un recurso que no podia durar, y vi-

vir siempre á expensas de los beneficios de sus amigos era una cosa dificil. Por otro lado el casarse solamente por interés era una cosa todavia peor, pues era ofrecer una injuria en pago del amor.

Estas reflexiones la tuvieron desvelada gran parte de la noche, y cuando por la mañana se levantó para ir á buscar á su amiga se halló con el rostro pálido, los ojos abatidos, y el corazon angustiado.

Mistres Mansel no habia pasado mejor noche: el interés con que miraba á aquella jóven, y por cuya prosperidad tenia un zelo maternal, se habia aumentado con la certeza que tenia de morir dentro de poco, y á pesar de su resignacion cristiana, la inquietaba la suerte de su Ana, si no tenia la felicidad de dejarla establecida.

Mr. Mansel podia tambien morir, y no tenia nada que dejarla: ¿ qué seria entonces de aquella pobre y amada jóven, sola en un mundo donde la inocencia y

el honor son las víctimas de los malvados, que por todos lados los acechan para atacarlos, y donde el vicio triunfa de la virtud modesta y del verdadero mérito? ¿De qué la servirian la delicadeza de sus sentimientos, la rectitud de sus principios, y la elegante sencillez de sus costumbres? Su misma belleza, lejos de ser una ventaja para ella, no haria mas que excitar los deseos de los seductores, y la envidia de sus mugeres. ¿Quién la protegeria? Con un corazon puro y acostumbrado á no ver mas que buenos ejemplos, ¿cómo la seria posible defenderse de unos atentados, de que ninguna idea tenia? ¿Cómo sostendria la cruel incertidumbre en que se hallaria cuando al entrar en el mundo viese que todas las virtudes, que tanto amaba, eran tan raras entre los hombres?

Wilkinson la habia excesivamente asustado y afligido con la relacion que la habia hecho de la escena del bosque: él

veía, ó creía ver empezada cierta relacion entre Herbert y Ana; y él habia pintado esta idea segun el colorido que le habia dado su pasion zelosa: así habia exagerado la alegría de Herbert, bosquejándola como un espíritu de libertinage: recordaba la mala conducta del padre, la absoluta dependencia de la familia en que estaba el hijo, el notorio orgullo de todas aquellas gentes; y de todo esto inferia el zeloso Wilkinson que era imposible que su rival llevase miras honestas. Mistres Mansel conocia muy bien la innata pureza de su pupila; y así no podia creer que fuese posible arrastrarla á ningun paso imprudente ni menos decoroso: pero no estaba tan segura en cuanto al sosiego de su corazon. Veía en ella tanta sensibilidad y tan poco artificio, que ni aun la mas ligera sospecha cabia en aquel corazon inocente, y por consecuencia Ana era la criatura mas á propósito para ser víctima de la credulidad en las primeras im-

presiones. El conocimiento que Místres Mansel tenia de los intereses de los Herberts confirmaba la relacion y los temores de Wilkinson, quien bajo una sancion tan respetable se atrevió á injuriar la tranquilidad y el carácter de Ana, apoyándose en los efectos que podia producir su intimidad con un jóven tan peligroso y tan insinuante; así es que no perdiendo de vista sus intereses propios, suplicó á Místres Mansel y á su esposo que le auxiliasen con su influjo, y uniesen á él sus ruegos para que Ana le concediese su mano.

Mr. Mansel se inclinaba realmente á seguir este camino, y aun tambien consintió en ello su muger, obligada de la inquietud que la excitó la narrativa del amante zeloso, y que luego se fortificó con la conducta de Ana; pero al mismo tiempo hizo prometer á su marido, que en el caso de que viesen que á la sensibilidad de Ana costaba demasiado la compla-

cencia de condescender con sus ruegos, no insistirian en ello: y como habian mandado á Mistres los baños de mar, ella se propuso irlos á tomar inmediatamente, llevándose consigo á su pupila. Mr. Mansel tenia en Swansea un pariente, que hacia á su muger las mayores instancias para que fuese á su casa; y Mistres, viendo cuan oportuno era el convite en aquellas circunstancias, se determinó á aceptarle, pensando detenerse allí hasta que Mr. Herbert dejase á Llandore; pero exigió de nuevo que no se molestase demasiado á Ana á vencer su inclinacion.

Cuando nuestra heroina se acercó á su amiga, iba bien penetrada del conocimiento de los favores que la debia, y esperando que haria los mayores esfuerzos en favor de un hombre, cuya pasion la hacia desgraciada, este temor la sobrecogio de modo que se paró, guardando un doloroso silencio, y anegada en un co-

pioso llanto; pero su buena amiga la tranquilizó pronto. Sus expresiones fueron tan discretas como amistosas: sus esfuerzos á favor de Wilkinson, aunque no eran vehementes, iban apoyados en la razon. El intenso amor de aquel hombre, sus bienes de fortuna, y su carácter incapaz de ser censurado, se presentaron contra la repugnancia de Ana, la cual, afligida de no tener que presentar sino esta misma infundada repugnancia, cuando todos los argumentos de sus amigos eran tan justos y tan eficaces como nobles y desinteresados, escuchó en silencio la larga apología del amor hecha por la amistad, pero sin que pudiese arrancarse de su boca ninguna esperanza, ni hacerla romper aquel silencio tan decisivo contra el punto que con tanto ardor se deseaba ganar.

Por fin Mistres Mansel la dijo que no insistiria mas sobre aquel punto, sin embargo de que conocia que en él estribaba su propia felicidad, especialmente en un

momento en que veía cercana su muerte. Añadió que en este matrimonio estaban fundadas sus mas dulces esperanzas sobre la suerte de su querida pupila, cuya alma y belleza la inspiraban igual interés. Su corazon no podia menos de estremecerse al considerar el desamparo en que quedaria aquella jóven, si acaso falleciese tambien Mr. Mansel, y que este corazon tan afligido no hallaba otro consuelo sino en la esperanza, que á su pesar tenia que abandonar, de dejarla establecida, y asegurada su felicidad bajo la proteccion de un hombre de bien, cuyos principios podian hacerla dichosa; y en fin, la pidió encarecidamente que por lo menos la prometiese consultar á su marido cuando hubiese de disponer de su corazon, antes de que fuese demasiado tarde para retirarle.

Ana se anegó en llanto al oir este discurso, pronunciado solamente por aquella persona, á quien mas amaba y respetaba en la tierra, y cuyo rostro, presen-

tando los estragos de la enfermedad, confirmaban demasiado el funesto presentimiento con que la habia aterrado; y así se arrojó á sus pies, diciéndola con toda la expresion del cariño y del dolor: — ¡Oh, madre mia!... ¡oh, cien veces mas que madre! respondió con una voz interrumpida por los mas profundos suspiros, dulce apoyo de mi juventud: amiga, siempre querida de mi corazon, ¿puedo yo robaros un solo instante de felicidad y de sosiego? ¿yo, que moriria de placer si os pudiese dar el consuelo que turba la páz de vuestros últimos dias? ¡Oh! disponed de mí como gusteis..... yo soy enteramente vuestra..... enseñadme el modo de recompensar el cariño que me habeis manifestado desde mi infancia; enseñadme á dulcificar vuestras penas, y estad segura de que por mas dolorosos que sean mis sacrificios, por mas fuerte que sea mi repugnancia, por mas invencible que sea mi disgusto, jamás me opon-

dré á vuestros deseos. . . . . y mañana mismo, si lo mandais, añadió redoblando su desesperacion y sus lágrimas, mañana daré la mano á Mr. Wilkinson.

—¡Oh! Ana, ¡oh! mi querida hija, respondió Mistres Mansel, yo no puedo recibir un consentimiento dado de este modo para un empeño tan solemne: no dudé que mis ruegos harian este efecto; pero no me valdré de la ventaja que me da vuestro excesivo reconocimiento por una amiga que vá á dejaros. Ella no quiere quedar en vuestra memoria con el amargo sentimiento de una desgracia sin remedio, y sin otra esperanza de consuelo que en el terrible instante que debe reuniros con ella. No os volveré á instar sobre este asunto, continuó: lejos de mí la idea de desanimar á mi Ana, insinuándola que el mundo en el extremo de su corrupcion no tiene otro recurso para la inocencia y la virtud que un matrimonio á disgusto. Pero ¡oh! mi querida hija, aña-

dió abrazándola, aunque yo pueda veros entrar en este mundo, que no conoceis, sin tener nada que temer en quanto á vuestro honor, tiemblo por vuestra tranquilidad: estad muy sobreaviso: vos mereceis mucho; pero ¡ay! no siempre son los mas dichosos aquellos que mas merecen.

Entonces rogó á su huérfana, que continuaba llorando, que siguiese tratando á Wilkinson con las mismas atenciones hasta el momento de emprender el viage que iban á hacer, prometiéndola que á su regreso tendrian fin las visitas que la eran tan desagradables; pero no la habló nada de la preferencia que la acusaban hácia á otro amante, pues Mistres Mansel juzgó que si realmente esta preferencia tenia otro fundamento que los zelos de Wilkinson, el tiempo, la ausencia, el orgullo natural de Ana y su razon obrarian mas eficazmente en su pecho, siempre que ella creyese que su secreto no se habia penetrado.

CAPÍTULO XXVII.

La amistad del dia.

La preparacion del viage á Swansea fueron la causa de que Ana no pudiese pasar mucho tiempo en la quinta, y otra razon, que la hubiera hecho disminuir sus visitas, si hubiese querido ser consecuente con sus resoluciones, era la llegada de Cecilia Edwin, la que acompañada de su primo y prima vino un dia á sorprenderla enmedio de una ilusion deliciosa á que se habia entregado, mirando desde su casa las blancas chimeneas de la quinta de Llandore.

Si el año que habia pasado desde la última visita de Mis Cecilia á nuestra heroina habia fortificado las gracias interiores y exteriores de ésta, tambien habia hecho algunas alteraciones en las de aquella. El invierno que pasó en Londres, donde habia sido presentada, y donde su

calidad y grandes bienes habian sido mirados como poderosísimos atractivos, habian impreso en todas sus acciones y en su conducta con caractéres muy legibles el profundo conocimiento de lo mucho que valía. Esta residencia en la capital habia tambien extendido la esfera de sus ideas galantes, que tanta impresion la tenian hecho desde su infancia; y aunque no borraron enteramente las ideas del amor y del heroismo, ella era entonces un medio término entre el carácter novelesco sentimental y la coquetería propia del siglo. Su modo de vestir era tan esclavo de la última moda, que no solo en un país tan separado del trato y tan agreste como Llandore era un objeto de admiracion y de curiosidad, sino que tambien tuvo la satisfaccion de ser generalmente notada en la Metrópoli.

Su rostro moreno claro, y que á veces se sonroseaba con el menor motivo, no estaba expuesto á este inconveniente

desde que acostumbraba á cubrirle con una gruesa costra de colorete, y el negro de sus hermosos cabellos habia tambien desaparecido bajo una pared de polvos y de pomada. Ana era una de las amigas de confianza, con quien mantenia una correspondencia seguida; pero sin embargo, esto no impedia el que se admirase, viendo cómo su prima Patty podia existir en aquel miserable rincon del mundo sin mas compañía que la de aquella jóven. Con todo, no se alegró menos de volverla á ver, aunque observó realmente con sentimiento que habia en ella una gran mudanza, la cual sintió decir que no la era ventajosa.

La opinion de Mis Edwin era no solamente contraria á la nuestra, sino aun me atrevo á decir que tambien lo era á la suya propia; pues por mas parcialidad que tuviese consigo misma, conocia vivísimamente la mucha ventaja que la hacia su buena amiga: mas el candor y la sin-

ceridad no estaban al alcance de una jóven, que hubiera deseado fijar sobre ella sola todas las ojeadas de la admiracion. Sin embargo, á pesar de cuantas alteraciones habia sufrido su espíritu durante el invierno, Cárlos Herbert era todavia su amante favorecido. No tenia ella la culpa si aun no habia mudado de nombre, es decir, si no se habia casado. Un Par, no menos mozo que su padre Sir William, la habia instado mucho á que le diese la mano; pero habia sido desechado por Lady Edwin á causa del orígen obscuro del inmediato autor de su vida. Cecilia, habiendo hallado en su repertorio, ó biblioteca de novelas modernas, que la mayor parte de sus amables heroinas no miraban el matrimonio como una cosa que excluyese al amor, sino que al contrario ellas en tal caso trabajaban mas en conservar sus antiguos amantes, y en adquirir otros nuevos, habia sufrido una fuerte tentacion, á causa del título y ri-

quiezas del Lord Sutton, y no pudiendo preveer las objeciones de su madre, habia ya favorecido á muchas de sus corresponsales, con una dolorida carga de quejidos sobre la severidad de su suerte, que por obediencia á la voluntad de sus padres la habia obligado á casarse con un anciano rico y desagradable, mientras que su corazon era del mas amable y mas encantador jóven del universo.

Este jóven, que ella designaba, estaba entonces en todo su explendor. Las atenciones que él tenia para con una parienta inmediata, el respeto debido á su clase, su inmensa fortuna, y la consideracion de las obligaciones que su familia tenia á la suya, todo obraba en el alma del jóven Herbert, obligándole á manifestarse con Cecilia con tanta amistad como política. Cuando ella iba á paseo, él la daba el brazo, la servia de escolta cuando iba á caballo, y aunque decia que no gustaba del baile, ella era su pa-

reja siempre que se veía en la precision de bailar. Así no dudaba ella que era la reina de aquel corazon; pero por mas agradable que pudiese ser en el campo un amante semejante, la pompa del lujo, y el círculo encantador de los placeres de moda, eran todavia mil veces mas deliciosos en Londres; y aunque se sentia inclinada á Cárlos, no le destinaba de ningun modo al favor supremo de poseer su caudal y su mano.

La idea que Cecilia tenia del amor de Herbert se hallaba en cierto modo confirmada por la gran mudanza que veía en su semblante: con todo, sus modales eran mas estudiados que cariñosos, y muy reservados para un hombre enteramente preso en la red amorosa; pero ella atribuía buenamente todo esto á la respetuosa timidez que le inspiraba. Esta alteracion tan sensible es preciso confesar que no era de la especie mas brillante, pues del mejor, mas alegre y mas dulce carácter

que podia tener jóven alguno, le habia hecho el mas melancólico é indisplicente: de modo que ni en hombres ni en mugeres hallaba cosa que le agradase. Á veces huía hasta de la misma Cecilia, prefiriendo á su amable conversacion un paseo solitario: habia perdido el apetito, y en toda su persona se advertia una languidez general. Madama Herbert estaba zelosa por su salud, y Mr. Herbert, que aborrecia á Llandore, decia que aquel país hechicero tenia la culpa de la situacion de su hijo.

Cuando las damas sorprendieron á nuestra heroina, segun ya he referido, se hallaba ésta meditando siempre la instabilidad de las cosas humanas. Habia oido hablar de la llegada de Mis Edwin, recordaba cuantas diversiones habia gozado en aquella quinta: su puesto en el salon; su voz en los tercetos; su juicio aprobado, y sus observaciones aplaudidas. Todo esto era reemplazado entonces por

Cecilia, y á esta reflexion seguia un profundo suspiro. Las lágrimas, siempre dispuestas á desprenderse de sus ojos, iban ya á salir de ellos, cuando se detuvieron por la llegada de las personas que las causaban.

Mis Herbert reconvino dulcemente á su amiga por sus largas y frecuentes ausencias de la quinta, y Cecilia añadió, que en adelante no habia de haber motivo ninguno que la causase. Los lánguidos ojos y el estado de salud de Mistres Mansel, que á nadie podia ocultarse, disculparon fácilmente á Ana de haberse descuidado en visitar á sus amigos: hizo mencion del viage proyectado, manifestando cuanto sentia el que esto la privase del placer de verlos; pero sin embargo, las damas no quisieron despedirse sin que ella les prometiese que hasta la marcha dedicaria algunas horas del dia á acompañarlas.

Mistres Mansel, aunque la compañía

de nuestra heroina era despues de la de su marido la que mas apreciaba, sin embargo, atendiendo á lo ventajoso que podia serla algun dia el conocimiento de las personas de aquella clase, consintió en sus deseos, y Ana se comprometió á pasar la mañana siguiente á la quinta. Esta palabra fue una puñalada para el corazon de Wilkinson, que se hallaba presente: no podia estorbar esta visita, y lo que es peor no podia asistir á ella; pues tenia que ir con Mr. Herbert padre á Bristol, donde debian permanecer algunos dias. Así estaba despedazado por el amor y los zelos, cuando las damas de Llandore salieron de la casa de Mr. Mansel.

Ana sentada en su ventana, y abismada en sus reflexiones, las seguia con la vista; pero bien pronto, no pudiendo sostener la viveza de su conmocion, apartó los ojos de la alegre Cecilia, que iba apoyada en el brazo de Cárlos, y encontrándose sus miradas con las de su amante

desgraciado, todo su desden se convirtió en compasion. La debilidad de los espíritus, nueva enfermedad que de poco tiempo á esta parte la mortificaba, hizo que sus ojos brotasen lágrimas, y su pecho lanzase suspiros; Wilkinson no vió aquellas, ni oyó estos, porque su corazon estaba demasiado ocupado en sus propias penas para atender á las de otro. Entonces todas sus reflexiones se dirigian á buscar los medios de impedir que se renovase una nueva intimidad en la quinta; y entretenido con esto, hacia ya mucho tiempo que Ana habia salido del aposento cuando él conoció que estaba solo; y como ningun remedio ni arbitrio se le ocurria para lograr su fin, se vió precisado á despedirse, y partió llevando el corazon lleno de penas, temores y zelos.

CAPÍTULO XXVIII.

Otro poquito en materia de amor.

La mañana siguiente despues de pasar revista á todos sus trages, consultando al espejo mas que lo ordinario, para ver cual la sentaba mejor, escogió Ana un trage de muselina bordada, guarnecido de cintas de color de lila. Bella y lozana como una rosa se puso en marcha para dirigirse á la quinta; y tomó el camino donde habia tenido con Herbert la pequeña conferencia, que tan profundamente se habia grabado en su memoria, y cuando llegó al recodo memorable su rostro se inflamó, y su pecho hubiera lanzado un suspiro, si ella no hubiese sabido ahogarle. Un ligero ruido que se oyó entre las hojas la advirtió de que alguno se acercaba, y mirando, vió uno que á lo léjos la pareció Mr. Herbert. Bien pronto se la presentó disculpándose

de introducirse así segunda vez en la escena, y la preguntó con una sonrisa, si aquel dia habria acaso peligo de estorbar alguna cita.

Ana picada de la pregunta siguió adelante, saludándole ligeramente.

La ofensa que él la habia hecho se agravó con otra pregunta, y fue la de que si la esperaba el mas dichoso de los hombres. Ana, siempre siguiendo su camino, le respondió que le contestaria cuando se explicase de un modo inteligible.

Él dijo que ya veía que estaba enojada, pero que los genios tristes que no hallan la indulgencia de que tanto necesitan, se hacen incorregibles.

—¿Me designais á mí en ese retrato? preguntó Ana.

—¡Oh! no: contestó él suspirando.

—¿Es á Mr. Wilkinson?

—Tampoco.

—Luego hablareis de vos mismo, dijo Ana sonriéndose, y paseándose.

—¡Ah! exclamó Herbert, esa sonrisa, esa mirada.... Sí, señorita, yo confieso que es mi genio el incorregible: esta alma melancólica y desconsolada, á quien arruinó vuestra primera indulgencia.....

Ana le miró expresando su admiracion.

—¿Os sorprendeis? continuó él: pero figuraos lo que es verse honrado con vuestra sociedad, oir de vuestra boca hermosa los acentos de una deidad, no tener otro deseo que el veros, alimentarse con vuestras sonrisas, y con la esperanza de lograr vuestra amistad, y hallarse repentinamente privado de esta felicidad mas grata que la misma existencia, y ver que la amistad ha desaparecido, dejando en su lugar la ausencia y la fina reserva. ¡Ah! Ana, Ana, ¿ignorais los tormentos de un corazon, á cuya sensibilidad no se corresponde? pero cualquiera que sean mis propios sentimientos, conozco que no debo ofenderos por segunda vez.

A estas palabras el inconcebible Herbert desapareció, dejando á Ana en tal estado, que desde luego se hubiera vuelto á su casa como la otra vez, á no haber temido dar nuevo susto á sus amigos. Así continuó temblando su camino á la quinta; y á poca distancia encontró á Mis Cecilia y Mis Patty, y Cárlos se reunió bien pronto con algunos otros jóvenes de ambos sexos, que estaban convidados á comer.

En aquellas inmediaciones se hallaba un músico de violin: Madama Herbert mandó que fuese, y despues de comer se armó un pequeño baile, en que Mis Edwin tuvo ocasion de mostrar la gallardía de su talle en un minué que bailó con su primo. Ambos fueron aplaudidos con razon; y una señorita, que estaba al lado de Ana, la dijo al oido, que los dos primos parecian nacidos el uno para el otro; y que seria lástima separarlos. Preguntóla si pensaba del mismo modo, y

Ana inclinó la cabeza para decir que sí; pero su lengua la negó el consentimiento para articular esta palabra, cuando vino un jóven á sacarla á bailar una contradanza; y ella se apresuró á darle la mano, muy contenta por librarse de una conversacion, que no se hallaba capaz de sostener.

Cuando se disolvió la tertulia, y el coche de Madama Herbert estaba á la puerta para conducir á Ana, vió esta que se le habia caido el lazo que llevaba al pecho. Estaba muy cierta de que le tenia cuando salió á bailar, y Patty lo confirmó diciendo que le habia visto; pero sin duda le árrebató un poder invisible, porque por mas diligencias que se hicieron no fue posible encontrarle, de modo Ana marchó sin llevar aquella parte de su adorno. Por la mañana se repitieron iguales diligencias, pero tambien infructuosas; y por fin no se volvió á hablar de aquella prenda.

Ana continuó sus diarias visitas á la quinta, y su tertulia se animó con algunos conciertos de música. Herbert tocaba muy bien la flauta: Cecilia cogia su harpa, Patty su guitarra, y Ana se sentaba al clave. Unas veces se cantaba, otras se jugaba; otras se paseaba, y en fin, en todos ellos no habia mas que una voluntad. Aun la misma Cecilia olvidaba sus ideas del gran mundo, y disfrutaba los pacíficos placeres del campo y de la amistad; pero un funesto revés amenazaba á nuestra heroina.

Mistres Mansel iba empeorándose visiblemente: su salud y sus fuerzas cada dia iban á menos, y era preciso aprovechar el momento en que estuviese capaz de hacer el viage á Swansea: ya estaba fijado el dia de la marcha, y Ana desconsolada, no pudiendo resolverse á dejarla sola un instante, iba con mucha repugnancia á la quinta. Por fin, fue á pasar en ella todo el dia por despedida,

y la tristeza que reinaba en su corazon se comunicó á todos, que compadeciéndose de la situacion de Mistres Mansel sentian separarse de su sobrina.

Cuando regresó á su casa se acostó temprano, y la aurora del dia, que era la víspera del que debia arrancar á nuestra heroina de esta escena de felicidad, hirió con sus hermosos rayos aquellos ojos, que aun no se habian cerrado; pero no la trajo ningun consuelo, ni tampoco ninguna esperanza. Cansada de la cama, donde en vano habia llamado al sueño, se vistió, y salió con la esperanza de que el ayre libre disiparia la opresion que afligia su pecho.

El país que iba á dejar encerraba todos los objetos de su cariño. Reflexionaba que Mis Herbert marcharia á Bath antes de que ella regresase: que la salud de Mistres Mansel era tan débil, que á no ser por una especie de milagro era de creer que iba á verse para siempre sepa-

rada de una muger, á quien tenia tantos motivos de amor y reverencia: Mr. Herbert y Cecilia, sin duda estarian casados. . . . "Dios los llene de bendiciones," exclamó en alta voz, sin poderse contener, y al momento vió junto á sí el nuevo esposo que su imaginacion se habia pintado.

—"Ola, Mis Mansel, la preguntó »Herbert, ¿quién es tan feliz que merece »ser el objeto de vuestra oracion de la »mañana? Si mi amigo Wilkinson se »hallase aquí, yo temeria que tuviese ze»los; pues tal fineza merece ser envidia»da, aunque sea á favor de una persona »de vuestro sexo."

—¿No es muy natural, dijo Ana, que teniendo yo tantas obligaciones á los habitantes de este pais, que voy á dejar, dirija mis fervorosas súplicas al cielo para que los haga felices? —¿Con que mi familia es el objeto de vuestros pensamientos. . . ? ¿Puedo preguntaros si tam-

bien los hombres de ella estamos comprehendidos en vuestras bendiciones?

— En verdad que sí, continuó Ana con la ingenuidad y el candor mas interesante.

— Dios os llene tambien de bendiciones, ¡oh, la mas amable y mas amada de todas las mugeres! exclamó Herbert; y continuó diciendo: yo tengo que pediros mil perdones, pero conozco tambien la bondad de vuestro corazon, que no dudo que á hallarse el mio patente á vuestros pies, encontrariais en él mas bien un objeto de compasion, que de resentimiento. Si por desgracia os he causado algun disgusto, creed que ha sido sin designio: los esfuerzos de la razon, de la reflexion y del honor, desde que tengo la felicidad de conoceros, han podido durante algun tiempo ser demasiado débiles para vencer á unos sentimientos, que han recibido mas fuerza en algunas circunstancias, ó para ocultar los deseos incompatibles con vues-

tro reposo y el mio. Sin embargo, en mis lucidos intervalos, y me lisonjeo de haber tenido muchos, todo mi espíritu no se ha empleado sino en formar sínceros votos por vuestra felicidad. Á Dios, Mis Mansel, si acaso mis insdiscreciones se presentan á vuestra memoria, acordaos del instante en que mi corazon, despedazado por sus secretos tormentos, dirigió su voz al cielo pidiendo vuestra felicidad, y yo mismo me arranqué de vuestro lado.

¡Acordarme! respondió Ana sumamente agitada. ¡Oh! yo quisiera poderlo olvidar . . . y diciendo esto seguia con la vista á Herbert, que ya se apartaba de ella.

La era imposible no conocer el sentido de estas expresiones: la esperanza, que siempre habia apartado léjos de sí, penetraba hasta el fondo de su corazon: la viveza de sus expresiones y sus dudas no podian tener sino una sola causa. . . . ¡Cielos! exclamó ella transportada, ¿seré yo amada de Cárlos Herbert? ¿Quién

sabe si hallándome con una sangre ilustre y muchos bienes hubiera sido el objeto de su eleccion?... ¡Felices ventajas, nunca os he echado tanto de menos!... pero mientras permanezco soltera puedo, sin ofenderle á él, ni á mí, admirar sus virtudes, respetar sus principios, amar tambien la pureza y la discrecion de su amor: ¿y qué satisfaccion hay en la tierra que pueda equivaler á esta?

Animada Ana con semejante visita, volvió á su cuarto, despues fue á la quinta, donde por la noche fue á buscarla Mr. Mansel, quien al mismo tiempo hizo su visita de despedida á aquellas señoritas. Madama Herbert tambien pagó algunas horas aconpañando á Mistres Mansel, y se despidió de ella dirigiendo al cielo las mas fervorosas súplicas por su restablecimiento. El jóven Herbert no pareció en todo el dia, pues salió á pasear á caballo, y no volvió hasta que ya Ana se habia marchado.

CAPÍTULO XXIX.

La casa del duelo.

A la mañana siguiente Mr. y Mistres Mansel con Ana se pusieron en camino para Swansea, donde la enferma no encontró el alivio que se habia prometido, sino al contrario se empeoró tanto, y llegó á estar tan débil, que ni aun podia resistir el movimiento de una silla de manos; pero sin embargo, queriendo no omitir diligencia alguna, consintió en ir á tomar las aguas de Bristol. Permaneció en ellas hasta Navidad; mas sus esperanzas quedaron igualmente frustradas que las de los médicos con el uso de los baños calientes. Es imposible pintar el dolor de Mr. Mansel, á quien la enferma, queriendo complacer, habia consentido en prolongar tanto su residencia en aquel pueblo; pero ella, viendo que todos los socorros eran inútiles, y no esperando

mas que la muerte, deseó volverse á su casa con un empeño tal, que se pensó en darla gusto, y que la dió fuerzas para sostener las fatigas del camino mejor de lo que se habia creido. Se la llevó en litera todo el espacio de las cuatro últimas jornadas, y fue recibida por todos los habitantes de la aldea, que habian salido á encontrarla, y con lágrimas y mil demostraciones de lo que deseaban su salud, la acompañaron hasta su casa, donde con un espíritu firme y resignado dió á poco tiempo el último suspiro.

En el corto espacio que medió entre la pérdida de toda esperanza, y este funesto momento, fué tan grande el dolor de su esposo y el de su jóven amiga, que mejor puede sentirse que expresarse. Las solícitas é interesantes atenciones de todos los vecinos, las lágrimas de los pobres, y la desesperacion de los criados, presentaban un compendio de los tormentos que padecia su esposo y la joven huer-

fana. Aquella casa; antes morada de felicidad y de paz, era una verdadera casa de luto. En estas dolorosas circunstancias Ana no se separó de la alcoba de la moribunda, y aunque se deshacia en lágrimas apénas salia un instante, aparentaba serenidad cuando estaba delante de ella: era su enfermera, y cuando su esposo rezaba las oraciones propias de aquel caso junto á la cama de la enferma, Ana reunia á ellas sus votos con el afecto mas fervoroso; y entre tanto la paciente, cuyos dolores eran insoportables, se desentendia de ellos para dirigir ya al uno ya al otro algunas palabras de consuelo, que eran otros tantos motivos para hacerlos mas sensible el golpe que los aguardaba.

El 8 de Enero, despues de una lucha demasiado penosa para una muger debilitada por una larga y dolorosa enfermedad, fue Dios servido llamar á juicio aquella alma, que habia vivido siempre

mas que la muerte, deseó volverse á su casa con un empeño tal, que se pensó en darla gusto, y que la dió fuerzas para sostener las fatigas del camino mejor de lo que se habia creido. Se la llevó en litera todo el espacio de las cuatro últimas jornadas, y fue recibida por todos los habitantes de la aldea, que habian salido á encontrarla, y con lágrimas y mil demostraciones de lo que deseaban su salud, la acompañaron hasta su casa, donde con un espíritu firme y resignado dió á poco tiempo el último suspiro.

En el corto espacio que medió entre la pérdida de toda esperanza, y este funesto momento, fué tan grande el dolor de su esposo y el de su jóven amiga, que mejor puede sentirse que expresarse. Las solícitas é interesantes atenciones de todos los vecinos, las lágrimas de los pobres, y la desesperacion de los criados, presentaban un compendio de los tormentos que padecia su esposo y la joven huer-

fana. Aquella casa; antes morada de felicidad y de paz, era una verdadera casa de luto. En estas dolorosas circunstancias Ana no se separó de la alcoba de la moribunda, y aunque se deshacia en lágrimas apénas salia un instante, aparentaba serenidad cuando estaba delante de ella: era su enfermera, y cuando su esposo rezaba las oraciones propias de aquel caso junto á la cama de la enferma, Ana reunia á ellas sus votos con el afecto mas fervoroso; y entre tanto la paciente, cuyos dolores eran insoportables, se desentendia de ellos para dirigir ya al uno ya al otro algunas palabras de consuelo, que eran otros tantos motivos para hacerlos mas sensible el golpe que los aguardaba.

El 8 de Enero, despues de una lucha demasiado penosa para una muger debilitada por una larga y dolorosa enfermedad, fue Dios servido llamar á juicio aquella alma, que habia vivido siempre

empleada en obras de virtud. Su resignacion y su valor durante sus largos padecimientos habia sido la última, y la no menos apreciable leccion que habia dado á su discípula, entre cuyos brazos espiró. Ana, contra nuestra costumbre de depositar el cuerpo de nuestros mejores amigos en el lugar mas apartado, y donde no entra nadie de aquellos á quienes mas estimaron, quiso que el cadáver de su amada aya permaneciese en el mismo cuarto, y durante ocho dias no se apartó de él ni aun para tomar el preciso descanso.

Despues de haber visto estos queridos despojos ir conducidos por y Mr. Mansel por todos los vecinos de la aldea hasta la sepultura, que los recibió para siempre, se retiró á su cuarto, y el viudo al suyo, incapaces de sentarse ambos á una mesa, donde ya no habian de oir aquella voz tan grata á una como á otro. Sus últimos consejos á su querida discípula habian sido que en todo siguiese los de

Mr. Mansel, é igualmente sus últimas súplicas á este fueron que nunca olvidase á la hija de su corazon, ni la rehusase sus paternales cuidados.

Mr. Mansel tenia una hermana vieja y soltera, que la difunta habia hecho venir para que cuidase de la casa mientras el viaje á Swansea, y que á instancias de Ana se habia quedado cuando ellos regresaron, y ahora despues del fallecimiento de Mistres aquella muger se habia hecho mas necesaria; bien es que sin esta circunstancia ella no hubiera dejado con gusto aquella casa para volverse á su cabaña, donde vivia estrechamente con el producto de una cortísima renta.

Mistres Jane Mansel (este era su nombre) estaba en los cincuenta años de su celibato, y se estimaba mucho á sí propia en razon de su talla y la proporcion de sus miembros, que eran á un tiempo grandes y gruesos, cosas de que pocas mugeres la tendrian envidia. To-

davia no habia perdido la esperanza de casarse, y con este designio, desde que estaba en casa de su hermano, se habia empleado en hacer provision de cuantas cosas creía que eran útiles para proporcionarla un marido, y suplir por los atractivos que faltaban á su persona.

Semejante sucesora de la respetable muger que habia fallecido ocasionó grandes mudanzas en casa del rector. El criado y la criada, que eran los mas felices domésticos del país, y los mejores distribuidores de los bienes de su amo, dejaron sus plazas, y fueron reemplazados por otros, que apénas sabian mas que lo muy preciso para servir á una muger ordinaria, y que por lo mismo bien pronto fueron los favoritos de Mistres Jane.

Cuando Mr. Mansel estaba presente eran estremadas las atenciones que ella tenia por Ana; pero apénas volvia la espalda no dejaba de tomar por texto de sus conversaciones cuán necesario era el tra-

bajo á las jóvenes; y estas lecciones, aunque en la apariencia eran á la criada, iban evidentemente dirigidas á Ana. Ponderaba cuánto aborrecia ver que las jóvenes, que podian trabajar, y no tenian bienes propios, estuviesen ociosas, como si su único negócio fuese vivir á expensas de otro.

Estos discursos, que mejor que otro alguno repetia cuando habia gente delante, y la falta de talento que la hacia fijar su atencion en las cosas mas despreciables, disminuyeron bien pronto el influjo de Ana en la casa, y la colocaron en una situacion poco digna de envidia. No quiso ponerlo en noticia de Mr Mansel por no excitar una querella doméstica: tampoco podia someterse á los insultos de aquella muger, á la que jamás, aun cuando hubiera tenido un carácter soportable, habria podido mirar como una amiga, á causa de su grosera ignorancia y mala educacion.

El dolor de Mr. Mansel por la muerte de una esposa adorada no se manifestaba en sus palabras, ni se consolaba con lágrimas, sino que era una pena concentrada y fija en el fondo de su corazon: cada una de sus sensaciones y pensamientos le renovaban la memoria de su María: nada bueno, nada virtuoso se presentaba á su imaginacion sin ir acompañado con la idea de ella, y la amargura de su pena no se disminuía sino cuando consideraba que su esposa no habia hecho mas que precederle en el viaje á la morada de las recompensas de la virtud. Cuando estaba solo, y que sin ser interrumpido se le recordaba la dulzura de su voz, su accion expresiva, y la sabiduría de sus discursos, creía que aún estaba á su lado; y esta ilusion era para él la mas deliciosa. Así rara vez se dejaba ver, fuera del tiempo que empleaba en las funciones de su ministerio, ó en la mesa, y aun no siempre asistia á esta, donde ya no podia

sentarse al lado de su inocente y fiel compañera; y Ana, tan constantemente desatendida, comenzó á conocer que era molesto para el rector, y bochornoso para ella el vivir así á expensas de un hombre honrado, pero pobre. Sin embargo, el temor de ofender la delicadeza de Mr. Mansel la detuvo algun tiempo, y solo con la mayor repugnancia, exasperada por los directos y personales insultos de Mistres Jane, fue cuando tuvo bastante ánimo para proponer al buen rector que la permitiese separarse de su lado. Él no la oyó tampoco sin dolor y sin sorpresa, y la rogó que considerase bien el paso que iba á dar. Wilkinson, aunque repitió sus visitas, habiendo recibido respuesta definitiva á sus pretensiones, no habia querido ser molesto: con que así, ¿qué motivo podia tener ella entonces para tal súplica?

Resuelta á ocultar la verdadera causa de su determinacion, y no pudiendo permanecer expuesta á los caprichos de Mis-

tres Jane, le respondió que ya era tiempo de que ella pensase en sí misma, y en tomar un estado donde pudiese vivir sin ser una carga para sus amigos: que el servir seria el último recurso que tomase; pero que sin embargo, sabia que en Londres habia muy buenos acomodos para las jóvenes que habian recibido buena educacion, cuya ventaja las proporcionaba casas donde podian ocupar, sin humillarse, unos decorosos puestos. Añadió, que otro motivo que la hacia desear su viage, era el de informarse de todas las particularidades de su orígen, y ver si podia por ellas rastrear algun conocimiento de la familia á que pertenecia.

Mr. Mansel, conociendo que no podia mantenerla sino en tanto que le durase la vida, halló bastante sólidas sus razones, y solo sintió que pronunciase la palabra *servir*. Pensaba que los Edwins, que tenian los medios, tendrian tambien la voluntad de asistirla; pero no la dijo pala-

bra de esto; y no oponiéndose tampoco á la ejecucion de su proyecto, tomó todas las medidas posibles para hacerla viajar con comodidad.

Á pesar de los gastos que habia ocasionado la enfermedad de Mistres Mansel, y de algunas deudas indispensables que se habian contraido para cubrirlos, se hallaban intactas las últimas cincuenta libras esterlinas que Lady Edwin la habia enviado: y así se empeñó en que Ana tomase esta suma y los vestidos de la difunta. Ana aceptó éstos, porque la era grato cuanto habia pertenecido á su amiga; pero en cuanto al dinero se resistió á todas las instancias, y absolutamente no quiso llevarse sino veinte libras.

El buen Mr. Mansel estaba desesperado; pero viendo la inmutable resolucion de Ana, la acompañó hasta Brecknock: y habiendo hecho que le diese palabra de volver á su casa, si no la salian

bien sus proyectos, se despidieron uno de otro con las mas vivas expresiones, y las últimas palabras que la dijo cuando la dejó sentada en el coche fueron: acordaos de que siempre teneis mi casa, y de que yo soy vuestro padre.

CAPÍTULO XXX.

El viaje á Londres.

Ana al pasar por Bath, que está en en el camino, visitó á Madama Herbert y á Patty, que la recibieron con el mismo cariño que en Llandore, y aun la instaron á que se quedase en su compañía; pero el motivo que la llamaba á Londres era demasiado importante para que se resolviese á condescender con sus deseos: mas no las ocultó el estado de sus negocios, y la necesidad en que se hallaba de buscar recursos, y Madama Herbert la dió una carta para Lady Edwin.

Cecilia estaba entonces con Mis Turb-

ville en Bedfordshire, y Patty anunció á Ana con la mayor alegría, que su primo Hugues Edwin, á quien se aguardaba de un dia á otro, debia ya venir casado, y que con este motivo ella iria á Londres con su madre. Las dos amigas convinieron en mantener una exacta correspondiencia; y Ana, despues de haberse detenido alli dos dias, continuó su viaje.

Encontró á Mr. Dalton en la posada donde se paró el coche, pues Mr. Mansel le habia avisado. El tiempo, que tan felizmente habia corrido para nuestra heroina, habia producido muchas mudanzas en la situacion de Dalton. Habia fallecido el ministro á cuya humanidad debia su empleo: su sucesor se le habia quitado para dársele á un pariente suyo; y era pasado ya un año sin que pudiese tener la esperanza de lograr que junto con el oficio de escribano (como él decia) le subministrase lo necesario para mantener su dilatada familia. Cansado

del poco éxito de sus pretensiones se habia por fin decidido á buscar nuevamente el favor de sus antiguos amigos los metodistas; y una persona de esta secta le habia dado una carta de recomendacion para cierto zeloso caballero que los protegia: y ciertamente era un buen samaritano.

Poseedor de unos bienes considerables, y de un gran comercio en las cuatro partes del mundo, se hallaba Mr. Tornhill en estado de poner en práctica los principios de caridad y benevolencia, tales como los estableció el divino Maestro. Mantener al hambriento, vestir al desnudo, y derramar el bálsamo consolador sobre las llagas de sus enemigos así como sobre las de sus amigos, era la ocupacion de su vida. Si en la dilatada lista de sus caridades habia alguna preferencia, era á favor de los profesores de su religion; parcialidad tanto mas disculpable, cuanto ningun afligido que se presentaba á su puerta era despedido sin consuelo.

El recurso de Dalton á la caridad del caballero en cualidad de preceptor, padre de una numerosa familia, reducido á la indigencia, y destituido de medios para alimentarla, no podian venir mas á propósito. La compasion de Mr. Tornhill para con todos en general, aumentada por su buena voluntad para con todos los desdichados que eran de su secta, y en favor de los cuales acababa de fabricar á seis millas de la metrópoli una casa de enseñanza, se apresuró á aliviar las necesidades de Mr. Dalton, que las pintaba con los mas vivos colores; y así le colocó en la nueva congregacion que formaba en Layton, dandole una habitacion y cincuenta esterlinas de renta, que por escritura se obligó á pagarle cada año.

En esta situacion se hallaba nuestro Dalton cuando recibió la triste noticia del regreso de Ana á su tutela: mas sin embargo, por consejo de su muger se fue á Londres con designio de recibirla

cuando bajase del coche, y llevársela consigo.

Mistres Dalton la recibió con un cariño, que creció mucho con el regalo que Ana la hizo de un vestido de satin obscuro, que habia sido de Mistres Mansel, y de las otras ropas que Ana sacó de casa de Mr. Melmoth, que podian servir á las hijas de Dalton. Este y su esposa habian colocado de diversos modos su familia, á excepcion de sus dos hijas mayores, que ambas estaban de aprendizas en casa de una modista, y una de ellas, que ya habia regresado á su casa, trabajaba por su cuenta, y pagaba á su padre un tanto para su manutencion.

Al otro dia por la mañana Mr. Dalton dijo á Ana, con muy poca ceremonia, que ya era tiempo de que pensase en tomar algun partido que la pusiese en disposicion de vivir sin servir de carga para nadie, como hasta entonces lo habia sido ya para unos, ó ya para otros. Díjola que

esta era su opinion; y Ana seguramente le hubiera dispensado muy gustosa de habérsela manifestado con tan poca delicadeza. El contraste de esta conducta con aquella á que sus antiguos amigos la habian acostumbrado la hizo tal impresion, que no pudo responder al pronto; y Dalton, infiriendo de su silencio que ella se proponia establecerse en su casa, resolvió hacerla conocer que sus intenciones no eran de mantenerla. Ya iba á declarárselo sin atenciones á las leyes del decoro y de la hospitalidad, cuando una pregunta de ella le hizo enmudecer, y ponerse colorado no solo él sino tambien su esposa. La pregunta se redujo á pedirle la explicase las particularidades del modo con que la conoció, cuándo y dónde la encontró; y en fin, qué cosas eran las que aquellos difuntos habian llevado á la posada en que murieron, en qué consistian estas cosas, y dónde se hallaban al presente.

Despues de una pequeña pausa y un

aire de turbacion, que si nuestra heroina hubiese tenido algun conocimiento de lo que es un crímen, hubiera excitado en su alma ideas poco favorables á la honradez de su fingido protector, la dijo el nombre de la calle donde su madre la habia llevado; pero añadió que la muger que tenia aquella posada ya no existia, y que aun habian derribado la casa, edificando en su lugar otra nueva. En cuanto á las ropas, dijo que eran de poco momento; y que todas, sin reservar ninguna, se habian vendido para pagar los gastos del entierro. Añadió que habia hecho publicar avisos, y practicado todas las diligencias posibles para saber á qué familia pertenecia; pero que nada se habia descubierto, y que si se hubiese de juzgar por el color moreno de sus conductores, diria que eran extrangeros.

Estas noticias quitaron á Ana las esperanzas de encontrar nunca su cuna: á la verdad no era posible que una jóven

sin experiencia de mundo fuese mas dichosa en sus investigaciones que Mr. Dalton lo habia sido ; y no dudaba que un hombre interesado en buscar quien le descargase de mantener una niña , que no tenia á sus beneficios mas derechos que los de la caridad, no hubiese puesto la mayor exactitud y cuidado en sus diligencias. El pensamiento que la ocurrió despues de éste fue el llevar á Lady Edwin la carta de Madama Herbert, con la esperanza de que su proteccion la pondria en camino de proporcionarse su subsistencia.

En virtud de este plan tomó al otro dia un asiento en el coche que pasaba por Layton diariamente , y se fue á Londres, apeándose en Wite-Chapel. Las calles estaban impracticables , y ella, como no conocia los usos y costumbres de Londres, no pensó en tomar un coche de alquiler : fue pisando lodos , y preguntando por la calle de Grosvenor-Square , don-

de llegó despues de haber andado tres horas á pie, unas veces bien dirigirida y otras muy mal, por la perversa diversion de los que se complacen en equivocar las señas para burlarse de la ignorancia de quien las pregunta.

Cansada, no pudiendo ya consigo, y llena de barro, llegó á la puerta de la casa de Lady Edwin, á la que estaban tres coches, y una docena de lacayos y cocheros de elegantes libreas, y entre cuya turba tuvo que abrirse paso. Esta canalla imitan por lo general todos los extravíos y calaberadas de sus amos, y no sus buenas acciones; y habiendo dicho que estos lacayos pertenecian á las primeras familias del reino, entre las que algunas no son de las mas morales, es inútil añadir que la presencia de una jóven modesta fue para ellos un espectáculo demasiado nuevo para no excitar su atencion y sus insultos. Mirada y remirada por todos aquellos hombres, cubiertos con sus galonea-

dos sombreros, venciendo mil dificultades, y llena de rubor, se acercó al portero, que sentado en un gran sillon, y sonriéndose viendo la zambra que andaba á la puerta, la esperaba con altivez, y habiéndole preguntado si estaba en casa Lady Edwin, la respondió con un seco *nó*: en aquel tiempo, habiendo llamado la atencion de la chusma lacayuna sus vestidos llenos de lodo, la saludaron con unas insolentes carcajadas.

Admirada de la grosería brutal de aquella gente, confundida á vista de una insolencia, que no habia provocado, y temerosa de los insultos que podrian hacerla, iba á retirarse, cuando un lacayo de la casa, observando su belleza poco comun, y acordándose de que Lady Edwin acababa de despedir á su camarera, pensando asimismo que esta jóven podia reemplazarla, y lisonjeándose (porque era muy galan) de que su actual condescendencia podria ser recompensada con futu-

ros favores, la convidó políticamente á entrar, y la preguntó qué se la ofrecia. El nombre de Madama Herbert, de quien dijo que traía una carta, electrizó á todos ellos. El insolente portero se levantó y llamó á un lacayo de Milady, que vino á abrirla una sala, donde la hicieron entrar para que descansase ínterin podia ver á su ama, que entonces tenia visitas. Ana estuvo allí por espacio de dos horas, y como habia buena chimenea, tuvo lugar de secarse los zapatos y los vestidos, y dejarlos un poco mas decentes.

La afectuosa acogida que halló en Milady la consoló enteramente de las humillaciones que habia sufrido á la puerta. La buena señora la dió un abrazo con mucho cariño, se compadeció de su cansancio, y se felicitó de que Madama Herbert la hubiese dirigido á Grosvenor-Square. Reconocida á tantas bondades, que ya no esperaba, derramó lágrimas de gratitud; y esta señal de sensibilidad aumentó la de

Milady, que ya la queria mucho, y que apénas supo por Madama Herbert lá muerte de Mistres Mansel habia pensado que una jóven como Ana la convenia mucho en cualidad de señorita de compañía. Ella encontraba pocos recursos en la veleidad de Mis Edwin, que nó parecia complacerse en su sociedad, y buscaba divertirse con sus compañeras: ademas esta señora se iba poniendo gruesa y pesada: la fastidiaban los paseos públicos, y cuando se veía precisada á concurrir á ellos volvia cansada, y no divertida. Gustaba del juego, y aunque su partida llamaba á su casa una porcion de gente de la primera distincion, habia tambien otras muchas horas que no podian emplearse de un modo agradable sino mediante la compañía de una jóven tan instruida y bien educada como Ana; y así la propuso que se quedase en su casa para acompañarla, y añadió que la rogaba aceptase cincuenta libras esterlinas al año para vestirse.

No se puede dudar que esta proposicion fue recibida con la mayor gratitud, y Milady se halló tan satisfecha de este convenio, que mandó se sirviese la comida antes de la hora acostumbrada, y dió su coche á Ana para que la condujese á Layton, y la volviese á traer á Londres.

Apénas podia creer Dalton que sus ojos le dijesen verdad cuando vió que un coche tan elegante se paraba á su puerta, y que se apeaba de él su jóven pupila. Supo con toda la satisfaccion que puede suponerse el buen éxito de su viage: la dió la enhorabuena, y segun su costumbre no dejó de pedirla que aprovechase las ocasiones de hablar algo por él á Lady Edwin, recomendando la circunstancia de ser paisano de esta señora.

Como aun no se habia desliado su equipage, se halló bien pronto en estado de volver á ponerse en camino, y Mr. Dalton tuvo otra vez el gusto de verse libre de aquella carga. Llegó temprano á

Grosvenor-Square, y Lady Edwin, sumamente satisfecha de la celeridad con que habia regresado á su lado, la regaló un vestido negro de seda, y dió órden á sus modistas de que la equipasen segun el gran tono, para que se hallase ya bien vestida la noche que debia recibir una gran visita, que era precisamente dos dias despues de aquel en que pasaba esta escena.

Entretanto Ana no se olvidó de noticiar á Mr. Mansel su nueva situacion, y escribir á Madama Herbert, dándola gracias por la recomendacion que le habia proporcionado los favores de Lady Edwin. Llegó por fin el dia señalado, y Ana, peinada á la última moda, y vestida de luto, porque la corte lo estaba, siguió á Lady Edwin á la sala de la tertulia.

CAPÍTULO XXXI.

Plan de vida de las gentes del gran tono.

La tertulia de Lady Edwin empezaba á las nueve de la noche; pero eran ya las once cuando se llenaban todas las mesas de juego. Este cuadro era absolutamente nuevo para nuestra heroina, y excitó igualmente su curiosidad y su admiracion; pues como antes siempre habia mirado sus visitas únicamente como un medio de mantener las relaciones de familia y las de la amistad, no podia figurarse qué especie de placer se hallaba en reunirse tanta gente, pensando muy poco unos en otros, y contentándose con una ligera cortesía á la entrada, é irse inmediatamente á sentar á una mesa. Tampoco se acomodaban á sus ideas de civilidad el uso de salir de la sala con tan poca ceremonia, y sin mirar siquiera á la señora de la casa. La pareció un triste modo de pasar el tiempo

el ver aquella continua cadena de petimetras y elegantes, que no hacian mas que presentarse y desaparecer; y solo salió de la sorpresa para pasar á otra, cuando oyó á un hombre pedir políticamente á Lady Edwin que tuviese la bondad de presentarle á la amable forastera. La prontitud con que Lady Edwin condescendió con esta súplica la hizo conocer que la habia hecho una persona de alto rango; y así se disminuyó algo de lo extraño que este lance tenia á los ojos de una jóven, que ignoraba el estilo del gran mundo.

Era el tal un personage ya de edad, cuyo vestido, encarnado como sus mejillas, hacia que sobresaltase mas la palidez del resto de su cara. Su boca, de muy buen tamaño, tenia dos carreras de dientes con que la habia adornado el arte de su dentista: parecia que apreciaba mucho su talla, y así, ya para mostrarla tal cual era, ó á fin de aparentar la gracia y la fuerza de la juventud, se mantenia

siempre de pie. Tenia un temperamento tan inclinado al amor, que la vista de una belleza le inflamaba; y el número y variedad de sus queridas era tan grande, que solo se igualaba con el de sus caballos. Sus cabellos estaban rizados del modo mas conveniente á la corte de Adonis, y llevaba una cinta azul. Acercóse á Ana con un aire fingido, que queria se creyese ser el de la languidez del amor, y que seguramente hubiera excitado las facultades risibles de Ana, si Milady no se hubiera anticipado á decirla que era el duque de.....: reirse de un duque era una cosa chocante; pero el respetarle era imposible. Inmediatamente dijo que aquella jóven era un ángel, una diosa, el objeto mas maravilloso del mundo, de cuyos elogios Ana no sintió ninguna vanidad, ni pudo merecer su atencion la gracia cadavérica de aquel personage. En efecto, ella tenia demasiado juicio para que la inspirase otra cosa que desprecio un hombre

enteramente dedicado á la locura y á la disipacion, cuando no solamente su edad, sino su salud, le prescribian la reforma de costumbres, y el uso de la franela y las pieles. Tampoco se halló capaz de ocultar por mucho rato su disgusto, y aunque el título de aquel hombre la infundia respeto, su persona la pareció tan despreciable, que involuntariamente volvió la espalda á su elocuencia, á su dignidad y á su admiracion.

El modo con que el duque habia distinguido á nuestra heroina excitó la atencion de los hombres, que quedaron extáticos á vista de sus gracias, y la de las señoras, quienes para no quedarse atrás tuvieron la bondad de limitarse á preguntar ¿quién es esa jóven? ¿de dónde ha venido? Estas observaciones generales la hicieron verdaderamente hacer un papel ridículo: apartó modestamente sus ojos de aquella reunion, lo que manifestaba el poco uso del mundo; sentimiento de

que no son capaces las mas de las bellezas modernas, pues jamás se ponen coloradas. Viendo que era una pobre, y una desconocida, inmediatamente dejó de excitar interes sino en los corazones de un corto número de hombres casados y libertinos: así fue que habiéndose esparcido por la tertulia la noticia de que era hija de un pobre eclesiástico del país de Gales, que Milady habia recibido para que acompañase á Mis Edwin, las damas quedaron tranquilas y los hombres contentos. Esto, lejos de mortificar á Ana, la dejó en libertad de continuar sus observaciones: se pasó insensiblemente el tiempo: la tertulia se marchó á la una de la mañana, y Sir William, Lady Edwin y nuestra heroina cenaron, y se recogieron á las dos.

Una sola noche bastó para que Ana conociese la clase de las visitas que se recibian y se devolvian; y bien pronto se halló tan al corriente de la etiqueta, que pudo tomar á su cargo lo mas incómodo

de ella, y Lady Edwin quedó desocupada para dedicarse enteramente á su juego, dejando á Ana toda la parte del ceremonial.

Cuando ya se vió enteramente establecida en aquella casa, y que solo tuvo que desear una cosa, que fue el conservar el favor de Milady, volvieron á presentarse en su imaginacion las escenas pasadas. ¿Es posible, decia, que me veo establecida en casa de Lady Edwin, y que podré ver todavia á Cárlos Herbert, y gozar de su conversacion?.... ¡Oh! sí: ella se acordaba de su despedida; ¡ah! ¿cuál podria ser el resultado que esto tuviese? ¿No la seria mejor el olvidar que aquel jóven existia? ¿No estaba él ya tratado de casar con otra? ¿No era la novia su amiga, y la hija de su bienhechora? ¿No era una injusticia y una ingratitud que pensase en desvancar á una persona que tenia tantos derechos á una conducta contraria? Y aun cuando ella no se hallase

en aquella situacion, y suponiendo que Cárlos estuviese libre, ¿pensaria en ella? ¿El orgullo de su familia consentiria en verle dirigir su amor á una muger tan dependiente de todos, y que aun carecia de aquella ventaja comun á todos los hombres, aun los de la última clase, pues no conocia un solo individuo de su linage, ni, finalmente, tenia otros medios de subsistir que la caridad de los extraños? No seguramente.... y en vista de esto éra necesario no pensar mas en Cárlos; pero como dijo cierto poeta: *el pensamiento rechazado, y el sentimiento condenado, no hacen mas que reunir las desgracias, y acrecentar su violencia.*

Una carta de Mr. Mansel, en la que este buen eclesiástico al darla la enhorabuena de su situacion la comunicaba los consejos mas saludables, no contribuyó poco á fijar en su alma una idea, que en verdad jamás se la borró. Decíala que estuviese muy sobreaviso contra las sorpre-

sas de su corazon, y especialmente contra la parcialidad que se habia sospechado que ella tenia á favor del jóven Herbert: le pintaba la imposibilidad del éxito de semejante empresa, pues la dependencia de éste era tal, que su ruina seria la consecuencia infalible de la simple sospecha que pudiese formarse de esta especie de inclinacion, apénas pudiese ser conocida de su familia. La recordaba que ya sabia el proyecto de casarle con su prima, y concluía pidiéndola hiciese por conservar su reposo, pues en cuanto á su honor ya sabia que estaba bien seguro á la sombra de sus propios principios. Por fin, la daba finas expresiones de parte de Wilkinson, y al terminar su carta la repetia que jamas olvidase que tenia su casa en cualquier evento.

Ana regó este papel con sus lágrimas, y se reprendió á sí misma por haber dado motivo á las sospechas de su amigo, preguntándose al mismo tiempo si otros acaso

habrian tenido iguales sospechas; y agitada con esta reflexion, se determinó á tener mas cuidado consigo misma.

Lady Edwin fue queriendo con mayor extremo á su jóven compañera cuanto mas la fue conociendo: Sir William, tan generoso como parcial, la hacia de cuando en cuando algunos regalillos; y en fin, su vida, si no era dichosa, al menos era agradable.

CAPÍTULO XXXII.

Llegada de un forastero.

Al mes de estar Ana en Grosvenor-Square llegó de sus viajes Mr. Hugues Edwin, y su presencia llenó de alegría á toda la casa. Él era el ídolo de su padre y de su madre, y el heredero de sus inmensos bienes. Tres años habia empleado en viajar: no se habian perdonado gastos para hacerle el jóven mas instruido, y sus bellas cualidades naturales daban las mas lisonjeras esperanzas acerca del lugar que

su clase y sus bienes le ponian en estado de ocupar en el mundo. Pero la alta opinion que sus padres tenian de su talento, y la ciega indulgencia con que habian mirado los defectos de su infancia, era causa de que se hubiesen arruinado sus buenas disposiciones, y se convirtieron sus talentos en vicios. Él era alto y de gallarda presencia: el mucho trato le habia dado todos aquellos modales agradables que despliegan con facilidad la gente que conoce el mundo. Su juicio sano é instruido no perdia nada cuando le manifestaba con las gracias y jovialidad que le eran propias, y cuando queria era muy elocuente. Estas circunstancias unidas á un profundo conocimiento de las leyes de su país prometian á Sir William ver realizado en su hijo cuanto puede desear la ambicion de un padre; pero la constante libertad con que se le habia dejado hacer cuanto quiso, la profusion con que siempre se habia atendido á todos sus ca-

prichos, le habian sumergido en casi todos los vicios de que es capaz el hombre, y aunque jóven en los años habia vuelto á su patria muy veterano en las banderas del libertinage.

Antes de ponerse en camino para dar principio á sus viajes habia seducido á una jóven viuda, rica y de buena familia, la que se dejó vencer tanto del amor que le tenia, que olvidando todas las demas consideraciones se resolvió á seguirle á los paises extrangeros, donde, á pesar de las gruesas sumas que le libraba su padre, fueron tan enormes sus gastos, que acabo tambien con el caudal de la viuda, á quien engañaba. Esta ya era madre; pero si como dijo un filosofo no puede existir la amistad entre los malvados, tampoco puede haber estimacion duradera, ni felicidad real fundada en unas relaciones viciosas. El amante era inconstante, la dama zelosa; y así cuando volvieron á Inglaterra, aquellos corazones,

que se habian lisonjeado de hacerse mútuamente felices, contribuían á hacerse recíprocamente desgraciados. La dama contaba todavia con el cariño que su belleza inspiraba á su seductor; pero una pasion que solo se funda en los sentidos, bien pronto se evapora, y viene á parar en tédio.

Edwin cierto de la generosidad de su padre le instruyó de su situacion, y no quedó engañado; pues Sir William, que tenia el corazon mas humano y mas noble, apénas el hijo pródigo le protestó las penas que le causaban sus pasados errores, y prometió corregirse, cuando aquel padre tierno, creyendo la sinceridad de su arrepentimiento, se encargó de mantener á la dama, lo que hizo generosamente, ofreciéndola quinientas libras esterlinas de renta con toda la delicadeza posible para hacerla creer que ella hacia una gracia en admitirlas.

CAPÍTULO XXXIII.

Piedad filial de los hijos de la primera nobleza.

Edwin se halló sumamente contento viéndose libre de su compañera; pero la galantería era su inclinacion, y su placer el obrar mal. La amable Ana en todo el lleno de la hermosura y la inocencia era un objeto demasiado bello para no ser muy mirado, y la proteccion con que la honraba Lady Edwin no fue suficiente para ponerla á cubierto de las tentativas de aquel, que habia olvidado la promesa hecha á su padre desde el momento en que obtuvo lo que deseaba. Sabia que le estaba destinada la mano de Mis Turbville; pero nunca habia creido que este enlace fuese un obstáculo á sus inclinaciones: cuanto mas veía á nuestra heroina, mas se enamoraba de ella, y esta pasion creció con tal rapidez, que apénas podia ocul-

tar sus indicios delante de su madre; y siempre que la veía á solas, cuya ocasion buscaba con mucho cuidado, la hablaba de su amor con toda la violencia propia de su temperamento.

¡Cuán fácil es resistir á las tentaciones que nos desagradan! Ana, sin alterar en nada su paz interior, le hacia presente lo mucho que debia á su familia, y le aseguraba que aun cuando no tuviese otra objecion que las consideraciones relativas á su madre, estas solas fortificarian bastante su corazon contra un amor, que jamás podria aprobar aquella señora. Pero él no tenia oidos para escuchar, ni razon para seguir las lecciones de la sabiduría; y así la honradez de la conducta de Ana y su modesta dignidad no le obligaron á desistir, sino al contrario le hicieron que la ofreciese un amor honroso y legítimo, aunque verdaderamente no estaba en su mano el llevarlo á efecto, ni tampoco era capaz de querer guardar fi-

delidad á ninguno de los empeños que podia contraer, para que se aceptase su oferta.

Mas esto no era de temer, pues aunque Ana solo sabia del carácter de Edwin lo que su madre habia juzgado oportuno decirla, ella estaba armada con el motivo que ya he indicado; y aun cuando éste no hubiese existido, tampoco hubiera sido necesario, pues estaba su corazon tan lleno de las gracias de Cárlos, que hubiera rehusado las ofertas de Edwin, aunque hubiese sido capaz de presentarla una corona. Ella no vivia sino para Herbert, sin embargo de que no solo no tenia la mas remota esperanza de ser feliz con el objeto de su eleccion, sino que tambien á veces, cuando su imaginacion la trasladaba á Llandore, que eran muchas al dia, se la figuraba que podria verle casado con Mis Edwin, sin experimentar otra conmocion que la que nace de una amistad desinteresada: y entretenida con esto

llegaba hasta lisonjearse con la idea de que, ínterin que permaneciese soltera, y pensaba estarlo toda su vida, podria conservar en el fondo de su corazon la preferencia que le daba, sin ofender á su honor, ni á los derechos de un esposo. Tranquila con este plan, no se empeñaba en reprimir tan agradables recuerdos, ni los elogios que involuntariamente daba á todas las acciones de Cárlos. Su corazon le comparaba continuamente con los demas jóvenes, que concurrian á casa de Sir William; y aunque á veces hallaba sus propios sentimientos en otra persona, estaba siempre muy segura de que las palabras de Cárlos los hubieran dado mayor gracia, é igualmente si alguno la disgustaba, su primer pensamiento era: ¡ay, cuán diferente es Cárlos!

Así pues, fomentando este secreto de su alma, vivia en casa de Lady Edwin sin otro disgusto que el que la causaba la persecucion de su hijo; pero esto debia

concluir dentro de pocas semanas, pues Mis Cecilia permaneceria en Bedforshire hasta que su familia fuese á buscarla, proporcionando así á su hermano la ocasion de enamorarse de Mis Turbville, la que no tenia duda ninguna sobre el influjo de sus gracias.

Mr. Edwin no parecia desear que se acercase la hora de su matrimonio: su corazon era enteramente de Ana, y con tanta mas formalidad, cuanto habian ya pedido su mano dos hombres, ricos ambos, y uno de ellos hijo de una casa muy distinguida. Este era un baron, hombre de mucho caudal, y de cerca de cuarenta años; y el otro, que se llamaba Mr. Mordant, era un jóven de buenas costumbres, hijo de un rico habitante de las Indias Occidentales, muy conocido de Sir William, quien por esta razon amaba mucho á aquel jóven, y le recibia familiarmente en su casa en calidad de pariente. Él, viéndose con licencia de su padre para

elegir á su gusto una esposa que hubiese de acompañarle á la Jamayca, habia rendido su corazon á las gracias de nuestra heroina.

La indiferencia con que ésta rehusó ambos partidos pareció muy extraña á Sir William y á su esposa, pero muy lisonjera á su hijo. Este estaba tan acostumbrado á ser feliz en sus empresas galantes, que no dudaba de la continuacion de su buena fortuna; y la pasion que tenia á Ana le hizo creer que su negativa no se fundaba sino en el amor con que le correspondia. Así pues, navegando á todo trapo en el mar de la esperanza, no tenia sino un escollo, y era el de que si consentia en dar la mano á Mis Turbville podria esto desacreditarle con Ana. Cuando Sir William le habia libertado de la viuda, le habia hecho prometer que se conformaria con su voluntad en el punto del matrimonio; y en verdad la situacion independiente que su boda debia proporcio-

narle era una cosa demasiado lisonjera para un jóven, que no deseaba sino su libertad; pero tambien el abandonar á Ana era un gran sacrificio.

Primeramente se dedicó á ganar tiempo, alegando escusa sobre escusa. La familia de Mr. Herbert estaba convidada para acompañar á la suya al condado de Bedfort; pero él escribió secretamente á Cárlos para que de semana en semana fuese retardando el viaje, hasta que Sir William, cansado de estas dilaciones, declarase que partiria sin ellos; mas al fin, viendo que ya seria inútil presentar mayor obstáculo á su partida, los dejó venir, juzgando oportuno el caer enfermo la víspera de su llegada. Un vomitivo, que tomó sin dar parte á nadie, le dió la apariencia de un ataque violento, y puso en consternacion á sus padres, quienes quisieron llamar al médico; pero el enfermo dijo que solo tenia confianza con uno, y aunque no era de los que asistian en

la casa, se dió órden para que viniese, y éste fue dando cuenta de los progresos de la enfermedad precisamente segun convenia al gusto del doliente. Su madre le aconsejaba que consultasen á otros profesores; pero él la imponia silencio, manifestando que esta oposicion aumentaba su calentura, y que por otra parte estaba tan satisfecho de la ciencia de Mr. Depuis, que no queria otro alguno.

Ana susceptible de todos los sentimientos de humanidad, y que amaba y honraba á Lady Edwin, la imitó de tal modo en sus cuidados por el enfermo, que para calmar los temores de una madre tierna, se informaba constantemente del estado de la cura. El ayuda de cámara de Mr. Edwin tuvo cuidado de participar á su amo esta circunstancia, cuyo verdadero motivo ignoraba, y la alegría de éste, cuya vanidad interpretaba del modo mas favorable cada una de aquellas atenciones, apénas podia contener el exceso

de su gozo. Cuando ella preguntaba siempre se la decia que iba mejor; pero se respondia al contrario cuando otro cualquiera preguntaba lo mismo: de este modo, hallándose Lady Edwin consolada por los informes de Ana, y recibiéndolos con tanta satisfaccion, no se necesitaba mas para hacerla redoblar su esmero en procurarse las ocasiones de complacerla.

Los Herberts hallaron en esta situacion aquella casa. Mr. Edwin y Cárlos habian pasado juntos sus primeros años, y recibido á un mismo tiempo sus primeras lecciones, y no se habian separado hasta que el primero dió principio á sus viajes. Así, por mas diferentes que fuesen en sus principios, siempre se miraban con cariño.

Apénas Herbert se habia sentado á la cabecera del enfermo, quien suponia no podia levantarse, cuando le confió la causa de su dolencia, alegando la repugnancia que siempre habia tenido al ma-

trimonio, y mas entonces; pues le era imposible enamorarse, como se pretendia, de una muger, cuando su corazon era enteramente de otra. Dijo que ésta era la razon porque habia engañado á sus padres: le informó del medio de que se habia valido, y confesó que realmente habia caido enfermo de resultas de haberlo fingido.

Esta conversacion divertió á los dos amigos, á quienes interrumpió un criado, que vino á decir que Mis Mansel habia llegado dos veces á preguntar por el enfermo.

¡Encantadora y deliciosa Ana! exclamó Mr. Edwin; y al punto se desvaneció toda la alegría que habia brillado en los ojos de Mr. Herbert. ¿Quién? preguntó él, atreviéndose apénas á respirar. ¿Quién? ¿decis que Mis Mansel es Ana?

— ¿Luego vos la conoceis? respondió Edwin; y continuo diciendo: ¡Ay! amigo mio: ¿quién otro que ella podia ha-

ber tomado entera posesion de mi alma?

— Yo creía, dijo Herbert, que ya estaba casada: á lo cual exclamó Edwin, Dios libre al hombre que sea tan atrevido que pueda concebir semejante esperanza. Pero no.... ¿No ha rehusado ella á William Mordant y á Sir Cárlos Stanley? Por mí no ha aceptado sus ofertas: sí, Cárlos, yo me he apoderado de su corazon, y ella será mia.

— ¡Qué me decis! Luego renunciais á Mis Turbville. ¿Y cómo pretendeis estableceros con Ana? Vos no podeis imaginar....

— ¡Imaginar! Yo sé que me ama, Cárlos, y juro por los cielos que la adoro; pero imagino que ni ella ni yo necesitaremos recurrir al camino trillado y fastidioso.... y añadió cantando estas licenciosas y abominables máximas:

Tan libre como el aire el Dios Cupido
Huye volando del amante apénas
Le quiere el hombre proponer cadenas.

Mr. Edwin, en el éxtasis que le causaban sus pintorescas ideas, siguió hablando algun tiempo en el mismo tono, y hubiera podido continuar mucho mas sin ser interrumpido, pues Mr. Herbert estaba tan absorto en sus propias ideas, que no eran de la especie mas lisonjera, y así no le permitian fijar su atencion en lo que decia el otro. Hasta entonces él no habia conocido toda la fuerza de su amor á nuestra heroina: bien es verdad que antes la creía comprometida, y ya la juzgaba casada con el hombre que habia elegido; y esto solo le habia impedido el lisonjear con la idea de la felicidad la única pasion séria que su corazon habia concebido. Ahora la hallaba aun soltera, y metida en una intriga amorosa con un hombre que meditaba su ruina. Estaba confuso: sus ideas se atropellaban unas á otras: meditaba si debia intentar el poner á salvo una inocencia tan querida y tan preciosa: pensaba que las gracias de la

educacion y los encantos de la naturaleza iban á ser víctima del vicio: ¿pero cómo habia de impedirlo? ¿Una muger que habia podido prendarse así de un libertino conocido, era capaz de prestarse á sus amistosos oficios? ¿No juzgaria ella impertinentes sus consejos? Si á pesar de esto él lo intentaba, ¿qué podria resultar? Acaso un disgusto entre ambas familias, que afligiria á su madre, y haria caer sobre él la acusacion de la ingratitud. Conocia todas las óbligaciones que debia á su tio; y hallándose en esta turbacion y desórden de ideas, no pudo resolverse á presentarse á su referido tio; y como éste habia salido, él se escusó de aguardarle, pretestando estar cansado del viaje; pero Milady estaba en su cuarto, y era imposible evitar presentarse á saludarla: mas como esta visita debia ser corta, reanimó sus fuerzas, é hizo que entrasen recado.

CAPÍTULO XXXIV.

El enojo.

El color que tomaron las megillas de Ana cuando vió entrar á Herbert en la sala hubiera bastado á desmentir la fábula que acababa de oir, si le hubiese observado; pero una sensacion parecida al orgullo humillado y al resentimiento le habia hecho tomar una resolucion, en virtud de la cual ni pudo ver nada, ni pudo hacer esta observacion ni otra alguna. Apénas presentó sus respetos á Milady cuando saludó á Ana con aquella indiferencia que se tiene con una persona que no sale de la clase de un mero conocido. ¡Dios mio, qué golpe éste para la sensibilidad de Ana! Su corazon habia anticipado con tanto placer esta primera visita de Cárlos. Ella, considerando toda la anterior conducta de aquel jóven, no habia podido menos de creerse amada;

la escena de su despedida estaba siempre fija en su memoria: el tierno y sensible acento de su voz estaba resonando todavia en el fondo de su corazon; ¡y sin embargo era con tanta indiferencia su primer saludo despues de la ausencia! La consternó aquel aire de descuido, y hallándose demasiado confundida para poder preguntarle por su madre y su hermana, y sintiéndose apénas capaz de sostenerse, se aprovechó del momento en que Milady se informaba de la salud de su familia para retirarse á su cuarto, donde se entregó á un llanto, que en parte la sirvió de consuelo.

¡Ah! exclamó anegada en lágrimas: ¡no es solo á Mr. Mansel á quien yo he dejado ver mis locos pensamientos y mi debilidad, que yo mismo fomenté demasiado! Herbert lo ha conocido, y me desprecia: él ha descubierto el secreto de la imprudente jóven, que se atrevio á contar demasiado con su amistad. Sus mira-

das y sus modales anunciaron un desden y una frialdad, que de otro modo jamás pude haber merecido.

Pero quizás, continuó la pobre afligida, la mudanza de mi situacion es la que ha producido este efecto. ¿Pero Herbert podia y debia ser el primero que la diese á conocer que ella dependia de su familia? ¿Era esto propio de aquel corazon tan noble y generoso, que ella habia admirado? Ana habia formado en su imaginacion un ídolo dotado de belleza y de virtud, y habia aprendido á quererle. ¡Bárbaro! él habia ocultado esta amable figura que la habia servido de modelo, y presentado en su lugar una máscara odiosa. Pero resolvió que ya no pensaria mas en él, ó si lo hiciese, seria con el desprecio que merecia semejante capricho. Propuso hacerle ver, que el verdadero orgullo, que inspira el mérito, es independiente del nacimiento, y que puede existir sin los adornos del caudal y de la no-

bleza. Dando por supuesto que se habia sospechado su imprudente afecto, no era dificil cambiarlo en desprecio á un hombre, que era capaz de insultar á una muger porque le amaba; es decir, que la imaginacion de Ana la pintaba como un insulto aquella mudanza de conducta sin causa ninguna por su parte.

Se disminuyó la confianza que tenía en la amistad de Lady Edwin, y se reprendió el no haber seguido el consejo de Mr. Dalton, dedicándose á una labor que pudiera mantenerla en un estado de independencia: de manera que perdió enteramente toda consecuencia consigo misma apénas creyó que no ocupaba ningun lugar en el corazon de Herbert, y el suyo padecia infinito con la perspectiva que se la presentaba á su vista. Habia escrito á Mis Edwin segun su primer estilo, y no habia tenido respuesta. Esta dulce correspondencia y esta union de aquellas almas, que debian durar tanto como la vi-

da, se habia evaporado, y ya no tenia mas parte en los pensamientos de aquella dama, que si nunca hubiese existido tal amiga.

Mis Edwin, empapada en sus ideas novelescas á los diez y siete años, habia llegado á ser una perfectísima coqueta á los veinte. El héroe de sus primeras sensaciones era el único que habia conservado su lugar entre la multitud y versatilidad de sus ideas. Cárlos Herbert era amable: ella no conocia á otro cuando tuvo las primeras nociones del amor, y entonces, que el cebo de su caudal era un atractivo para cuantos llegaban á conocerla, y que su capricho de ser admirada la obligaba á animar la esperanza de cuantos la presentaban sus respetos, preferia todavia á su primo, y su vanidad no hubiera quedado poco mortificada, si no hubiese hallado la correspondencia que se habia figurado.

Mis Turbville era la verdadera incli-

nacion de Cecilia, y ciertamente la amiga de su corazon. Ellas se habian criado juntas, y la formacion de sus almas abandonada á ayas, que solo tenian el interés de los salarios que cobraban, y que realmente ignoraban lo que constituye una jóven estimable, las habian enseñado únicamente aquellos conocimientos superficiales que poseían. Nacidas en la opulencia, y no habiendo experimentado contradiccion alguna, no es de extrañar que hubiese poca amabilidad en sus caractéres y modales. Ambas estaban resueltas á ser unas heroinas de las pasiones sentimentales; pero los vestidos elegantes, las joyas preciosas, la concurrencia á las brillantes tertulias, y las galantes conversaciones de los petimetres, transtornaron su primer sistema, y en lugar suyo introdujeron un amor desordenado al adórno, á los placeres, y á la admiracion universal. Fue desterrada la sensibilidad, y desaparecieron completamente

aquellos sublimes sentimientos.

No habia pues que esperar ningun consuelo por parte de la memoria y amistad de Mis Cecilia. Madama Herbert no tenia resolucion, y Patty, la amable Patty carecia de medios para servirla. Dalton la habia advertido claramente que no debia pensar en permanecer en su casa: la proteccion de Lady Edwin era su único recurso, y ella tendria que estar viendo constantemente al hombre, cuya presencia hubiera querido evitar para siempre. La proximidad de la primavera no la permitia mudar de situacion, y aun no se habia tratado de volver á Dennis.

Cuando Ana estaba ocupada en estas reflexiones la envió un recado Lady Edwin para noticiarla dos cosas: una (y esta la era muy agradable) fue la llegada de Mr. Herbert con su familia á su casa de Bond-Sreet, donde deseaba que ella fuese á darles de su parte la bienvenida, y la otra era que Cecilia y la familia de Mr.

Stanley llegarian á Londres la semana siguiente.

Ana corrió á egecutar las órdenes de Milady: Patty la recibió llorando de alegría, y Madama Herbert la manifestó su gozo en los términos que la permitió su inquietud, causada de que aun no habia visto á Cárlos, quien habia venido de Oxford para reunirse con ellas; pero sin embargo acompañó á Ana á Grosvenor-Square, donde pasó la tarde.

Mr. Stanley, tutor de Mis Turbville, y hombre de un excelente carácter, esperaba con impaciencia el momento que le libraría de su pupila, cuyo gran caudal hacia que fuese un objeto muy tentador; y así habia llegado á ser para él su tutela una carga delicada y penosa. Cansado pues de tantas dilaciones como se encadenaban, se habia acordado de aquel dicho: pues que la montaña no viene hácia Mahoma, él irá hácia la montaña; y en virtud de esto se habia dirigido á Lon-

dres acompañado de toda su familia.

Ya era inútil á Mr. Edwin el fingirse enfermo: todos sus planes de oposicion quedaron frustrados, y los obstáculos y pretestos llegaron á su término. Habia dado su palabra de honor á su padre cuando tan noblemente le libertó de Mistres Milford, y seguramente ya no admitiria mas excusas. Su cabeza estaba tan preocupada con las delicias de la independencia, que aun cuando podia por un instante olvidarse de Ana, deseaba realmente verse lo que se llama establecido: mas este deseo ni era frecuente, ni de mucha duracion, pues la memoria de Ana volvia con nuevas fuerzas y con un poder irresistible á desterrar todas las agradables consecuencias de su matrimonio con otra. En vano la rogó y la instó, pues ella le excitó á la obediencia á sus padres, recordándole las obligaciones que tenia á su familia, á su caudal y á sus relaciones de parentesco; y en fin, le declaró que ella esta-

ba comprometida. Disgustado con esta confesion, quiso obligarla á concederle ciertas complacencias, pero halló que era hablar con una piedra.

Su vanidad herida hizo que se aumentase su pasion, y así resolvió satisfacerla á cualquier precio. Desde que se habia separado de Herbert para los viajes, el tiempo y las malas compañías le habian hecho progresos hácia la corrupcion con mas rapidez que las buenas y escogidas sociedades habian acercado á Herbert hácia la perfeccion. El primero sentia dentro de sí mas respeto que amistad para con su primo, cuya superioridad no podia ocultársele. En virtud de la conducta razonable y política de Cárlos le habiá visto poco curioso en cuanto á la confianza que le habia hecho de sus proyectos respecto de Ana; y cuando vió que se habia engañado, suponiendo por parte de esta hermosa jóven una preferencia decidida hácia él, su vanidad le impidio partici-

parle este triste descubrimiento.

Herbert por su lado, teniendo frecuentes ocasiones de ver á nuestra heroina, halló que la razon y la reflexion eran escudos muy débiles para resistir á sus atractivos; pero como ella todavia, resentida de su anterior conducta, le mostraba frialdad y reserva, él no dudó que Edwin fuese un amante favorecido. Entonces sintió mil veces el no haber intentado ganar su corazon en Llandore, y recordaba una infinidad de circunstancias, que en aquel tiempo debian haberle dado á entender que no amaba á Wilkinson. Mas era demasiado tarde para prevalerse de esta observacion, porque ademas que seria perjudicar á su primo, su propia delicadeza, en el caso de lograr victoria, no le permitiria hallar ningun placer en ser sucesor de un libertino; pero sin embargo de todo esto él deseaba vivamente que Ana pudiese libertarse de la ruina que la amenazaba.

Estos interiores combates afectaron de tal modo su salud, que los médicos le aconsejaron que mudase de aires: Madama Herbert le hubiera acompañado con mucho gusto al campo, pero Lady Edwin la suplicó que se quedase en Londres; y aunque ella quiso que su hijo tomase una habitacion poco distante de la ciudad para que así le pudiese ir á visitar fácilmente, ó él pudiese venir, prefirió volverse á Oxford, como lo verificó apenas pudo, despues de haber presentado sus respetos á Mis Edwin y Mis Turbville.

CAPÍTULO XXXV.

Primera sensacion.

La familia de Mr. Stanley llegó á la ciudad á principios de Mayo, y Mr. Edwin encontró en su novia precisamente todo lo contrario de lo que admiraba en Ana. Á la verdad era hermosa, pero vana, afectada, orgullosa, muy habladora, y

mucho mas risueña solo para tener ocasion de presentar sus brillantes dientes. Sus megillas estaban cubiertas con un grueso colorete, que no dejaba ver sus colores naturales: sus hermosas y negras cejas estaban estropeadas por el pincel de que se servia, y sus cabellos, aplastados con la pomada y polvos obscuros, formaban un gran contraste con los bucles naturales de los de Ana. En fin, si en lugar de intentar agradarle, como era natural, hubiese buscado el modo de hacerse odiosa, hubiera logrado completamente su designio. Pero Mr. Edwin tenia demasiado mundo para dejar conocer sus verdaderos sentimientos: su objeto era valerse del amor, y como muy pocos hombres le aventajaban en talento é instruccion, y era muy bella figura, fue bastante feliz para agradar á la señorita tanto como afectaba estar prendado de ella.

Cecilia al mismo tiempo desplegaba

todas sus gracias delante de su insensible primo, que demasiado penetrado de sus propias penas, casi no la atendia, y ella no podia dejar de hacer algunas observaciones, que herian su corazon tanto como excitaban sus zelos.

Habiéndose Cárlos propuesto observar atentamente á Ana en el momento de la primera visita de la nueva pareja, no tenia ojos ni oidos para atender á ningun otro objeto. Veía con mucha satisfaccion la indiferencia de su rostro, que parecia retratar un corazon tranquilo. La ojeada de la curiosidad era la única que dirigia á los nuevos novios: su rostro era la imágen fiel de su alma, y allí se podian leer todas las interesantes variaciones de sus pensamientos; pues aquellos ojos, los mas hermosos del mundo, no habian recibido otras lecciones que las de la natuleza. Cecilia veía y conocia la superioridad de Ana con un desprecio, bajo el cual se ocultaba la envidia. ¿Qué capri-

cho seria el que pudo obligar á Lady Edwin á tener en su compañía una jóven de aquella clase? Esto era lo que se preguntaba á sí misma, y estando muy acostumbrada á leer en los ojos de los hombres, no tardó en hacer en los de su hermano cierto descubrimiento, que no bien le hizo, cuando resolvió aprovecharse de él.

Algunos dias despues Mis Edwin se separó de Mis Turbville, y volvió á habitar á Grosvenor-Square. Hizo que la precediese su camarera: apénas llegó, cuando pretestó un fuerte dolor de cabeza para retirarse á su aposento, donde se encerró, dejando á Lady Edwin sorprendida, y á Ana picada de la frialdad de su conducta; pero, sin embargo, como era inútil á ambas el comunicarse sus sentimientos, no hicieron observacion alguna sobre este punto.

Mr. Herbert y Mr. Mordant fueron por la mañana á desayunarse á casa de Lady Edwin. Era demasiado temprano

para Cecilia: Cárlos acababa de despedirse, y Mr. Mordant de ensayar un nuevo esfuerzo para conseguir la mano de Ana. Su intimidad con aquella familia le habia dado frecuentes ocasiones para conocer el alma y los sentimientos de nuestra heroina. Llevaba letra abierta de la persona á quien su padre le habia encomendado: iba á concluir el tiempo que debia permanecer en Inglaterra, y quiso por la última vez probar fortuna al lado de la muger á quien amaba. Sir William y Lady Edwin se interesaron en su favor, y viendo él que Cárlos era un pariente tan cercano de aquella familia, solicitó inmediatamente su apoyo. Ana habia dicho antes cuanto podia decir una alma firme en sus resoluciones, y la presencia de Herbert no era la mas propia para dar un nuevo giro á sus expresiones.

La repugnancia con que Mr. Mordant abandonaba sus últimas esperanzas le hizo detenerse hasta las dos de la tarde, hora

en que Cecilia adornada con cuidado, y en el deshabillé mas elegante, bajó echando una ojeada curiosa á Ana, que se levantó respetuosamente á recibirla. Ella saludó á todos, y tomó su asiento, expresando en sus miradas la altivez y el desprecio. Mordant se habia dirigido inmediatamente á ella para solicitar su proteccion, y Cecilia pareció sorprenderse, no pudiendo adivinar de qué persona la hablaba; y como él respondiese que no podia hablar de otra que de la encantadora Mis Mansel, le contestó secamente que no tenia ningun influjo con ella.

Ana la suplicó tuviese la bondad de disculparla, y lo mismo dijo á todos los presentes; y hablando con Mr. Mordant le aseguró de que con eterna gratitud se acordaria siempre del honor que la hacia, y que confesaba y creía realmente que era una infelicidad para ella el no poder aceptarle; pero que esto no se conformaba con sus ideas de integridad, y que sus

resoluciones eran inalterables. Creedme, Mr., continuó ella con una amable franqueza en sus acciones, y una suma modestia en su semblante, creedme, que si yo pudiese corresponder á los sentimientos de un hombre tan digno, hubiera cifrado mi orgullo en hacerlo generosamente. Mr. Mordant, vos teneis tanto mérito, que yo estoy cierta de que hallareis un corazon mas digno de vos que el mio, y que para haceros justicia no aguardará al ruego de vuestros amigos. Dios os guarde, añadió ella haciéndole una graciosa cortesía, y dejó la sala para retirarse á su cuarto. Mr. Mordant se despidió tambien de Sir William y de Lady Edwin, manifestando un tierno sentimiento, mientras que Cecilia encogiéndose de hombros decia para sí, pero en voz bastante capaz de ser oida, ¡ rehusar la mano de un hombre de tanta consecuencia para ella! ¡ el hijo de un rico comerciante! ¿ á qué aspira, pues? ¿qué partido necesita?

Mr. Herbert se levantó entonces para despedirse: en vano Mis Edwin le rogó que se detuviese al menos aquel dia, manifestando que estaba sola, y necesitaba de su compañía, esperando por esto que no la dejase; pero él se resistió á todas sus instancias, y despidiéndose pasó al cuarto de Mr. Edwin.

Y bien, Cárlos, exclamó éste, ¿qué pensais de mi diosa? ¿Cómo os parece ahora Mis Turbville?

— Yo la juzgo una muger muy excelente, y espero que sereis feliz; pero vos, ¿qué pensais de ella? Esto es lo esencial.

— Sin duda, respondió Edwin: mas como es una pregunta que tal vez produciria un infierno si yo respondiese lo que siento, vale mas callar; pero venid acá, Cárlos, si vos la hallais una muger tan excelente, ¿cómo no la elegís para vos?

Cárlos no mostró intencion de responderle, y el otro se desahogó en invectivas contra la locura é insipidez de Mis

Turbville y de su hermana, jurando que á no ser por una dulce esperanza, á que se entregaba, las dejaria casar con quien ellas quisiesen. ¡Ah, qué diferencia entre ellas y la angelical Mansel! ¿Habeis observado todas sus gracias? ¿Notais como siendo muy superior en excelencia, ofrece á un mismo tiempo el símbolo de la dulzura, la inocencia y la belleza? Os juro que cuando estaba yo sentado junto á mi novia al otro extremo de la sala, y cansado de su vana locuacidad, todas las veces que los labios de Ana se abrian para expresar con las gracias y facilidad que sabe las ideas de su sabiduría, el perfume de su respiracion se me representaba á mi imaginacion inflamada que llegaba desde aquella distancia hasta mí, y llenaba todos mis sentidos.... Pero, amigo Herbert, vos partis mañana, hoy comeremos juntos en la fonda, beberemos á la salud de este ángel, y nada podrá turbarnos. Muy bien, respondió Herbert aparentando una son-

risa; pero olvidais que Mis Turbville come hoy en vuestra casa. Yo la dejaré, respondió Edwin, y juraré que vos me habeis detenido. Vamos, vamos, añadió cogiéndole por el brazo.

Hemos dejado á Mis Edwin con su padre y con su madre: aquel estaba loco con sus hijos; pero en cuanto á la segunda se habia debilitado su cariño para con su hija á vista de su conducta, y estaba sumamente irritada por su negligencia, y aun grosería. Cecilia comenzó la conversacion preguntando con altivez y aspereza, ¿qué habia pensado su madre al traer á su casa una jóven como Ana? y añadió que estaba segura de los grandes inconvenientes que resultarian de aquella caridad ridícula. Lady Edwin, admirada del tono con que la hablaba su hija, la mandó secamente que se ocupase en lo que la perteneciese, y salió inmediatamente de la sala.

Cecilia, cuyos sentimientos y disgus-

tos se habian agriado con la partida de Mr. Herbert, se puso á refunfuñar de despecho, y como su padre la preguntase con cariño la causa de su pena, le dijo que detestaba á Ana, que era una criatura orgullosa é insolente, y que estaba cierta de que tenia la audacia de intentar seducir á su hermano. La amistad é indulgencia de Sir William no pudieron resistir una insinuacion tan poco caritativa, y tomó la defensa de Ana con tanto calor, que Cecilia, dejándole con rabia se retiró á su cuarto, donde despues de haberse arrojado sobre un sofá, comenzó á consolarse riñendo con su camarera, á quien acusó de haberla peinado muy mal aquel dia, precisamente porque sabia que deseaba ir bien peinada. La muger en muy mal inglés intentó justificarse no sin algun enojo, lo que irritó de tal modo á su señorita, que se puso á gritar de cólera, y sus voces, que resonaban en toda la casa, dieron motivo á que Ana corriese al cuarto

en el momento en que su hermano y Cárlos llegaban atraidos de la misma causa.

Hallaron á Cecilia en el estado mas horroroso: desencajados los ojos, el rostro desfigurado por las convulsiones de la ira, los labios pálidos y temblando, y toda ella en un acceso de frenesí: su camarera, que era una extrangera, estaba tambien hablando con el mayor ardor, y rechinando de cólera. Edwin soltó la carcajada á vista de este cuadro, y despues de haber dicho á su hermana que no la faltaba mas que un..... para inmortalizarla, la preguntó friamente si la sucedia aquello muchas veces, y en seguida la volvió la espalda; pero Herbert y Ana, conducidos por un mismo principio de humanidad, se quedaron para consolarla, aunque sus esfuerzos fueron inútiles, y ella les mandó ásperamente que saliesen de su cuarto.

La verdad es que Ana estaba tan asustada de lo que veía y oía, y Herbert tan

sorprendido de haberla hallado tan de improviso, y tan interesada por la inquietud de Cecilia, que olvidándose de ésta, sus primeros esfuerzos se dirigieron á calmar el susto de nuestra heroina; y la presencia de Cárlos en la postura de la mas tierna solicitud, apoyada una mano sobre el corazon, y la otra tendida hácia Ana, rogándola que no se asustase, no era la escena mas propia para calmar la tempestad que se habia levantado en aquel cuarto. Por fin, luego que en virtud de haber repetido Cecilia la órden de despejo se retiraron ambos, ella estuvo muy cerca de despedir á su camarera; pero esta supo hacer las paces, y volvió á recobrar el favor de su señorita, mediante un descubrimiento tan nuevo como inesperado.

CAPÍTULO XXXVI.

Vista retroactiva.

La cólera de Cecilia no habia sido provocada de ningun modo por su camarera, la cual no habia tenido dificultad en conocer que era la víctima del resentimiento que su señorita tenia con otra. La idea que habia manifestado de no ir bien peinada anunciaba evidentemente sus ganas de parecer mejor; y esta muger, á la que pocas excedian en astucia, observó que Mr. Herbert tenia un poderoso abogado en el corazon de Cecilia; y una espectadora indiferente habia podido conocer con facilidad, viéndola al lado de Ana, el punto á que se dirigian todos sus votos. Esta era pues la rival de Cecilia, y lo que es mas, era la misma Ana, que algunos años antes habia sido rival de Madama Frajan (que era esta misma) respecto al Coronel Gorget, y á la que ella

habia injuriado demasiado para que jamás pudiese perdonarla. Ademas de esto, el galante Coronel, entonces ya Baron y hombre de cualidad, no habia vuelto á hacer las paces con aquella muger, y aunque ella tenia de cuando en cuando el honor de presentarle sus respetos, y recibir cada vez el regalo de una guinea, él siempre sentia la pérdida de su queridita. Dos objetos pues se ofrecieron inmediatamente á su vista, el interés y la venganza, y ya se vé que no era posible que se resistiese á uno y á otro el corazon de una camarera, y francesa.

El Lord Sutton..... pero aquí tal vez el lector nos acusará de inconsecuencia, porque despues de haber presentado antes á este personage como un hombre generalmente despreciado, le introducimos ahora honrado con las gracias y el favor de un príncipe virtuoso. Sin embargo, por mas extraño que pueda parecer el ver á un hombre semejante creado Lord, supli-

co á mis lectores se persuadan de que nada es mas verdadero. El Coronel era rico: algunas anecdotillas de su vida bajo el nombre de Gorget no eran agradables de reproducirse por sus consecuencias: su nombre era demasiado famoso para ocultarlas; y por esto por su dinero, la proteccion de Lady Waldron, y algunas otras personas de crédito, habia obtenido el derecho de titularse Baron de Sutton: de este modo las acciones de Gorget, que habian adquirido alguna publicidad, estaban olvidadas con el mismo nombre.

Era este el propio personage, que habiendo aspirado á la mano de Cecilia, habia sido despreciado por Lady Edwin á causa del obscuro orígen de su padre, y que hallando fuertes atractivos en los bienes y nobleza de esta familia, habia colocado en ella á Madama Frajan para reforzar sus investigaciones, é intentar, si se insistia en rehusar su oferta, el ver cómo podia hacer que Mis Cecilia *le*

acompañase á Escocia. Aunque esta por su edad podia muy bien ser su hija, él no pensaba que su persona fuese la última cosa que pudiese agradarla, y por mas que suponia tambien que su última pasion seria la que tenia á aquella dama, Madama Frajan sabia lo contrario, y aunque no hubiese estado segura de ello, las gracias y perfecciones de Ana la hubieran confirmado en su opinion. Tenia ademas otras razones, que se presentarán en la serie de esta historia, para temer la vista de nuestra heroina, y por esto dejó que Cecilia desahogase su rabia, que al fin vino á parar en un torrente de lágrimas á falta de venganza.

Entonces fue cuando la Frajan la pidió perdon de haberla ofendido involuntariamente, protestando cuánto respetaba y amaba á una dama tan dulce de genio, tan bondadosa y tan amable, y al fin dijo que se lisonjeaba de poderla dar pruebas de cuanto decia. Despues, volviéndo-

la á pedir nuevamente perdon por atreverse á hacer una pregunta, de la que bien pronto sabria el motivo, rogó la digese si habia mucho tiempo que conocia á la jóven de quien Mr. Herbert parecia tan apasionado.

Esta pregunta excitó un nuevo acceso de furor. No la nombreis, exclamó Cecilia dando una fuerte patada, la misma casa no debe servir de habitacion á ella y á mí. Esto era lo que buscaba la astuta camarera, quien contestó: — No es necesario nombrarla, pues sé que es esa Mis Mansel, por la que Lady Edwin está tan apasionada, que la ha traido á su casa, una muchacha que la engaña, la alucina, y al fin, una ladroncilla. Mis Edwin escuchó con toda atencion esto: su furor se apaciguó, y la Frajan volvió á su gracia, contando la historia de nuestra heroina; pero de tal modo mezclados los hechos ciertos con los fingidos, que era dificil distinguir unos de otros; y por

sus efectos se verán las resoluciones que tomaron ambas.

Aquel dia era uno de los de la gran tertulia que habia en casa de Lady Edwin dos noches cada semana. Ana, perfectamente impuesta en cuanto conviene á una sociedad brillante, hacia los honores de la sala, reemplazando á Milady, que preferia su mesa de juego, y cuando Madama Herbert y su hija estaban allí, ésta, que amaba á nuestra heroina tanto como merecia, estaba siempre á su lado. Como Herbert comia con Edwin, Mr. Stanley estaba tambien comprometido con Sir William, y como, en fin, Cecilia habia pedido que la sirviesen la comida en su mismo cuarto con Mis Turbville, Madama Herbert, que habia venido por la mañana, deseó llevarse á Ana consigo, y Lady Edwin no se opuso á ello, considerando que pues se debian tratar los asuntos relativos al matrimonio, no era necesaria la asistencia de una jóven, que no tenia

ningun interés en aquella materia.

Así pues se la llevó á Bond-Street; pero como su corazon estaba demasiado ocupado en pensar en su hijo, no tardó en dejarla sola con Patty. El próximo matrimonio de Mis Edwin, y el aparato magnífico con que debia celebrarse, fueron los primeros asuntos de la conversacion de las dos amigas. Era natural que despues hablasen de la boda de Cárlos y Cecilia, y Patty con este motivo observó que hallaba á su prima enteramente mudada de como era, que temia que Cárlos no encontrase en ella sino ingratitud, y que aun dudaba mucho que esta dama fuese el objeto de la preferencia de Cárlos. En verdad, añadió, que yo tengo motivos muy poderosos para creer que está muy enamorado, pero ignoro de quién; y si fuese cierto mamá lo sentiria mucho, pues de su matrimonio depende la felicidad de ambas familias. Lady Edwin es tan buena, que se desentiende de sus intereses

para no pensar sino en nosotros; y aunque mi prima haya tomado un tono tan diverso de su antiguo carácter, bien sabeis que siempre ama á Cárlos, y él.....

Yo creo, dijo Ana, que él se habia declarado su amante antes de yo conoceros.

En cuanto á eso, contestó Patty, me parece que mi prima se apresuró demasiado á contar con su amor: sin embargo, yo espero que la corresponderá, porque papá nos causa tantas penas, que no tenemos necesidad de que nadie venga á aumentarnos los sentimientos.

Pero, querida mia, contestó Ana, ¿qué razon teneis para sospecharle enamorado?

Vedla aquí, respondió Patty, sacando de su bolsillo un lazo de cinta de color de lila: yo he encontrado esta prenda en su cama esta mañana. Luego que salió entramos mamá y yo en su cuarto para ver su ropa blanca y sus vestidos, y en-

tonces fue cuando le cogí. Él volvió poco tiempo despues sumamente agitado, y aunque no me habló nada del lazo, he sabido que su lacayo ha dicho á Betty que siempre le llevaba en su pecho hace ya mucho tiempo. . . . . .

Patty, observando que su amiga se ponia pálida, se asustó tanto, que dejó caer de su cabeza el lazo.

Ana estaba verdaderamente desazonada, pues cuanto Patty la habia dicho de Madama Herbert la habia afectado sobre manera. ¡Pobre Madama Herbert (decia Ana allá en su interior) ella no tiene mas consuelo que el que se funda en el matrimonio de su hijo. ¿Cómo podrá consentir en un amor que destruye su única esperanza? Si la misma Patty esperaba que este matrimonio se realizase, ¿cómo era capaz de que (aun cuando no tuviese otro motivo para oponerse) se resolviese Ana á dar tal disgusto á su amiga? Pero cuando se presentó el lazo como prueba incon-

testable de la verdad de aquella sospecha, Ana no pudo reprimir ni ocultar su conmocion, y sintiéndose incapaz de continuar una conversacion tan interesante pidió permiso para volverse á Grosvenor-Square. Trabajo costó el que la dejasen marchar, y Patty se comprometió á pasar con ella la noche en su cuarto si su indisposicion continuaba, ó si no, convinieron en que la pasarian juntas en la tertulia.

Ana, sin advertir á nadie de su regreso, se encerró en su cuarto, y habiendo echado la llave á la puerta, como si temiese que la viesen aun sus mismos pensamientos, se confesó á sí misma, que si Cárlos amaba á la dueña de aquel lazo, Ana Mansel era el feliz objeto de su pasion; pues ella era la que le perdió en Llandore, como ya hemos insinuado. Su corazon palpitaba de placer viéndose segura de que Cárlos la amaba, y esta idea borraba todas las desagradables memorias

de las penas que la habian precedido. Y aun añadiré, por mas que pueda servir de confusion á nuestra heroina, que ninguna de las razones que habia opuesto al amor de Edwin, y que con tanto ó mas motivo podian referirse al de Cárlos, no se la ocurrió en aquel punto: este lazo que Cárlos llevaba en su pecho era un muro inexpugnable contra todos los esfuerzos de la razon y de la prudencia. Se lisonjeó por la primera vez con la certeza de ser querida; ¿pero de qué naceria aquella indiferencia que mostró cuando llegó á Londres? Nada importa: ¿si él hubiese sido en realidad tan indiferente, hubiera dado tanta importancia á una cinta?

Así nuestra heroina, restablecida en su propia estimacion, puso mayor esmero en adornarse; pues aunque Herbert ya se habia despedido tambien habia comido con su primo, y podia suceder que volviese á dejarse ver en la tertulia.

CAPÍTULO XXXVII.

La sorpresa.

Lady Edwin no habia visto á Ana hasta que se presentó en la sala antes de que se reuniesen los tertuliantes. Estais tan encantadora esta noche, la dijo aquella buena señora, que yo desconfio de que podais conseguir que mi hija y Mis Turbville os traten con política; pero no os dé cuidado, pues bien pronto se efectuará el matrimonio, y mi hija irá á pasar algunos dias en casa de su cuñada: yo os doy mi palabra de que en nada os perjudicará para conmigo la envidia de las dos amigas. Ana la manifestó con mucha sensibilidad su gratitud, añadiendo que sentia haber perdido la estimacion de aquella señorita, sin que pudiese acordarse de ninguna accion que la hubiese merecido aquella desgracia. Miraos en ese espejo, la contestó su protectora, y

encontrareis una excelente razon de su conducta; razon que tambien se dejará sentir vivamente en el corazon de cuantas jóvenes se hallen esta noche en mi tertulia.

En vista de estas buenas disposiciones, ¿quién pudiera pensar que esta noche seria la última que pasase al lado de tan buena amiga, y tan bien prevenida á su favor? Ellas entraron en el salon con la mayor harmonía: la llegada de Mis Edwin á la ciudad habia atraido un gran concurso de jóvenes de ambos sexos y de la primera distincion: los grandes bienes de aquella señorita era un gran atractivo para unos, y el gran tono de la casa lo era tambien para otros.

La bella maestra de ceremonias fue el objeto que atrajo las miradas de todos: su elegante adorno dispuesto con el mejor gusto, su persona.... y en fin, todo el conjunto era verdaderamente encantador. Tributáronse infinitos homenages á su

belleza y sus gracias, mientras que las dos futuras cuñadas sentadas en el estrado desplegaban sus talentos á expensas de la inocente jóven, cuyo corazon estaba lleno de amistad para ellas.

En fin, segun Ana se habia lisonjeado, Edwin y Cárlos se presentaron á las diez, pues les habia hecho ir á la tertulia la indisposicion de Ana, que supieron en Bond-Street. Edwin se chanceó con ella por su rápida enfermedad, y la pidió que por amor de Dios estuviese siempre enferma del mismo modo, á lo que ella contestó sonriéndose, que advirtiese que habia en la sala ciertos ojos que nunca le perdonarian el haber separado los suyos del único objeto que merecia ocuparlos; y al decir esto le señaló á Mis Turbville; ¿pero cuál fue su sorpresa cuando al volver la vista hácia aquel lado vió con un magnífico vestido á su antiguo Gorget, entonces Lord Sutton, que sentado al lado de Cecilia estaba jugueteando con su

perrita. Si ella hubiese mirado la cabeza de la encantadora Gorgona, no hubiera sentido un efecto ni mas fuerte, ni mas repentino. La alteracion de su rostro y su temblor fueron tan visibles, que Herbert, que estaba á su lado, la dijo si queria apoyarse en su brazo para salir á tomar el aire en la sala inmediata. Ella, en efecto, lo hizo maquinalmente, y él tuvo la felicidad de sostener así por algunos minutos la muger á quien adoraba. En aquel delicioso instante, olvidando su prudencia y su reserva ordinaria, la suplicó que se apoyase sobre él, y cogiéndola sucesivamente ambas manos las arrimó á su corazon, prodigándola los nombres mas cariñosos. Esta conducta conturbó á Ana, y despues que uno y otro procuraron poner en órden sus ideas, bebió un vaso de agua. Sin embargo, Herbert habia abanzado ya mucho para que pudiese retroceder, y así la pidió que le perdonase el haberla revelado un secreto

que le hacia desgraciado mucho tiempo habia, y se lastimó elocuentemente de la fuerza de una pasion que conocia sin esperanza, pero que no tenia ni facultad ni voluntad de vencerla. Ana, que podia interpretar esto como una reflexion relativa á su situacion dependiente y precaria, respondió con un noble orgullo: teneis razon, é inmediatamente se apartó de él, dejándole persuadido de que correspondia al amor de Edwin; y así pálido y melancólico volvió á entrar en la sala, y no se detuvo en ella sino lo preciso para despedirse de Milady y las demas señoras.

CAPÍTULO XXXVIII.

Desgracia.

Ana con el pretesto de su indisposicion no volvió á presentarse, y habiendo enviado á decir á Milady que la disimulase, recibió por respuesta el mas cariñoso recado, encargándola que mirase por

su salud. Pasó aquella noche en la mayor agitacion, y en un terror inconcebible para una alma, que no tenia nada de que arrepentirse, y que temia sin saber de qué.

Por la mañana temprano, en el momento en que se disponia á salir de su cuarto la entregaron una carta dirigida por Milady á Madama Herbert, con órden de llevarla inmediatamente.

Este precepto era tan extraordinario como nuevo: sin embargo, su papel era el de obedecer, y así marchó á Bon-Street: Madama Herbert no estaba en casa, y Patty habia salido con Cárlos á Richmond, donde debian comer en casa de una señora viuda, hermana de su padre, cuyo proyecto se habia pensado en el mismo instante de ponerle en ejecucion. Así ella envió á Madama Herbert la carta que llevaba, suplicándola tuviese la bondad de mandarla á decir si debia aguardar la respuesta. Despues de haberse

hecho esperar una hora, volvió esta dama, y en lugar del amistoso recibimiento que siempre la hacia, apénas la saludó, y pasó á tomar asiento. La pobre Ana no pudo hablar al pronto; pero luego que se vió en estado de articular una palabra, la rogó que por amor de Dios la explicase qué era aquello.

Madama Herbert sacó una carta abierta, y mirándola atentamente la preguntó: ¿en qué tiempo habia tomado el nombre de Mis Mansel?

Ninguna otra cosa habia temido Ana cuando vió á Madama Herbert, sino el que esta hubiese descubierto su secreta preferencia á Cárlos; pero oyendo esta pregunta recobró toda su firmeza, y estando cierta de no tener de que avergonzarse, respondió la verdad inmediatamente.

¿Despues de haber servido á Madama Melmoth? continuó la Herbert. — En cuanto á servirla, respondió Ana, yo

hubiera querido hacerla todos los servicios que me hubieran sido posibles; pero nunca fui su criada.

— Cuando os separasteis de ella, volvió á preguntar Madama Herbert, ¿cuál fue la causa de vuestra desgracia?

— Todavia ignoro en qué pude ofenderla.

— He aquí, contestó la dama con un tono grave y frio, he aquí medio año de la pension que os habia señalado Lady Edwin. Mistres Mansel hizo muy mal en introduciros en nuestra familia. Yo siento haberos conocido, y ahora me hallo sumamente mortificada por vuestra causa. ¿Teneis algunos amigos en Londres?

Lady Edwin no tenia mas loable orgullo que Ana. Esta del todo ignorante de cualquiera accion que hubiese podido prevenir tan vehementemente contra ella á aquellas damas, y ofendida igualmente de la despedida y del modo, rehusó admitir la cantidad ofrecida, y respondiendo á la

última pregunta, dijo: No es regular que una jóven, que no conoce sus parientes, pueda lisonjearse de tener amigos: pocas personas en una situacion mas feliz que la mia pueden lisonjearse de tener muchos; y así, Madama, contentaos con saber que tengo enemigos. Vos tal vez sabeis, aunque yo lo ignoro, hasta qué punto puede haberse ensangrentado contra mí una malicia, que no he provocado. Si yo he merecido ser despedida de este modo, no tengo ningun derecho á ese dinero que me ofreceis. Cuando sepa de qué se me acusa procuraré justificarme: hasta entonces no tengo que desear sino que Dios os haga feliz, é igualmente á vuestra familia.

Dicho esto con el tono de la inocencia orgullosa y ultrajada, iba á retirarse, cuando recogiendo sus fuerzas, preguntó cómo se la devolverian sus ropas, si ella no debia volver á Grosvenor-Square. Madama Herbert contestó que se la enviarian

á la casa que señalase, y ella entonces cogió un lapiz, y no conociendo en Londres otra casa que la posada á que iba á parar el coche de diligencias de Breknock, escribió aquellas señas, é inmediatamente salió á la calle, y tomando un fiacre se hizo conducir á Whitechapel, á la parte opuesta de donde salia el coche que pasaba por Layton, y habiendo llegado á tiempo de tomar un asiento subió en él inmediatamente.

Cuanto la habia pasado era tan nuevo y tan extraño para ella, que apénas creía á sus propios sentidos, y no podia figurarse que iba caminando á Layton. El único consuelo que tenia, y era un consuelo real, consistia en que no habia dejado á Cárlos en Londres, sino que ya iba caminando á Oxford. Recordando todas las circunstancias de su vida, infirió que aquella nueva desgracia era tambien obra de la mala voluntad del Coronel; ¿peró qué causa podia tener el teson y

furor con que la perseguian? Esto era lo que no comprendia ella, á menos de no atribuirselo á la cólera que le causó el malograr aquel odioso atentado, á que se vió expuesta al salir de su infancia. ¡Pero habia tan poco rato que ella se habia separado de Lady Edwin con tantas pruebas de amistad! ¿Qué medio podria él haber empleado para arruinarla con tanta prontitud? Pensaba, y volvia á pensar en esto, sin poder satisfacerse con ninguna conjetura, cuando el coche se paró á la puerta de Dalton.

Inmediatamente que este la vió, y observó la tristeza en que estaba sumergida, exclamó: ¡Ola! ¡ya tenemos otra vez la maula!

Esta salutacion en el actual estado de su alma era una cosa demasiado cruel; y así no respondió sino llorando, y sus lágrimas conmovieron á Mistres Dalton, quien la abrazó tiernamente, rogándola que se tranquilizase, y asegurándola que

siempre seria bien recibida en aquella casa. Sí, sí, respondió Dalton: mas esto no puede ser sino por poco tiempo, pues es necesario que ella aprenda á ganar su vida.

Tal era la opinion del escribano; ¿pero qué partido se habia de tomar para conseguirlo? Este era el punto dificil. Á pesar de sí misma, aun se dejaba ver en su alma un rayo de esperanza remota de que algun dia podria verse unida á Cárlos, y en este caso no era posible que los vanidosos descendientes de los héroes del país de Gales recibiesen en su familia á una oficiala de modista. No sabiendo ella á qué resolverse, é insistiendo Mr. Dalton en que tomase un partido, su muger propuso, que como Peggy habia acabado su aprendizaje, y trabajaba por sí, Ana podia empezar á su lado, á lo cual ella no puso ningun reparo, y mientras que acababa de arreglar sus cosas, dijo al avaro Dalton que ella le abonaria un tanto por

su manutencion, en lo cual no quiso convenir de ningun modo su esposa.

Ana envió á buscar su pequeño equipage al sitio, cuyas señas habia dejado; pero su corazon se llenó de amargura, pues se habia lisonjeado de que la enviasen con él alguna esquela para instruirla de la ofensa que habia ocasionado su desgracia, ó tal vez tal vez convidarla á que volviese; pero nada halló, y otros dos dias se pasaron sin noticia alguna de Grosvenor-Square, y lo que fue peor tampoco de Bond-Street.

CAPÍTULO XXXIX.

La correspondencia.

Al cuarto dia Ana recibió los villetes siguientes:

"Cuando os ví la última vez, y os »pinte mi amor, quedé afligido por vues»tra negativa, y obligado al silencio por »vuestra órden expresa, de modo que

»temí verme obligado á renunciar para »siempre la encantadora esperanza de po»seer la mas amable de las criaturas; pero »acaso escuchareis ahora por razon la pa»sion que ya no me atrevia á mostraros. »Todo establecimiento que esté en mis ma»nos se halla á vuestras órdenes. Familia, »amigos, país, todo lo sacrificaré á la voz »de mi encantadora Ana, cuyo apellido »será en adelante el de su adorador, si ella »prefiriese tomarle. Os suplico que me con»testeis, y no tengo necesidad de poner »aquí el nombre de quien os adora, pues »le reconocereis facilmente."

SEGUNDO BILLETE.

"Señorita: Solo á costa de mucho tra»bajo he podido indagar donde estais. El »momento en que tuve el placer de veros »en la tertulia de Lady Edwin me habia »dado la esperanza de poder ofreceros »cuantos servicios están en mi poder. La »amistad que me inspirasteis en Lodge no

„se ha borrado ni de mi corazon, ni de „mi memoria. He quedado muy sorpren„dido cuando al preguntar esta mañana „por vos en casa de Milady me dijeron „que habiais sido despedida. No pretendo „hacer ninguna pregunta impertinente so„bre este asunto; pero deseo que Mis „Dalton me dé las órdenes que guste, y „que yo pueda ejecutar. Quedo, &c. = „Sutton."

TERCER BILLETE.

"¡Ah, mi querida Ana! ¿qué puede „hacer, ó decir vuestra Patty para con„solaros en tan cruel mortificacion? No „necesitais decirme que estais inocente. „¡Ah! ¿quiénes son los que os conocen „que puedan pensar lo contrario? Yo de„seo con ansia veros; pero esto me está „prohibido por mi familia: mi pobre ma„dre es el blanco de la censura de todos. „Yo no sé cómo este billete llegará á „vuestras manos; pero mi primo me ase„gura que tiene modo de saber vuestro

»paradero. Si lo consigue escribid á vues-»tra *Patty Herbert.* = P. S. = Me dirigi-»reis la respuesta bajo el sobre de Mr. »Edwin, que es vuestro mas zeloso a-»bogado."

La indignacion que excitaron en el espíritu de Ana los dos primeros billetes desapareció con el placer que le causó el último: las lágrimas de la gratitud inundaron sus ojos, y las palabras de *dulce* y *querida amiga* fueron las que pronunciaron sus labios. Inmediatamente determinó contestarla por dos razones: la primera, porque deseaba corresponder á su amistad, y la segunda, porque estaba impaciente por saber la culpa que se la atribuía. Sin embargo, ¿podia ella aprobar una correspondencia secreta con Patty? Aunque conocia muy poco, ni aun sospechaba los manejos de la intriga, la parecia que servirse del nombre de Mr. Edwin para contestar á Mis Herbert, era dar á aquel un pretesto para que la hiciese una visita, honor que

ella no deseaba en su situacion actual; pues él la habia dicho que la amaba, y esta declaracion era tan funesta para la paz de la jóven con quien debia casarse, como injuriosa para ella. Por otra parte consideraba que de otro modo la era imposible contestar á su amiga sin exponerla á un disgusto con toda su familia; y si no la escribia, recelaba que su silencio se interpretase como una señal de ingratitud, y la era imposible exponerse á ser acusada de este delito. Tampoco no tenia otro modo de saber cuál era la culpa que la atribuían; y en fin, ¿de cuál otro modo podia saber noticias de Cárlos? Este último pensamiento puso fin á su indecision, é inmediatamente fue escrito, cerrado, y enviado al correo el billete siguiente.

"Dios permita, querida amiga mia, »que nunca la desgracia os proporcione »experimentar la especie de placer que me »ha causado vuestro billete. Sin embargo,

„yo no puedo acomodarme al modo con „que le he recibido, y con el que os con„testo, asegurándoos mi gratitud. ¿De „qué se me acusa? Informadme solamen„te de esto: yo no puedo querer que mi „amiga se comprometa en una correspon„dencia, que siéndola prohibida por su „familia, llegaria á ser censurable; pero „esta explicacion, que tanto deseo, es el „único favor que me atrevo á pedir á mi „Patty, quien hasta tiempos mas felices „me perdonará el que me niegue á valer„me otra vez del favor de Mr. Edwin, y „excusará seguramente á su apasionada „y eternamente agradecida = Ana."

Acabó de escribir, y se puso á pensar seriamente en los medios de proporcionarse su subsistencia para en adelante. Aunque estaba resentida de las duras expresiones de Dalton, no podia condenarle del todo, pues le veía cargado de numerosa familia, la mayor parte de la cual se buscaba su subsistencia mediante una ho-

nesta industria. Peggy, la hija mayor, vivia con ellos, y contribuía al bien general. Habia mucha obra entonces, porque siendo la estacion de verano, era la época en que las coquetas de la clase media se daban priesa á procurarse trages nuevos; y así daban mucho que trabajar. La asistencia de nuestra heroina no podia ser mas útil, ni mas á propósito. Como era muger de un gusto exquisito tomó á su cargo la disposicion de los adornos, y el tiempo que habia vivido en el gran mundo la puso en estado de instruir á Mis Dalton de las últimas modas. Así, la fama de ésta llegó á ser tal, que las damas, es decir, las esposas de los comerciantes, que por el buen éxito de su industria tenian bienes suficientes para tener casas de campo, empezaron á emplearla, y á recomendársela unas á otras; se aumentaron las ganancias, y Dalton se hizo mas político.

Las enfermedades interiores del alma

són independientes del buen ó mal éxito de las circunstancias de la vida, y el orgullo que entraba en mucha parte en el carácter de Ana no la permitia que fuese agradable aquella situacion.

La carta del Lord Sutton no habia excitado en ella otra sensacion que la del horror y el desprecio: estaba cierta de que sus malos oficios la habian privado segunda vez de una protectora; y tal era la opinion que habia formado de este hombre, que no temia otras desgracias, sino las que él pudiese proporcionarla. De suerte que su carta habia sido arrojada al fuego con tanto desprecio como indiferencia.

Aquí es preciso que mis lectores observen, que cuando la entrada de Ana en el cuarto de Mis Edwin la proporcionó ver á la Frajan, estaba demasiado preocupada con las personas de Cecilia y de Cárlos para fijar la vista en aquella muger, y si la fijó, no tuvo tiempo de reco-

nocerla en el corto espacio de algunos minutos que permaneció en el cuarto. Esta circunstancia no parecerá extraña, si se recuerda que la Frajan, no confesando nunca que era casada, no se la nombraba sino Madamisela, que es el nombre general que se da á todas las camareras francesas en las casas principales; y como Ana estaba siempre en el cuarto de Milady, y habia muy poco tiempo que habia regresado Cecilia de Bedforshire á Grosvenor-Square, no la habia sido posible tener ninguna noticia de su camarera: así todas sus conjeturas sobre el autor de su desgracia en la casa de Lady Edwin no recaían sino sobre el Lord Sutton.

Muchos correos pasaron sin que recibiese respuesta alguna de Mis Herbert; y en fin, cansada de sus vanas esperanzas, y afligida por sus continuas penas, aunque estaba bien segura de que habia enseñado á la hija de Dalton mas que ésta

la habia podido enseñar, y cansada de las claridades de su padre, continuó en comprometerse á trabajar dos años con ella, y Dalton gozoso hizo que un otro escribano compañero suyo extendiese el contrato, si bien, antes que llegase el caso de firmarle, sobrevinieron circunstancias que se opusieron á la ejecucion.

Hallábanse nuestras modistas trabajando una mañana en la sala destinada á sus labores, cuando se excitó su curiosidad al oir el ruido de un coche, y un gran golpe del aldabon de su puerta. ¿Pero cuál fue la sorpresa de Ana cuando vió que el Lord Sutton era quien se apeaba de aquel coche verdaderamente magnífico? Ella quedó absolutamente sin poder articular palabra: Peggy hacia un millon de conjeturas sobre el objeto de la visita de una persona que venia en tan brillante coche, con su escudo de armas coronado, mientras que Ana, absorta en sus ideas, no podia adivinar el motivo de la

llegada de un hombre tan poco deseado.

Lord Sutton entró en la casa, y Dalton reconoció al instante en el noble Lord la persona que cuatro años antes le habia asustado con sus preguntas relativas á Ana. La idea de su crímen le abatió, y creyendo que era llegado el dia de su ruina, temblando y pálido apénas tuvo fuerzas para preguntarle qué éra lo que tenia que mandar.

Lord Sutton, orgulloso con su situacion y riquezas, halló completamente satisfecha su vanidad con la visible confusion del pobre escribano, á quien suponia anonadado á vista de su grandeza; y despues de haber disfrutado algunos minutos con el aire de la mas magestuosa indiferencia la respetuosa turbacion que excitaba, aquel orgulloso Par se transformó en un zalamero adulador, artificioso é insinuante, y pidió á Dalton disimulase su visita, añadiendo que la causaba el deseo de servir á una jó-

ven que tenia bajo su proteccion; y que si bien habia sido despedida de la casa de una de sus parientas, que habia querido encargarse de ella desde la infancia, era una jóven, segun presumia, demasiado bien educada para poder ser útil en los estados inferiores de la sociedad, y demasiado bella para estar libre de las empresas de los viciosos.

Mistres Dalton, cuyo corazon no tenia nada de malo sino lo que la enseñaba su marido, y no sospechando siquiera el artificio del crímen, se hallaba encantada viendo el piadoso interés que se tomaba por Ana; y así estaba pronta á adorarle como un ángel, de modo que en el calor de su entusiasmo le prodigaba elogios y nombres que aquel *santo hombre* conocia muy bien que nunca habia merecido. Pero por mas lisonjero que fuese el presagio que concibió de la credulidad de aquella buena muger, no estaba menos sorprendido é inquieto del silencio de su marido,

el cual no habia vuelto á desplegar sus labios despues del primer saludo. Dirigióse á él alabando su humanidad y caridad para con Ana con tanto énfasis y profusion, que Dalton, cuya conciencia le recordaba que no merecia aquellos elogios, los oyó mas incomodado que satisfecho. Su corazon culpable interpretaba como pesadas burlas aquellas expresiones, é interrumpió la conversacion, preguntándole humildemente si acaso otra vez habia tenido el honor de verle.

El Lord Sutton, aunque verdaderamente desconcertado al oir esta pregunta, era demasiado hipocrita para dejarlo de conocer, y así con una sonrisa afable alabó la memoria del escribano, cosa que supuso le seria muy útil para él mismo, y respondió que en efecto no se engañaba; pues llevado en otro tiempo de la compasion que aún conservaba respecto á su pupila, habia hecho algunas investigaciones para buscarla, las mismas que

le habian causado mucha inquietud, sin haber podido ser útiles á la persona á quien se dirigian, pues el mismo Mr. Dalton le habia dicho que no la conocia; conducta que no podia comprender. Yo os suplico, señor, dijo Dalton, que me digais quién sois. Tal vez conocereis mi nombre, respondió él, si habeis leido la relacion de nuestras victorias en los paises exteriores, pues bajo el nombre de Gorget he tenido el honor de comandar las tropas de S. M. en las Indias Orientales. El Rey ha tenido la bondad de recompensar mis servicios, y ahora soy el Lord Sutton, para lo que gusteis mandarme.

La sala pareció demasiado pequeña al pronunciar esta palabra. Dalton, conociendo que ya nada tenia que temer, tomó inmediatamente el aire mas humilde, y con palabras que no lo eran menos hablaba, mientras que su muger esforzándose á poner los trastos en órden todo lo trastornaba. Un Lord era un ente, en

cuya presencia era imposible sentarse: de modo que no pudo lograr que tomasen una silla á su lado, hasta que él se levantó diciendo que se mantendria en pie si no se sentaban para favorecerle con su conversacion. Obedecieron, y se les vió colocarse en el extremo de las sillas con la postura de la incomodidad y el respeto.

Entonces empezó á consultarlos diestramente sobre los medios de ser útil á Ana, rehusando en primer lugar la oferta que hicieron de llamarla para que asistiese á esta conferencia.

Dalton, que jamás perdia de vista sus intereses, expuso á su señoría su propia situacion, y el proyecto que habia formado respecto de Ana con su hija, añadiendo que como Milord era tan bondadoso y caritativo podria proporcionar muchas ventajas á las dos, si quisiese recomendarlas á las señoras con quien tratase.

Á esta proposicion apenas pudo conservar su serenidad el Lord Sutton á pe-

sar de toda su reserva. El respeto á la Frajan habia trabajado mucho para colocar á una muger sin educacion por aya de una niña de cualidad: ¡pero tomar á su cargo el recomendar á dos honradas modistas! ¡Qué queria dar á entender el escribano con proposicion semejante! Sin embargo, aparentó condescender con ella, y solo hizo una objecion, fundada en que le parecia que Ana no era muy á propósito para el género de ocupacion á que se la destinaba, pues temia que no conviniese á su educacion una vida tan sedentaria. Anadió que en cuanto á su hija él se esmeraria en proporcionarla satisfacciones para probar lo mucho que estimaba á sus padres, y que la recomendaria á Ana, ya fuese que ella quedase ó no en su compañía.

Estas expresiones pusieron la cuestion bajo otro punto de vista: Milord estaba mejor que ellos en estado de formar juicio, pues no tenia que hacer sino indi-

carles sus intenciones, seguro de que se conformarian absolutamente con ellas.

Entonces Mistres Dalton renovó su oferta de ir á buscar á Ana, y habiendo consentido en ello el Milord, voló inmediatamente á dar la buena nueva á nuestra heroina, no dudando de la alegría que iba á causarla. Pero la indiferencia y desden con que la recibió, y su negativa absoluta de bajar á presentarse á tan alto personage, y que tanta amistad la manifestaba, casi convirtieron en una estátua á aquella buena muger. ¿Cómo era que no volaba á complacer á un Lord? Rehusar los favores que la ofrecia era una cosa inconcebible. En verdad, Ana, dijo Mistres Dalton, que hasta ahora jamás creí lo que dice mi marido, y temo mucho que salga cierto el que vuestro orgullo os ha de ser perjudicial.

Ana resentida de esta observacion volvió á seguir su labor sin responder palabra; pero como Mistres Dalton insistie-

se en que bajase, se levantó de su silla, diciendo que iba á seguirla. En efecto, se resolvió á ello con el designio de manifestar al Lord que no era víctima de sus artificiosos engaños, y que no recibia con gusto su visita. En virtud de sus palabras Mistres Dalton bajó á anunciarla.

Aunque el Lord no la vió sino un breve instante en la tertulia, su imágen se habia grabado en el fondo de su corazon, y nunca habia cesado de echar menos la bella niña de catorce años, y ella reinaba en el fondo de su alma, que continuamente recordaba los encantos de aquella inocencia, que él hubiera manchado. Péro cuando la misma beldad con toda la perfeccion que la habian dado cuatro años se presentó á sus ojos en toda su madurez, conoció que jamás habia experimentado una pasion mas viva ni duradera, y resolvió satisfacerla á cualquier precio.

Cuando la bella víctima, que él se

proponia sacrificar á sus odiosas miras, y á la que estaba bien resuelto á no perder de vista, se presentó delante de él, se apoderó de su cuerpo un temblor universal, quedó indeciso, y se esforzó á ocultar su turbacion y desórden de ideas, saludándola, y felicitándola por sus progresos con unas expresiones, que nacidas de otra boca, hubieran podido lisonjear la vanidad de cualquier dama; pero el resentimiento de los malos servicios que la habia hecho, y la memoria de su vergonzosa accion en Lodge, estaban profundamente grabados en su corazon para que pudiesen borrarse por un político cumplimiento. La humilde situacion en que se hallaba entonces muy lejos de mortificarla, ó abatirla, reanimó su altivez, y con un tono alto y firme le preguntó: ¿qué queria?

El orgulloso Lord no estaba preparado á este recibimiento, y su admiracion hácia el objeto que adoraba le quitó todo

el valor y fuerza que sacaba de su destreza. Sin embargo, empezó á hablar de su carta y de su visita, añadiendo que su compasion y su humanidad eran el objeto de ambas. De este modo profanaba y prostituía á los mas culpables designios estos divinos manantiales de todos los consuelos humanos. Ana le dió gracias; pero como podia vivir independiente de sus favores, los rehusó todos con la mayor firmeza. Vuestra juventud, dijo él, y vuestra completa ignorancia del mundo en que vivis os justifican para conmigo del modo con que recibis las fervorosas ofertas de la amistad y de la buena voluntad. Es verdad que tuve la desgracia de ofender una vez la pureza de vuestras ideas; pero estad cierta, Mis Mansel, de que entonces como ahora era incapaz de intentar haceros algun perjuicio. Vos habeis dado demasiada extension á las preocupaciones de vuestra educacion juzgando mal de la conducta de un hombre á

quien el usó y el mundo dispensan de una reserva estrecha: yo he sido, no lo niego, un poco libre para con vuestro sexo, y si hallando á solas una hermosa niña pude atreverme á alguna tal vez poco decorosa fue sin extender á mas mis pensamientos.

La indignacion y la vergüenza que llenaron el corazon de Ana al oir esta mala disculpa se dejaron ver en su rostro de un modo, que no anunciaba haberse contentado con la excusa; pero el Lord llevaba otras ideas al expresarse en aquellos términos, es decir, que la disculpa no se dirigia á ella, sino á Dalton y su muger, á quienes podia haber instruido ella de lo que la habia pasado. Vió con gran satisfaccion que ambos creían de buena fé sus protestas, y que aun estaban algo picados de la conducta de su pupila. Conocia bien que la justificacion que creía á propósito dar acerca de las libertades injuriosas que se

habia permitido no era de ningun modo admisible; pero contaba con el silencio y la modestia de Ana; y tenia razon, pues la inocencia insultada quedó confusa, pero solo fue por un instante. Su natural orgullo y su honradez, reanimadas por la memoria de las desgracias que aquel hombre la habia ocasionado, la pusieron en estado de responder, y decirle con un aire de desprecio, que si el mundo era tan indulgente como él suponia, respecto á las acciones de que se habia hecho reo, principios semejantes á los que él profesaba podian convenir á un hombre de su carácter, pero eran indignos de ella. En seguida le suplicó se retirase, añadiendo que conocia demasiado la naturaleza de los favores que ya le debia, para pensar en aumentar su número; y saludándole con un desden político, se retiró.

Cada una de sus palabras y de sus acciones habia aumentado la admiracion y cólera de Dalton y su esposa, cuyas

imaginaciones habian empezado á formar castillos en el aire en el instante mismo en que él habia dicho que era un Lord. Ya se habia figurado el escribano el engrandecimiento de su familia, y se creía ya con una buena colocacion, que deberia á la proteccion de aquel bondadoso señor que tenia delante, y como en él no habia ninguna idea de delicadeza y de honor, ni tampoco suponia que aquel franco é ilustre personage fuese la ruina de la inocencia, no concebia cómo su pupila tenia la locura de rehusar ofertas tan ventajosas y tan apetecibles como las que la hacia una amistad tan generosa y desinteresada. Las duras respuestas de Ana destruían los aëreos edificios de su imaginacion y de la de su muger, y no dejaban sino ruinas, que se veían bien en el aire de sus rostros. El dolor del Lord no era menos visible; pero observaba las disposiciones de los rostros, y sabia el modo de sacar partido de ellas. To-

mó pues un aire de descontento, y se quejó de la obstinacion de Ana, que no le permitia favorecerla, como hubiera deseado: sin embargo, Madama (dijo mirando á Mistres Dalton), aunque sea sensible encontrar ingratitud cuando sabemos que merecemos reconocimiento, permitid que os recomiende otra vez á esa pobre imprudente, y pues rehusa admitir mi buena voluntad, dadme licencia para que os suplique que acepteis esa vagatela por los gastillos que pueda haber ocasionado, y hacedme el gusto de no decirla nada.

Despues de esto dió la mano al escribano con la cordialidad mas aparente, y tomó su coche. Apénas le perdieron de vista, cuando deseosos de saber lo que contenia un bolsillo que dejó, y parecia bien pesado, Dalton y su muger se retiraron á un cuarto interior: veinte guineas era una cantidad suficiente para dar valor á los mas débiles argumentos del Lord: este dinero se los representó todos

como sin réplica, dió una gran idea de su generosidad, y reanimó las esperanzas que ya habian concebido de su visita.

Despues de haber celebrado consejo extraordinario entre sí, resolvieron unirse para persuadir á Ana que escribiese á este noble amigo, pidiéndole perdon de su ingratitud, y suplicándole volviese á admitirla en su gracia. En consecuencia de esto fueron á hablarla, y despues de haber ensalzado la bondad de este digno señor, y reclamado la asistencia de Peggy, los tres reunieron sus instancias, ruegos, y aun amenazas, pero sin ningun fruto. Ella tenia nociones exactas de lo que era justo, y sus principios de rectitud y decencia eran demasiado sólidos para que pudiese variar de opinion en un punto en que el honor estaba interesado. Vió con dolor que el Lord habia hallado el flanco de Mistres Dalton, y descubierto el mal carácter de su marido, y que en virtud de esto debia esperar nuevas persecuciones.

Mas como los raptos y las violencias, que tan comunes son en las novelas amatorias, que ella nunca habia querido leer, son cosas poco frecuentes en la vida social, no comprendia que tuviese que temer otras desgracias que las persecuciones. En verdad la edad y el estado de la salud del Lord eran á propósito para tranquilizarla contra el temor de cualquiera violencia por su parte. Se contentó con la esperanza de que á no ser en boca de los Dalton, no volveria á oir hablar de un hombre, al cual (y era el único) tenia un odio efectivo; y así insistió en su negativa á las proposiciones de aquella familia, pero sin explicar el motivo. Tal vez aquí se la acusará de una reserva demasiada; pero la verdadera delicadeza y la verdadera virtud hallan mas invencible repugnancia en pensar en las acciones que reprueban, á menos de que no se vean repetidas. Para los que tienen estas bellas cualidades es una especie de humillacion

el pensar que han sido insultados.

Acercábase el instante de la cuenta final que tenia que dar el Lord Sutton de una vida enteramente dedicada á injuriar y engañar la inocencia y la debilidad: su castigo debia empezar en el fondo de su mismo corazon. Las gracias de nuestra heroina se representaban sin cesar á su imaginacion con una fuerza, que se aumentaba con las dificultades que se le oponian. Su alma, que ya habia criado callo, si podemos servirnos de esta expresion, mediante una continua atencion sobre sí mismo, y por la satisfaccion de casi todas las inclinaciones á que hasta entonces se habia entregado, debilitadas todas sus facultades, y su persona tan enfermiza y miserable, que habia llegado á horrorizar á aquel sexo, que antes era su presa: todo esto recibia entonces impresiones que le privaban del sosiego: cuanto mas reflexionaba en ello, mas ardiente era su pasion: detestaba la pre-

cipitacion de su conducta en Lodge, y estaba firmemente resuelto á no dejar escapar una ojeada, ni una palabra capaz de irritar su delicadeza, ó aumentar sus desdenes. Todas sus ideas no se dirigian sino á la posesion del objeto, que ya era indispensable á su existencia: pero el medio de llegar á este fin deseado no le parecia tan fácil como quisiera: mas el abandonar un designio una vez formado, ó no ensayar todas las astucias del arte, en que era profesor tan consumado, hubiera sido una cosa tan nueva para el Lord, como la pasion que llenaba su alma.

Sus artificios reunidos á los de la Frajan habian privado á su víctima de todos sus amigos, á excepcion de aquellos con quienes entonces vivia, si es que estos merecian tal nombre. El poder del oro y el de su destreza, cosas en que pocos le igualaban, debian producir indudablemente todo el efecto que quisiese sobre

Dalton y su muger: ¿pero qué método emplearia para hacer á Ana propicia á sus deseos? Este era el punto espinoso. No bastaba someter su orgullo y su virtud; pues aunque ganado este punto la ponia bajo su dependencia, su amor habia llegado á ser necesario para la felicidad de su vida. La idea de dedicarse enteramente á servir á tan encantadora persona volvió á excitarse en él con tal imperio, que tomó inmediatamente la resolucion de buscar un pretesto para reñir con una bonita viuda, á quien la pobreza y su numerosa familia habian obligado á aceptar el empleo de su querida en la casa de Londres en lugar de una muchacha de fortuna, que le habia dejado por otro amante mas amable. Su vanidad le habia hecho adornar á la viuda con mucha magnificencia; pero como el noble Lord necesitaba hallar mucho arte y muchos atractivos para hacer duradera en él la apariencia de una pasion, y como esta dama carecia del espi-

ritu propio de su estado, no sentia ningun interés hácia ella, ni hácia los suyos, y la viuda no podia lisonjearse de una especie de indigencia magnífica.

CAPÍTULO XL.

El viejo singular.

Ana estaba enteramente dedicada á su labor, y Dalton ocupado sin cesar en recordarla las ofertas del Lord.

Era imposible que en un pueblo pequeño tan inmediato á la Metrópoli, cuyos principales habitantes eran mugeres é hijas de mercaderes, que no podian existir sin tener en Layton casas de campo, era imposible, repito, que allí no se hiciese notable una figura como la de nuestra heroina. Ella llegó á ser bien pronto un objeto de curiosidad, de admiracion y de escándalo. ¿Quién es? ¿quién puede ser? Es muy bonita: su trage demasiado elegante, sus modales en extremo agrada-

bles, y demasiado nobles para una modista; luego es ciertamente la querida de alguno. Un coche con escudo y lacayos de brillantes libreas parado una hora á la puerta del escribano, mientras el dueño, que venia solo, habia pasado este tiempo dentro de la casa, abria un vasto campo á la conversacion de la tertulia de Mistres Bibbins, y era un texto y una confirmacion á la crítica.

La misma noche un jóven muy bonito y delicado, nacido para ser vendedor de diges, pero colocado por la casualidad en la plaza de comerciante de vinos, aseguró á las damas con un tono de voz el mas dulce y mas agradable, que estaba cierto de que aquella jóven habia pertenecido á las primeras casas. Dijo que la habia visto en un aposento del teatro de la ópera cierta noche, que él estaba en la galería acompañado de su hermana, que tambien estaba en la tertulia: ella no solo lo confirmó, sino que añadió estaba segura de

que aquella era una de las muchas malas mugeres, es decir, una jóven mantenida por un personage, y que en efecto la habia conocido apénas la habia visto.

Establecido positivamente este dato, no hubo persona en toda la tertulia, á excepcion de una sola, que no tuviese bastante penetracion para descubrir en la mas inocente figura que habia en el mundo una criatura abandonada; pero la única persona que no lo vió era una muger.

Mistres Vellers era esposa de un comerciante que se habia retirado con un fondo decente, dejando su comercio á un hijo único lleno de mérito, y que gobernaba entonces la casa de un célebre banquero, cuyo cajero habia sido antes. Su talento y exactitud le habian proporcionado grandes ganancias, y le habian püesto en estado de justificar la confianza de sus dignos padres. Habíase casado con una muger de buenas costumbres, dotada de un corazon excelente, y dueña de un gran

caudal, de la cual tenia muchos hijos, y Mistres Vellers gozaba de la satisfaccion de ver la bondad de su corazon, y su benevolencia general para todo el mundo abundantemente recompensada en la prosperidad de su hijo. Viviendo en paz consigo misma, y contenta con la rectitud de su alma y de sus acciones, era la última en creer los informes que podian perjudicar á algun individuo, y la primera en aprovechar la ocasion de defender á los ausentes.

Mr. Vellers frecuentaba mucho tiempo hacia la congregacion, y aunque no tuviese sino pequeñas fragilidades comunes á la especie humana, obraba como si tuviese que expiar grandes faltas, y su zelo le hacia emplear un ardor extraordinario en animar á los otros á las prácticas religiosas tanto con el ejemplo como con sus exhortaciones. Dalton no le excedia en esto. Frecuentemente Mr. Vellers convidaba á su casa á sus amigos congre-

gantes, y aunque no todos eran del agrado de su muger, la dulzura del carácter de ésta hacia que los recibiese con buen semblante, creyendo que debia tener esta complacencia con el único hombre á quien habia amado y honrado por espacio de treinta y cuatro años; por lo cual aun tambien á veces consentia en acompañarle á casa de Dalton.

Allí era donde habia visto á nuestra heroina, no á la verdad con los mismos ojos con que el resto de la tertulia se habia empeñado en mirarla; sino que al contrario se habia sentido prevenida á favor de la hermosura y sencillez que brillaban en ella: ademas, como se valia de Peggy para las obras que ocurrian en su casa, habia tenido tambien motivos de hablar con ella. Asi pues tomó inmediatamente su defensa, y no sin alguna viveza, y aun quisiera poder añadir que no sin buen éxito; pero dejarse convencer por argumentos únicamente fundados en

el candor y la benevolencia contra los crímenes resplandecientes de la hermosura, juventud y pobreza, sería una prueba de debilidad de alma, de que pocas personas se dejan acusar; é igualmente el abandonar una opinion que tiene semejantes fundamentos es una condescendencia, que no se debe aguardar.

La buena Mistres Wellers no se dejó abatir por ver que nada lograba: su conocimiento del mundo, y la política y urbanidad de sus modales, la daban una gran influencia sobre cualquiera otra cosa en aquel pueblo; pero no podian fortificar sus razonamientos. Sin embargo, como nunca abandonaba la defensa de la persona atacada, mientras que la quedaba alguna posibilidad de lograr su objeto, muchas veces tenia el gusto de ver recompensada su constancia, mirando que á fuerza de paciencia y de tiempo se destruian todas las dudas, y triunfaba la inocencia. Con todo, es muy sensible, aunque esto gene-

ralmente sucede, que esta justificacion lenta, y muchas veces retardada por diversas circunstancias; hasta que los calumniadores desaparecen de aquel lugar, ó caen ellos mismos en la propia desgracia, que con poca piedad acusaron á sus víctimas, sea lo que impide que semejantes ejemplos produzcan una enmienda útil á la especie humana.

Luego que esta buena muger se apartó de Mistres Bibbins comenzó á reflexionar, repasando en su memoria todas aquellas circunstancias, á que no habia querido dar crédito. En la persona de Ana habia ciertamente alguna cosa superior á lo que se ve generalmente en las otras de su estado. Sus vestidos tan diferentes de los de las hijas de Dalton contradecian enteramente la opinion que su caridad se habia empeñado en mantener, y si no la desmentian completamente, anunciaban un misterio, que ella tenia interés en penetrar; de modo que resolvió

conseguirlo, aprovechándose de la primera ocasion.

Ana bien convencida de que nada tenia por qué sonrojarse, se veía sin pensarlo hecha el objeto de la atencion general, como siempre lo habia sido, aunque por causas diferentes; y esto no producia otro efecto en ella sino el de impedirla salir á paseo cuando no tenia labores que se lo estorbasen.

Sucedió que la mañana siguiente de la noche en que pasó aquella conversacion en la tertulia de Mistres Bibbins se halló Ana sorprendida con otra visita tan inesperada, tan poco deseada, y enteramente tan odiosa como la del Lord Sutton. En efecto, Mr. Edwin, fue introducido, ó por mejor decir entro él mismo en el cuarto á tiempo que ella estaba en conversacion con Mistres Wellers. El color encendido que apareció sobre sus megillas hizo que los ojos de aquella buena señora se dirigiesen al ca-

ballero que entraba, en cuyo rostro se dejaba ver una gran alegría, y las miradas de fuego que lanzó á nuestra heroina se conformaban muy mal con lo que la Wellers habia afirmado la noche anterior.

Ana le preguntó si debia felicitarle por su matrimonio, y Mistres Wellers quiso por política retirarse; pero nuestra heroina, que estaba sola, y no queria quedarlo con Mr. Edwin, la suplicó que se detuviese bajo el pretexto de aguardar á Peggy, aunque estaba segura de que ella no ignoraba que Peggy habia ido á la ciudad, y no debia volver hasta la noche. La curiosidad añadió fuerza á esta súplica, y la señora volvió á sentarse con mucho disgusto del jóven. Este dijo á Ana que venia de Bedfordshire, y que habia padecido infinitamente por todas las circunstancias que hasta entonces le habian privado del placer de volverla á ver, y la aseguró que habia participado vivamente

de los disgustos que la habia ocasionado su familia, y que cuanto dependia de él estaba á sus órdenes.

Esta declaracion de parte de un hombre que acababa de confesar que estaba casado alteró un poco la buena opinion que Mistres Wellers tenia de Ana, especialmente porque ésta la habia escuchado en silencio.

Despues de una pausa se informó de la salud de Lady Edwin y de su familia; y como la respondiese que ambas estaban en el país de Gales, replicó ella que suponia las acompañarian Mamada Herbert y su hija. La respuesta, que fue afirmativa, hizo que Ana volviese á ponerse colorada, y Mistres Wellers habia casi abandonado la causa de la pobre Ana: mas fue agradablemente sorprendida cuando despues de una segunda pausa la oyó dirigirse con toda formalidad á Mr. Edwin.

Díjole que por mas que pudiese hon-

rarla la bondad con que él venia á informarse de una persona, que tan indecorosamente habia sido despedida de su familia, le suplicaba la permitiese recordarle que cuanto mas pobre se hallaba, y mas sin amigos, mayor cuidado debia poner en conservar lo que realmente la pertenecia, que era su buena reputacion. Lejos de mí (añadió) la idea de que el hijo de mi bienhechora, y un hombre casado, tenga bastante malicia para querer privarme de este tesoro inapreciable; pero vos me perdonareis que os recuerde cuán poco decente seria á una jóven de mi estado recibir visitas de un hombre del carácter vuestro, especialmente en la situacion en que actualmente me hallo con vuestra familia. Si algun oficioso mensagero fuese á contarles que habeis venido aquí, ¿no seria esto una verdadera ofensa de mi parte hácia unas damas, á quienes profundamente venero? Perdonadme, señor (dijo viendo que él iba á interrum-

pirla): la consecuencia que de aquí se pudiera sacar no podria menos de ser perjudicial á vuestro sosiego y á mi carácter. Por esto es por lo que os suplico me disimuleis, si no os vuelvo á recibir, en el caso de que querais pasar otra vez por Layton.

No era esto lo que queria oir Mr. Edwin, quien echando á Mistres Wellers una ojeada de descontento, la suplicó le concediese cinco minutos de audiencia particular, cuya súplica fue negada con una resolucion igual á la viveza con que él la propuso: mas por grande que fuese su disgusto, él apénas manifestó la mitad del tormento que padecia, y levantándose dijo que ya buscaria un momento mas favorable para verla, y desempeñar una comision que traía de parte de Mis Herbert. Ana oyendo esto replicó inmediatamente, si me traeis alguna carta suya, ¿como podeis ser tan cruel, que retardeis tanto el entregármela? ¡Ah! yo

creía que ya se habia olvidado de mí enteramente.

Las lágrimas que derramó al hacer esta reflexion conmovieron á Mr. Edwin, quien no habia nombrado á Mis Herbert sino como pretesto para ver si lograba una conferencia secreta ; pero entonces le ocurrió la idea de que bajo este nombre le seria fácil emplear alguna estratagema, que la pusiese en su poder. Esperando á que llegase á desplegar este nuevo proyecto, se levantó con indiferencia, y como resentido, y se despidió, diciendo que pues estaba ocupada esperaba ser mas dichoso en su segunda visita. Entonces Ana hubiera querido detenerle; pero no pudo resolverse á hacerle ninguna instancia.

Cuando salió á la puerta no encontró sus criados, quienes para aguardarle con mas comodidad se habian retirado á una tienda de cerbeza, que estaba inmediata, y á que se daba el nombre de posada por

tener un cobertizo que podia servir como de sala. Edwin, que nunca era un amo cariñoso, y entonces estaba enojado con la pérdida de las esperanzas que habia fundado sobre la situacion de Ana, estaba muy poco dispuesto á perdonar á sus criados que hubiesen ido á refrescar: juró que los moleria á palos, y observando que al otro estremo de la calle estaba un hombre decente y de alguna edad, que le miraba con atencion, le preguntó si habia visto á sus pícaros. Aquel hombre, poco acostumbrado á preguntas lacónicas de esta especie, respondió con aspereza que no estaba acostumbrado á ver semejantes gentes. Irritado Edwin con esta respuesta, y mas todavia con el tono, le amenazó con el látigo si no hablaba en términos mas políticos; pero el otro, que no sabia lo que era temor, y ademas resentido con el insulto, atravesó la calle, y se dirigió á él. Edwin, pues, orgulloso con sus riquezas y su clase, olvidando

que toda ocasion que turbe el sosiego público y particular puede exponer á grandes inconvenientes al hombre de la primera distincion, mantuvo su palabra, y empezó á usar de su látigo. El vecindario alarmado á vista del insulto, que por desgracia se dirigia á un hombre sumamente querido de todos los pobres del pueblo, corrió, y aseguró al recien casado, que inmediatamente fue entregado á la custodia del condestable, que era un cerragero, y de su teniente, que era un sillero.

Habiéndose serenado Edwin un poco luego que se vió arrestado, supo con grande admiracion que el hombre á quien habia insultado era uno de los mas ricos del pueblo, incapaz de admitir indemnizaciones pecuniarias, y cuyo resentimiento, excitado por la afrenta y la injuria, se negaba á oir ningun camino de reconciliacion. Este sabia que una demanda ante el juez ocasionaria gastos,

que suponia no serian muy gravosos á aquel jóven, pero podia castigarle con la humillacion, y resolvió hacerle conducir como un ladron delante del juez de paz, y demandar justicia contra él, como por un ataque de guet-apens (asesinato). Edwin dotado de buen entendimiento, y que mientras sus viajes no habia descuidado el estudio de las leyes y usos de su país, vió todo lo desagradable del lance en que su desgraciado amor y su vivacidad le habian empeñado: en vano hizo los mayores esfuerzos para contentar á Mr. Bentley: éste quiso absolutamente que compareciese ante el magistrado, y que diese caucion de presentarse á las sesiones próximas para responder á la acusacion que pensaba producir contra él.

Por mas desagradable que esto fuese, no habia medio de evitarlo; y así mediante una propina hizo que uno de los presentes fuese á buscar sus criados á la puerta de la casa de Dalton, por la que

él no queria pasar con el acompamiento, que forzosamente habia de seguirle. En efecto, bien pronto fueron encontrados, y no tuvieron poca felicidad en que la cólera de su amo se hallase refrenada por los que estaban en su compañía: así es que no hizo mas que mandarles le siguiesen; bien que añadió ciertas execraciones, que aunque pronunciadas entre dientes fueron bastante enérgicas para dejarse oir de su contrario, quien no desperdiciando ninguno de los medios de venganza, que le suministraba, no dejó de tomar por testigos á todos los presentes, para hacerle pagar la multa impuesta por las leyes á los que pronuncian tales blasfemias. En una palabra, jamás un galan caballero se vió tratado con menos respeto y ceremonia que Mr. Edwin en el camino que le hicieron atravesar para ir á casa de Mr. Strap, juez de paz.

La reja de hierro que cerraba la entrada del patio de la casa fue abierta por

un criado de librea, que era hermano de leche del juez: sus empléos no podian ser mas numerosos, ni mas variados; pues á los cargos de jardinero, cochero y lacayo, reunia los de escribiente y teniente de su amo, aunque no sacaba emolumentos de este último oficio. Se habia visto precisado á conformarse con todo esto por muchas razones, siendo la principal el que habia sido tendero en el pueblo cuando su amo trabajaba en la tienda de un barbero, y por una serie de desgracias, que no habia podido preveer ni evitar, su corto caudal se habia disminuido al paso que habia ido creciendo el del fiel Mr. Strap: entonces teniendo una múger y muchos hijos habia entrado al servicio del generoso juez con los cargos referidos, y el salario de ocho schelines cada semana.

Este viejo criado ú escribiente introdujo la comparsa. Al principio hubo algunos saludos, no ciertamente los mas

amistosos, entre el juez y Bentley, despues de los cuales éste expuso el hecho, y presentó los testigos. Mr. Strap no tenia que hacer otra cosa que preguntar al delincuente convicto si tenia alguna fianza que presentar, y si no la tenia, ó no era admisible, mandar á Arnold que extendiese un *mittimus* (mandamiento de prision), firmarle, y enviar á la cárcel el acusado.

Edwin mejor informado de las facultades del juez que el juez mismo, habiéndose serenado muy bastante desde que cometió el ultraje, pidió hablar sin testigos al magistrado y á su contrario. Halló grandes dificultades en obtener esta súplica, pues aunque Mr. Strap era un hombre fácil de contentar, é incapaz de cometer una ofensa cuando podia evitarlo, sin embargo Mr. Bentley insistia en que se hiciese justicia rigorosa á un atentado cometido contra la tranquilidad. En fin, se le concedió la gracia, despues de ha-

ber tomado el juez la precaucion de mandar en secreto á Armold que se mantuviese cerca con gente armada para lo que pudiese ocurrir.

Edwin dijo cuál era su familia, sus relaciones y parentescos, dió todas las disculpas posibles á un caballero, y ofreció toda clase de satisfacciones por el insulto. Esta explicacion produjo un efecto muy diferente en cada uno de los dos oyentes. El juez dejó de insistir sobre la necesidad del *mittimus* por respeto á la persona que debia ser su objeto, y protestó que estaba á favor de Edwin, diciendo que se debia mirar aquel lancecillo de un hombre de su clase mas bien como una buena fortuna, que como otra cosa. Añadió que éste era un medio de dejarle agradecido, y que miraba la ocasion que le habia proporcionado como el mayor honor que podia recibir, y que no dudaba que Mr. Bentley fuese de la misma opinion.

No vamos tan de priesa, señor juez,

respondió éste, hablad por vos cuanto querais, pues los dos vemos este asunto de un modo diverso. Ya conozco que estais dispuesto á aprobar en Mr. Edwin las acciones que acriminariais en cualquiera de sus lacayos. En cuanto á la buena fortuna de recibir latigazos de mano de un personage, yo os la deseo con todo mi corazon; pero no es esta la primera vez que vos y yo hemos tenido opiniones contrarias. Si este hombre (pues ahora no le llamaré caballero) fuese persona de menor consecuencia, tambien hubiera sido menor su insulto; y si no hubiese estado en su mano el ofender á la sociedad tanto por su ejemplo como por sus acciones, la injuria particular que me ha hecho le seria perdonada: mas aquí veo un gran personage (al decir esto hizo á Edwin una profunda cortesía) á quien acontece hallarse de mal humor al salir de casa de una muchacha, de una partida de juego, ó de otro pasatiempo de esta

importancia. La casualidad hace que encuentre al paso un hombre de bien, que teniendo felizmente la cabeza libre de toda impresion de esta especie, marcha tranquilamente por la calle pública, sin pensar en ofender á ningun ser criado. Voto va, dice el personage, vos no pisareis la misma calle que yo, no respirareis el mismo aire, ni llevareis vuestra barba como la mia. — Y decidme, señor, sin enojaros, ¿por qué ha de ser esto? (segunda cortesía á Mr. Edwin). — No es porque sea mas virtuoso, mas sabio, ni mas viejo, sino porque soy mas rico. — Esta puede ser una razon sin réplica para vos, señor juez; pero yo soy, y no dudo que lo sabeis, un extravagante y obstinado viejo. No sin mucho gusto mio me veo ahora colocado entre la insolencia del rico y los derechos del pobre: si mi criado, que es un jóven vigoroso y robusto, apalease á un anciano, yo le haria castigar legalmente, y le pondria en la cárcel co-

mo á un insensato. La cara de Mr. Edwin no ofrece nada en contrario de mi compasion, pero yo veo que no hay cosa como un gran caudal para excitar la compasion. . . . .

¡Compasion! replicó desdeñosamente Mr. Edwin: ¡á no ser por vuestra edad...! ¡Ah, generoso jóven! exclamó irónicamente Mr. Bentley, ¿por qué no te acordaste antes de ella? Yo veo, dijo Edwin, que cada condescendencia mia no hace mas que aumentar la osadia vuestra; y despues volviéndose al juez, le significó la dificultad que hallaba en encontrar fianza en el condado de Essex, donde no se acordaba conocer á nadie.

El político Mr. Strap tomó á su cargo vencer esta dificultad, y mandó á Arnold que fuese fiador, y como eran menester dos, ordenó que el condestable fuese el segundo. Acordado ya esto, se retiró Mr. Bentley, y Edwin despues de haber reconocido liberalmente la compla-

cencia del juez, le convidó á que fuese á verle á Portman-Square, y fue respetuosamente acompañado por él hasta la puerta.

Salió de Layton abismado en las reflexiones mas duras, maldiciendo la pasion que le habia comprometido en un lance tan desagradable con un hombre tan grosero, y tan mal nacido como juzgaba seria Mr. Bentley, y maldiciendo tambien el orgullo de aquella, que habia sido la primer causa de todo; y mientras tanto no olvidaba tampoco que se hallaba bajo el brazo de la ley, y que su historia podia dar ruido. ¿Qué escusa habria de dar á la visita de Ana? Era preciso que él guardase ciertas consideraciones con su familia, la que no podia dejar de ofenderse, si llegaba á saber que habia sido conducido como un ladron delante del juez de paz de un pueblecillo. Todo esto no le causó poco disgusto, y el giro de sus reflexiones le condujo á pensar en sus criados, de los cuales despidió dos apénas

llegó á la ciudad. No teniendo éstos atada la lengua ni por el interés, ni por el temor, contaron á todos los de la casa cuanto habia pasado, y antes de las seis de la tarde quedó enteramente establecida entre ellos la opinion de que su amo mantenia á Mis Mansel.

Ya he dicho que Mr. Dalton y su familia habian salido aquel dia del pueblo, yendo convidados á comer donde tal vez no sospecharán mis lectores, pues fue en casa del Lord Sutton. Allí la magnificencia del edificio, la mucha plata, el número de criados, sus ricas libreas presentaron un mundo nuevo á los ojos de aquella familia, que jamás habian visto ni imaginado cosa semejante. Se les hizo entrar primeramente en una sala, cuyas riquezas les parecieron infinitas, y donde se les dejó estar hasta que en su aspecto hubiesen formado la admiracion mas profunda respecto á su dueño. Como el tiempo que se les hizo aguardar no se dirigia

á otra cosa que á afirmar estas impresiones, la llegada del amo, que se presentó dando la mano muy apretada á Mr. Dalton, y saludando á su esposa é hija, acabó de volverlos locos. Entró inmediatamente en conversacion familiar con ellos, adoptando su modo de hablar, y les dió una comida servida con todo lo mas raro y exquisito que podia proporcionar la estacion, á que se añadieron todas las superfluidades que al precepto del hombre rico obligan á la naturaleza á presentar en sus mesas en el rigor del invierno las flores de la primavera, y los yelos en la fuerza del estío. Los manjares mas delicados y mas escogidos, cuyos nombres apénas sabian los humildes convidados, fueron servidos con profusion, y por último un ramillete digno de un príncipe.

El asombro y la admiracion contenian en un respetuoso silencio á aquellos para quienes se habian hecho tantos gastos, y apénas se hubieran atrevido á to-

car á nada, si no fuera por la escrupulosa atencion del noble Lord en servirlos de los mejores platos, ó en recomendarlos tal ó tal otro, lo cual los sacó de su inmobilidad para gozar de tantas maravillas.

Luego que los criados se retiraron, el Lord teniendo ya bien impuestos á sus huéspedes en su riqueza, generosidad y política, se informó de la renta que tenia Dalton, y manifestando su sorpresa de que fuese tan corta, habló de los diferentes medios que podia haber para aumentársela. Dijo que si Dalton quisiese dejar la preceptoría, él tenia grandes relaciones, y estaba en amistad con personas del mas alto rango, quienes le proporcionarian un buen empleo. Añadió, que ínterin que esto se verificaba les rogaba admitiesen una pension de su mano, pues no podia sufrir que una muger tan amable como Mistres Dalton se viese expuesta á padecer penalidades, que él po-

dia remediar, ni que un hombre tan digno como su marido estuviese sin la proteccion que podia proporcionarle.

Despues de haber preparado así el camino se atrevió á hablar de su pupila, diciendo que sentia que el orgullo y obstinacion de aquella jóven le privasen del placer de serla útil, asistirla, y aliviarles de la pesada carga que debia ser para ellos; y en seguida les preguntó, si podian decirle la causa de su despedida de casa de Lady Edwin.

La respuesta de Mistres Dalton fue conforme á la verdad, y se lastimó de la obstinacion de Ana en despreciar sus favores, en cuya conducta subsistia, sin embargo de no tener otro amigo en el mundo. Dijo que en cuanto á la causa que la habia hecho perder la proteccion de Lady Edwin la ignoraba; pero que cualquiera que fuese, aun estaba segura de que Mr. Mansel se conformaria con las disposiciones de aquellas señoras, y

la abandonaria enteramente.

Dalton, como ya he prevenido á mis lectores, no estaba falto de destreza ni penetracion. La inmoralidad de sus propios principios le hacia mas astuto que su muger, la cual descansando en las apariencias de candor que miraba, creía con la mas segura confianza todas las protestas que se la hacian. Así, Sutton la parecia mas que hombre humano: tantas disposiciones á hacer favores, tan poco orgullo y tanta humanidad, eran cosas tan diferentes de cuantas habia imaginado en los altos personages, que no podia entrar en su corazon ni una sola sospecha contra él. No sucedia lo mismo á su marido; pues el afecto tan constante y tan poco solicitado del Lord Sutton, su estraordinaria generosidad, la belleza de Ana, el carácter de aquel hombre, que era demasiado notorio para ser ignorado de quien quisiese preguntarlo, todo esto eran otros tantos motivos para confirmar

sus sospechas, y no dudaba que las miras del Lord para con su pupila fuesen mas personales que lo que aparentaba. Pero no se creyó de ningun modo responsable del resultado, y cualesquiera que fuesen sus consecuencias, deseaba ardientemente el desprenderse de aquella jóven, cuya presencia excitaba en él ya hacia mucho tiempo una secreta sensacion de vergüenza y de remordimiento, que en fin se habia convertido en ódio hácia el objeto que la causaba, y con el cual no podia obrar segun era justo, sin quitárselo todo á su familia, lo cual le era imposible. De modo que el Lord no podia desear con mas viveza verse dueño de Ana, que Dalton deseaba desembarazarse de ella: mas estos pensamienntos nacian, sin embargo, de un orígen demasiado malo para que pudiese comunicárselos á su muger. Habíala enseñado á la obediencia pasiva y sin réplica; pero era muger de honradez y buena moral: la avaricia era la única

á que habia dado entrada á fuerza de oirle repetir cuán necesario era el dinero para su subsistencia y la de sus hijos, á quienes amaba tiernamente. Él habia encerrado cuidadosamente en su pecho todo pensamiento que hubiese podido debilitar la confianza de ella en sus preceptos religiosos, y los habia disimulado tanto con ella como con todo el resto del mundo: lo cual, vistas sus disposiciones, le habia sido cosa muy fácil.

Con esta idea fomentó por medio de sus elogios la gran admiracion de ella hácia el Lord, y no se quedó atrás con su señoría, á quien declaró (con no poco gusto de él) que si Ana insistia en su obstinacion, no solamente la echaria de su casa, sino que la amenazaria con pedirla en justicia el reintegro de lo que habia gastado con ella.

Esta resolucion exaltó la alma de Sutton, y le proporcionó las luces que deseaba vivamente adquirir sobre los prin-

cipios de un metodista: así se separaron tan amigos, que el Lord presentó á Peggy cinco guineas para ayuda de los gastos del viajecillo á su pueblo.

CAPÍTULO XLI.

Una nueva amiga.

Dejamos á Ana ya en mejores manos, cuales eran las de Mistres Wellers, á quien la curiosidad habia conducido á casa de Dalton, y que habia estado menos contenta que interesada en la visita de Mr. Edwin. Las reflexiones mas melancólicas se apoderaron de nuestra heroina á la salida de aquel jóven, y tomaron posesion de ella de tal modo, que Mistres Wellers se despidió dos veces, sin que ella fuese sensible á otra cosa que á sus sombríos pensamientos. Por fin, sus ojos se encontraron con los de la dama, que estaban mirándolos con una expresion de sorpresa y de compasion, que los con-

fundió. Sus lágrimas corrieron por sus mejillas: la memoria de los sucesos pasados volvió á presentársela, su agitacion se aumentó, y quedó pálida como un cadáver, y esta situacion la hizo un objeto verdaderamente interesante á Mistres Wellers, que se apresuró á consolarla con el mayor cariño, evitando por delicadeza preguntarla la causa de sus penas. Cuando Ana pudo ordenar sus ideas se disculpó tierna y respetuosamente del disgusto que la habia causado, y la dió gracias con todo el aire del mayor abatimiento.

Mistres Wellers siempre enternecida, y mas interesada, no quiso abandonarla á su tristeza, é insistió en que fuese á comer con ella, y permaneciese en su casa hasta el regreso de la familia de Dalton.

Ana se hubiera escusado con mucho gusto, porque la mala compañía de sus fúnebres pensamientos, á que la dama temia que se entregase, era precisamente lo que mas deseaba; pero el convite se repitió

en unos términos, que era imposible rehusarle. Como sabia que la familia de Dalton tenia grandes consideraciones con aquella señora, no solamente por su marido, sino tambien por su influjo particular, infirió que seria una imprudencia desairarla. Por otra parte su conducta habia sido tan prudente, tierna y compasiva, que hubiera sido contrario á sus sentimientos de gratitud, y así la acompañó á una milla del pueblo, donde tenia su casa.

Mr. Wellers estaba entonces fuera de ella, de modo que pasaron solas el dia. La dulzura y belleza de nuestra heroina parecieron ser sus menores perfecciones. La educacion que habia recibido, y que no se dejaba conocer en casa de Dalton, se desplegó al lado de una dama sensible y bien nacida con un brillo tanto mas resplandeciente, cuanto era mas inesperado. La gracia y urbanidad de sus modales, la modesta prueba de sus talentos, la rec-

titud de sus pensamientos admiraron y agradaron igualmente á su nueva amiga, quien aunque deseaba saber cómo una criatura tan amable y tan perfecta habia llegado á ser pupila de unas personas tan inferiores á ella, como eran la gente con quien vivia, no quiso hacer ninguna pregunta sobre esto; sin embargo de que realmente habia ido con este fin á casa de Dalton, no temiendo que la curiosidad pudiese causarla disgusto, pues realmente sus ofertas debian seguirse á la mortificacion pasagera que sus preguntas podrian causarla. Por otra parte no parecia que hubiese que gastar muchos cumplimientos con la oficiala de una modista; pero luego que ella pasó un dia con Ana se aumentaron sus atenciones, así como su amistad, y al despedirse la rogó que la hiciese el gusto de visitarla otras veces.

Al volver á su casa recobraron su fuerza las reflexiones que Mistres Wellers habia interrumpido. Ana habia temido

que Mistres Herbert la hubiese totalmente olvidado hasta el momento en que Mr. Edwin, habiéndola anunciado un encargo de su parte, la habia dado esperanzas demasiado lisonjeras para ser desechadas, y ya sentia el no haberle concedido sobre la marcha una conferencia secreta; pero, sin embargo, la misma carta que ella estaba convencida de que él tenia en su bolsillo era una razon indispensable para negarle aquella súplica. ¡Oh! sí, un solo momento la hubiera expuesto á ser reprendida por su propio corazon. Estaba prohibido á Mis Herbert escribirla, ni aun honrarla con la menor seña de su memoria. ¿Por ventura no habia ella misma rehusado el recibir carta de aquella señorita por mano de Mr. Edwin? Ella deseaba ocultarse á sí misma la causa de su involuntario pesar. Toda la familia estaba entonces en el país de Gales. ¿Qué hubiera pensado Mr. Mansel al saber que ella habia sido despedida de una casa,

cuya bondad y benevolencia para cuantos dependian de ella eran tan conocidas de todo el mundo? Aun no habia escrito á aquel buen amigo, pues no habia podido resolverse á afligirle con la narracion de una desgracia, que no podia remediar. Siempre habia esperado de Lady Edwin que la informase á quién debia la desgracia de haber perdido su proteccion, y aunque en algunas ocasiones se habia visto tentada á escribirla, una cierta altivez, fundada en la inocencia, la habia arrebatado la pluma de la mano.

¿Qué cosa peor puedo sufrir que mis desgracias? se preguntaba á sí misma, añadiendo, si yo hubiese ofendido á Lady Edwin, si pudiese acordarme de un solo pensamiento ó una accion respecto á ella, que no fuese acompañada de la mayor veneracion y cariño, no habria humillacion que perdonase para expiar esta ofensa; pero no quiero lisonjear el orgullo de Mis Edwin con mis ruegos.

Resolvió escribir á Mr. Mansel, quien podia darla algunas noticias de las personas hácia las cuales su corazon la llamaba involuntariamente. Hasta entonces se habia consolado con la idea de que su situacion actual era ignorada del jóven Herbert; pero ya se representaba el matrimonio de este celebrado con toda la pompa que habia proyectado la vanidad de Lady Edwin, y no podia dudar que Cárlos estuviese instruido de su desgracia. En efecto, aunque no estuviese reunido con su familia, se carteaba con su hermano, y no era probable que su despedida de una casa en que tanto se la habia honrado, no se la hubiese escrito Patty, pues tenia la bondad de interesarse en su suerte.

¡Ay de mí! decia llorando: él no se acuerda de la pobre Ana, ó tal vez no piensa en ella sino con desprecio. ¿Pero que he hecho? ¿Cómo he merecido tan cruel reprobacion? Querida Patty, ¿ha-

beis abandonado á vuestra amiga? ¿Debo yo no existir ya sino en la memoria de mis perseguidores y mis enemigos? ¡Oh! si mis parientes pudiesen ver el dolor y la vergüenza de su hija infortunada, ¡no se quejarian de la funesta suerte que ha conservado su existencia! Cada uno de los amigos, á cuya proteccion me habia dado algun derecho mi estado de horfandad, ó bien se ha prevenido contra mí, ó la muerte me le ha arrebatado.

Ella se entregó libremente á las lágrimas, que acompañaron á sus reflexiones, y no cesaron de correr hasta que llegó á casa, donde entró con el rostro pálido, los ojos llorosos, y la desesperacion en el corazon.

CAPÍTULO XLII.

Reputacion perdida.

Ana se sorprendió infinitamente no encontrando una acogida amistosa á su

llegada. Mistres Dalton la miró con cólera, su marido con rabia, y Peggy con desprecio. Inocente de haber ofendido aun de pensamiento á ninguno de ellos, no podia atribuir su mal humor sino á que habia pasado el dia en casa de Mistres Wellers; y así les contó la venida de aquella dama, y su convite de acompañarla á su casa, donde habia permanecido hasta entonces. Mas no tardó en desengañarse, y la pena que ocupaba todos sus pensamientos desapareció para dar lugar á la admiracion é indignacion, cuando se vió acusada por Dalton, y del modo mas injurioso, por haber recibido la visita de un hombre casado, que habiéndose apartado de ella en el calor de una querella habia descargado su cólera sobre Mr. Bentley, quien le habia hecho conducir á casa del condestable. Añadió que ya era evidente la causa de su despedida de casa de Lady Edwin; que su imprudencia la habia hecho el objeto de la murmuracion

general, en la que tambien se le incluía á él, y aun á su familia: todo por causa de una persona, que no le pertenecia por otro título que el de la caridad.

Ana era altiva, estaba ultrajada é inocente. Tal acusacion, hecha por un hombre, que hubiera debido protegerla contra el insulto, era demasiado fuerte para su filosofia: su corazon, á quien la sensibilidad hubiera dulcificado, se sublevó contra la injusticia por el sentimiento de su integridad, y con una voz sosegada y firme preguntó el nombre de quien la acusaba de aquellas cosas terribles, que su boca insensible y sin delicadeza acababa de pronunciar. ¡Inocente criatura! contestó él con una cólera provocada por el tono que veia tomaba una jóven que dependia de él: ¿vos sola en todo el pueblo ignorais lo que ha sucedido? ¿Podreis negarme que Mr. Edwin os ha visitado mientras nuestra ausencia?.... ¿por casualidad sin duda?..... pero nosotros

creeremos de eso lo que podamos.

Señor, respondió Ana, tan imposible me es oir vuestro lenguage, como desentrañar lo que quereis decirme. Seguramente Mr. Edwin estuvo á visitarme esta mañana; ¿pero esto puede exponerme á ser tratada con tanta grosería?

¿Qué negocios tiene que tratar con vos? dijo Mistres Dalton: ¿direis acaso que ha venido enviado por alguna persona de su familia?

Ana respondió: yo no he dicho eso, ni nada relativo á su visita, que me ha sido tan desagradable como poco esperada. Mistres Wellers estaba aquí cuando él llegó, y tuvo bastante bondad para no separarse de mí ínterin permaneció. Yo no sé nada de la querella de que me hablais: he pasado el dia en la montaña (así se llamaba el sitio en que estaba la casa de la dama); pero aun cuando no tuviese tan buen testigo de mi conducta, yo no me afligiría por ello,

sino por verme tratada de un modo tan indecoroso, que no tenia razon de esperar de unas personas, cuyo deber por consideracion á ellos mismos debia ser el de defenderme.

Aquí, pensando repentinamente en la conducta que Mr. Mansel hubiera tenido en semejantes circunstancias, dijo á Dalton con la vivacidad que generalmente acompaña á las pasiones de una alma sensible, que puesto que la conocia tan poco, no abusaria por mas tiempo de la caridad que la echaba en cara, y que volveria á casa de Mr. Mansel, aunque no fuese sino para instruirse por sí misma de los motivos que habian obligado á Lady Edwin á separarse de ella.

Esta declaracion no convenia á las miras de Dalton. Si Ana dejaba su casa, ¿qué seria de las ventajas que se prometian del Lord Sutton, y de que ya gozaba en el calor de su viva imaginacion? Peggy en verdad, aunque era una mucha-

cha ordinaruela, se habia alucinado de tal modo con los cumplimientos del Lord, que declaró como una cosa positiva que su amistad estaba ya decidida en favor de la familia. En efecto, ¿por qué no habia de ser esto cierto? ¿Qué cosa particularmente interesante hallaba él en Ana, para que ellos no pudiesen tener un igual derecho á su favor? Mistres Dalton pensó como su hija que el Lord Sutton era demasiado bueno para pensar mas mal de ellos por la falta de Ana; pero sin embargo conocia que siendo ésta una huérfana, y sin apoyo, tenia á su caridad un título que les faltaba. Dalton no manifestó su opinion; pero secretamente resolvió no dejar pasar el dia siguiente sin instruir al Lord de cuanto habia pasado, y al mismo tiempo dijo á su muger que siguiese á Ana, que se habia retirado, y procurase dulcificar algo lo pasado: decidido interiormente á que si ella insistia en realizar su viaje sabria repetir su insulto, y

excitar de tal modo su cólera, que quedase bien seguro de verse libre para siempre de aquella molesta carga.

Mistres Dalton la halló en una situacion que borró todos los sentimientos de cólera que su marido la habia excitado, porque á él fue á quien contaron todos los sucesos del dia, y así él era quien los habia participado á su familia.

Al abrir su cofre para preparar su ropa la primera cosa que se presentó á Ana fue una carta de su difunta amiga Mistres Mansel. Los tiernos y generosos sentimientos que allí se expresaban, y los consejos maternales de que estaba llena, penetraron hasta su corazon. ¡Oh, mi querida y única amiga! exclamó con dolor: ¿de qué me sirve ahora haber seguido vuestras instrucciones, y haber tomado vuestra perfecta conducta por modelo de todas mis acciones? Yo no hallo en este mundo perverso un solo amigo, que me haga la mas sencilla y mas legítima

justicia. ¿Hubiérais pensado que vuestra Ana hubiese vivido para verse cargada con semejante infamia?

En estas exclamaciones, puesta de rodillas, los ojos llenos de lágrimas, y la carta abierta en la mano, la encontró Mistres Dalton. Su buen natural hizo que entonces sirviese muy bien á los designios de su marido, y se empeñó en consolar y dulcificar á la que diez minutos antes habia tratado como á la mas vil de las mugeres.

Ana se apaciguó pronto, pèro no se satisfizo; pues verse el objeto de las conversaciones del país como una muchacha que recibia visitas imprudentes era una cosa que la heria hasta su alma. Habiendo hecho algunas investigaciones sobre las particularidades del suceso, descubrió que las reflexiones injuriosas, de que era objeto, nacian de las conversaciones que los criados de Edwin habian tenido bebiendo su cerbeza. No habian escrupuli-

zado en atribuir la causa de su despedida al trato ilícito que tenia con su amo, quien siendo entonces ya un hombre casado se proponia mantenerla. Un escándalo tan vacío de fundamento era tanto mas desagradable, cuanto se apoyaba en ciertas circunstancias, que por entonces la era imposible refutar: incierta en lo que debia hacer, y afligida mas que puede decirse, no hacia mas que llorar su suerte, y esperar su justificacion de la justicia de la Providencia.

Sin embargo se amortiguó un poco su deseo de volver á casa de Mr. Mansel; pues ¿cómo podia pensar en aumentar las cargas de aquel digno rector, y envolverle en sus propias desgracias é infortunios? ¿Cuál era respecto de ella la opinion de los Herberts? Si como los criados habian dicho su despedida era por causa de Edwin, tal calumnia no podia menos de haber llegado á oidos de Cárlos: su hermana la habia abandonado, y no era

de extrañar que hubiese dado crédito á una historia tan bien calculada para alucinar á una alma virtuosa.

Ella habia creido que Edwin en el momento de firmar su contrato habia dado su corazon á Mis Turbville; pero ya reflexionaba, criticándose amargamente su falta de discernimiento, pues era evidente por esta última circunstancia que sus miras, disfrazadas bajo la apariencia de respeto y delicadeza, tenian el objeto tan claramente enunciado en su carta. Ya sentia no haber instruido á tiempo á Lady Edwin de cuanto pasaba; mas esta reflexion ya venia tarde: su reputacion, esta joya de inestimable precio para una muger, estaba ya empañada: su inocencia sola no podia justificar su carácter, ni tenia otra cosa que oponer á la calumnia que la imprudencia y locura de Edwin habian últimamente excitado. Estas eran las crueles y tristes reflexiones que siempre se ofrecian á su pensamiento.

No podia resolverse á regresar á casa de Mr. Mansel, y quedarse en la de Dalton era imposible. No conociendo, ni siendo conocida de nadie, ¿qué esperanza podia tener de formar relaciones mas felices que aquellas que hasta allí la habian costado tan caras? Sin embargo, resolvió hacer alguna tentativa, y para esto comenzó á pensar dónde podria hallar una guía que la sirviese para salir del laberinto que se formaba delante de ella.

Mistres Wellers era la única persona de aquel pueblo con quien habia hablado fuera de la casa de Dalton, y así resolvió dirigirse á ella, y aun si fuese necesario abrirla enteramente su corazon. Con esta idea fue á buscarla la mañana siguiente; y no habiendo tenido la felicidad de encontrarla en casa, la dejó un billete para advertirla que repetiria la visita el dia inmediato.

CAPÍTULO XLIII.

Contiene cosas de gran importancia.

Dalton fue á Portland-Place, segun se habia propuesto, y si hubiese necesitado de alguna cosa que confirmase sus sospechas, lo hubiera encontrado en la alteracion del semblante del Lord Sutton apénas supo el suceso que iba á contarle. La rabia, los zelos y el dolor se manifestaron succesivamente en su rostro, que no siendo jamas soportable, en aquel momento se volvió horroroso. Una andanada de maldiciones aterró á Dalton, y el furioso Lord apénas pudo con mucha dificultad contenerse, y no darle por su mano la recompensa de la historieta que le contaba. El escribano consternado deseaba sobremanera verse fuera del palacio, y temblando por su seguridad personal renunció á las esperanzas de su fortuna.

Con todo, un poco de reflexion por

un lado, y un poco de paciencia por otro, pusieron á ambos en estado de explicarse. Lord Sutton se disculpó algo de su arrebato: Dalton recibió muy bien sus escusas, y continuaron con igual interés hablando del negocio.

Quedó convenido que al otro dia el noble Lord llegaria por la mañana á Layton como por casualidad, y que auxiliado de sus amigos intentaria obtener de Ana que se alejase del camino de la perdicion, si aún era tiempo, y si no, se haria todo lo posible para preservarla de las consecuencias ulteriores de un crímen tan abominable.

La humanidad y la severidad de costumbres del noble Lord tenian ademas otro objeto; pues como Madama Edwin era una muger tan encantadora, que merecia mejor suerte, y como su señoría sentia vivamente las penas de una alma afligida, queria evitarla el dolor de descubrir la infidelidad de su marido, y al

mismo tiempo alejar de éste la tentacion de continuar ofendiendo á una muger tan digna. Esto era, como dijo á Dalton, el punto mas interesante á que se dirigiría. El elogio que entonces hizo de sus sentimientos y de su conducta fue repetido por el escribano, como un fiel eco, con toda la complaciente bajeza que el vicioso opulento halla siempre en el delincuente pobre; y estos sentimientos, que nacian de los motivos mas abominables, fueron atribuidos á una cristiana benevolencia, y á un exceso de buena voluntad á aquella que queria deshonrar.

Cuando se retiró Dalton se recogió el Lord á su gabinete, donde al abrigo de todo observador importuno, y ocupado de la idea de que era posible que la dulce presa, que tanto tiempo hacia estaba persiguiendo, tal vez se hallase en vísperas de serle robada para siempre, sufrió tan de cerca las picantes espinas de los zelos, que se convenció de lo que siempre habia du-

dado; es decir, que su corazon estaba realmente enamorado, y que á pesar de las inspiraciones de su vanidad habia pocas esperanzas de que se viese recompensado. Adoraba con tal pasion á Ana, que sentia el no haberse ofrecido desde luego á ser su esposo; pero ella habia estado tanto tiempo en casa de Lady Edwin despues de la llegada de su hijo, y antes de que él hubiese podido tener noticia de que allí estaba, que ya tal vez seria tarde para obtener su mano enteramente pura.

Por mas que la vida de un libertino haya sido abandonada, por mas que sus acciones hayan sido una infraccion perpetua de todas las leyes del honor, de la gratitud y de la hospitalidad; aunque sin cesar haya tomado á todos los santos del cielo como testigos de sus perjurios, intentando manchar la hermosura, la inocencia y la virtud; por mas, en fin, que su alma esté agangrenada

con todos los vicios y crímenes de que es capaz la naturaleza humana en el estado de su mayor depravacion, todavia pretende tener derecho al amor desinteresado del corazon sin mancha de aquella belleza, que llega á interesar de veras su gusto ya desgastado. Pero cuando queda frustrado el voto ardiente que formamos para obtener el objeto de nuestra pasion mas viva, todavia, mientras la esperanza juguetea al rededor de nuestra imaginacion, aspiramos á conseguir aquel bien que está mas cerca del que primero deseábamos.

Si Ana obsequiada por Edwin, el mas bello jóven de su tiempo, habia conservado su virtud, no podia preferir á Gorget, que por lo menos queria ser su sucesor; mas cómo habia de conseguirlo, si ella conservaba todavia sus antiguas prevenciones contra él, y si tal vez (como era verdad) sospechaba que habia contribuido á privarla de sus ami-

gos de Grosvenor-Square lo mismo que de los de Lodge.

Estas reflexiones hacia la galantería moribunda; pero la pasion y la vanidad se reunieron para consolarla. ¿Era natural que ella rehusase ser una gran dama, y participar de su rango y sus bienes? ¿Y sería razon que él se entregase de este modo con todas sus riquezas á una huérfana sin nombre, y á una hija que no conocia sus padres? ¿Las intrigas galantes de este hombre irian á estrellarse en un fin tan poco glorioso? Al pensar esto se ofrecia á su imaginacion la encantadora persona de Ana cubierta de joyas preciosas, con vestidos magníficos y un brillante coche, haciendo á su esposo el blanco de la envidia de todos los jóvenes; y á vista de esta risueña idea se desterraba todo recuerdo doloroso de lo que habia sido, para no presentarle sino la esperanza encantadora de lo que podia ser toda-

via, y se resolvió á darla la mano; si la hallaba pura, sin mancha, y digna de tan gran felicidad.

En este instante entró un criado diciendo que Madama Frajan habia venido. Esta visita de la compañera de sus iniquidades hubiera sido muy bien recibida el dia antes, pero entonces no podia ser mas inoportuno. Sin embargo, ella habia tenido demasiada parte en sus secretos para no tratarla con ciertas consideraciones, y asi mandó pasase adelante. Su rostro risueño, y sus ojos brillando de alegría, le dieron á entender que traía alguna cosa que decirle; pero la curiosidad tenia ya muy poco lugar en un corazon enteramente lleno con la idea de poseer dentro de poco á la mas hechicera de todas las mugeres.

Frajan demasiado ocupada en sus propios negocios para observar esta mudanza, empezó su historia con un prólogo: le recordó lo que ya frecuentemente le

habia asegurado, y era que aunque las damas inglesas no tuviesen aquella amable franqueza que hace que la galantería francesa las sea muy superior, sin embargo no aborrecen enteramente las intrigas. Por ejemplo la Anita, la cual aunque habia manifestado bastante gusto y penetracion para no permitir que su señoría la iniciase en la dulce pasion del amor, no habia sido tan cruel con Mr. Edwin, que actualmente la estaba manteniendo.

Esta historia contada parte con un tono de reconvencion, y parte con el de despecho, no halló en el Lord el mismo crédito que otras invenciones de esta muger habian hallado con el auxilio de su señoría en la familia donde estaba sirviendo. Sabia él que la última parte del cuento era falsa, así como algunas otras cosas que habia achacado á Ana; mas las circunstancias habian variado, y la injuria hecha á una huerfanita abando-

nada de todos no convenia al carácter de Lady Sutton. Las manchas que pudieran haber arruinado á aquella, y privarla de los medios de una honesta subsistencia, serían borradas por la opulencia y la dignidad de ésta. Pero aun habia otros pequeños favores que nuestra heroína debia á la invencion del Lord y á la de su asociada Madama Frajan, y de que no convenia de ningun modo que se la instruyese, al menos ínterin ella pudiese darles el premio que merecian. Sin una consideracion de esta importancia entonces mismo hubiera quedado rota la liga de estos dos dignos amigos. Jamás habia sucedido al Lord conservar atenciones con una persona, sino mientras ésta podia de un modo ú de otro ser útil á sus intereses, y despedia tan alegre como prontamente á las que ya le habian hecho el último servicio, que estaba á sus alcances. Así es que ya no pensaba en su bella emisaria, sino para imaginar los medios de hacer que cayese

sobre ella toda la parte odiosa de las injurias que ambos habian hecho á Ana.

La aseguró con frialdad que estaba mal informada, y que él mismo estaba mas impuesto en cuáles eran la situacion y los sentimientos de aquella jóven, y creia que la primera era respetable y los últimos sin mancha.

El tono con que expresó esta declaracion hizo que la pobre Frajan enmudeciese. El Lord Sutton convertido en amigo de Ana debia ser naturalmente su enemigo; pues si ella era admitida á su conversacion haria descubrimientos tales que aniquilarian á la Frajan. Sin embargo, la quedaba el consuelo de que tambien poseía ciertos secretos de que haria uso segun las ocasiones. Ella debia tomarse esta justicia de un hombre, que en los principios la habia engañado tambien á ella misma: ademas, la falta que cometió entonces en dejarla marchar sin darla el regalito acostumbrado, y con el que

ya contaba de cierto cuando vino á darle su informe, contribuyó no poco á excitar el espíritu de venganza con que se apartó de él.

Lord Sutton preocupado con su proyecto, y la felicidad que se prometia, hizo poca atencion en su repentina despedida. Quedábale que vencer una dificultad, y era la de libertarse de sus dos Sultanas. La una, que era la que vivia con él en aquella casa, era una pobre criatura de carácter dulce y de poco espíritu, cuyos placeres estaban concentrados en los hijos que la habia dejado á su muerte un esposo querido; y así no turbaba, ni incomodaba los placeres del Lord, en cuya opinion aquella muger no distaba sino un grado de los animales irracionales: de modo que podia separarse de ella cuando quisiese sin obstáculos y sin gastos. La honradez de sus disposiciones y la economía que siempre habia practicado la habian hecho una excelente mayordoma,

y muy útil á la casa. La profusion está siempre muy cerca de la avaricia: nada que pudiese lisonjear su orgullo ó su vanidad, y concurrir á la satisfaccion de cualquiera capricho, le parecia al Lord demasiado caro; pero en cuanto á todo lo demas temia siempre el gasto. Mistres Villars habia establecido en su casa el órden y la regularidad: mas sin embargo, no impedia que sus cuentas fuesen siempre glosadas y rebajadas: hallaba faltas en todas ellas, y no abonaba ninguna sin recordarla el valor del dinero, la pobreza de que la habia sacado, y la en que volvería á sumergirse apenas la privase de su proteccion. Su insensibilidad á las mas duras expresiones de que se valia para hablarla habia contribuido no poco á confirmarle en la opinion que tenia de su estupidez. Era fácil despedirla cuando lo juzgase oportuno, y como quisiese. Pero la muger que mantenia en Bath era la misma que habia tomado á su regreso de

la India para hacer ostentacion de sus riquezas, y de su consecuencia inútil. Habíala establecido bajo el pie mas brillante. Ella hacia cuantas locuras la pasaban por la imaginacion, y con sus amenazas y su destreza le habia obligado á mantener en el mayor lujo á una muger, á quien no amaba, ni jamás habia amado. ¿Cómo haria para deshacerse de ella?

Una desgracia, que nunca falta á los libertinos y á las coquetas, es la mortificacion que experimentan cada vez que advierten un indicio de que su poder va declinando. Esto era lo que mas atormentaba al Lord Sutton, este era su flaco. Carlota Madan lo conocia, y no la faltaba el arte necesario para aprovecharse de ello. Nuestro héroe estaba tan harto y tan cansado de aquella parte de su tren, que aunque su casa de Bath era elegante y dispendiosa, y aunque las aguas de aquel lugar estaban designadas por los médicos como necesarias á los que habian de-

bilitado su constitucion en un clima cálido, sin embargo, él jámas iba á ella. Para justificar este descuido con su hermosa tenia dos excusas constantes, y eran en invierno sus negocios, y en verano sus indisposiciones; y con tal de que aquella prenda se comprendiese entre los muebles de la casa, él no hubiera reparado en el precio, y se la hubiera vendido al primero que se hubiese presentado.

Su corazon se le oprimia siempre que Carlota venia á su memoria. Si él hubiese tenido que casarse con una de nuestras bellezas modernas, entonces una buena pension hubiera impuesto silencio á sus quejas; y la novia contenta con el brillo de su estado no se hubiera incomodado, aunque viese que su esposo mantenia una querida. Pero la pureza de la alma de Ana, y las viejas ideas que habia heredado de Mistres Mansel no la reconciliarian con semejante conducta. Era, pues, indispensable deshacerse de Car-

lota: ¿pero cómo habia de hacerse? Este era un punto muy dificil para poderle arreglar de pronto; y así apartando por entonces este objeto desagradable, intentó consolarse contemplando dentro de sí los encantos de su futura, pintándose ya la felicidad de su vida con semejante compañera, y armándose de argumentos para contrarestar la idea, que ella pudiese tener del amor de Edwin.

CAPÍTULO XLIV.

La esperanza engañada.

El Lord llegó á Layton la mañana siguiente. Dalton y su familia, con la esperanza del honor que iba á hacerles, se hallaron prontos á recibirle, pero Ana no estaba: bien es que esta circunstancia le incomodó poco, juzgando que así le seria mas fácil informarse de si se habia traslucido algo acerca de sus supuestas relaciones con Edwin. Quedó contentísi-

mo de oir de boca de Mistres Dalton que estaba convencida de que por parte de Ana carecian de fundamento aquellos rumores: y esto solo le faltaba para decidirse á manifestar completamente sus intenciones, lo que hizo con grande aparato, haciendo al mismo tiempo ostentacion de la extremada generosidad de sus motivos, y desentendiéndose de todas las consideraciones del nacimiento y de la fortuna, para hacerse el protector legal de una jóven sin parientes, que podia llegar á ser la víctima de algun libertino del siglo.

No se puede describir la sorpresa y alegría de Dalton al oir esta declaracion. La brillante alianza que tenian ocasion de formar por la boda de su pupila los aseguraba una brillante recompensa por todo el cariño que suponian haberla tenido. En el transporte de la plenitud de estas ideas cumplimentaron al noble Lord, y se felicitaron mútuamente elevando su bondad hasta las nubes, y la realizacion

de sus esperanzas parecia que iba á seguir á sus exaltaciones.

Empleadas dos horas en esta satisfaccion recíproca del visitador y los visitados, su señoría manifestó deseo de ver su novia; pero habia salido antes de desayunarse, y aun no habia vuelto. Como Ana trataba con muy poca gente fue fácil descubrir donde habia ido; y así enviaron á casa de Mistres Wellers á decir que inmediatamente viniese, pues Dalton la aguardaba. La criada de éste, que llevó el recado, volvió con la respuesta de que Ana, despues de haberse desayunado con Mistres Wellers, habia tomado el coche con ella para ir á la ciudad, de donde no debian volver hasta la hora de comer. ¿Quién diablos es esa Wellers? preguntó el Lord enojado con este contratiempo: ¿por qué la dejais así salir? Á lo que Dalton le satisfizo en cuanto á la decencia de aquella nueva compañera de Ana, y le prometió que su esposa sería la guar-

da de vista de esta jóven hasta que tuviese el honor de entregársela.

Esta promesa le tranquilizó, aunque con dificultad, pues venia sumamente petimetre, ó como vulgarmente se dice *vestido de conquista*, en términos que se lisonjeaba de que no habria corazon que se le resistiese: y así con sumo sentimiento tuvo que perder la esperanza de verla aquel dia. Esperar su regreso, y volverla á enviar otro recado, era demasiada publicidad á su deseo, lo que á pesar de su vanidad no dejaba de causarle alguna seria inquietud: de modo que se resolvió á dejar el negocio en estos términos, y llenando de cumplimientos á Dalton, le ofreció escribir apenas llegase á la ciudad.

Habiendo sido llamado su coche, y colocado delante de la puerta, rodeado de todos los curiosos del pueblo, que se asombraban de ver todo un Lord, éste salió afectando muy buen humor, los hizo una graciosa cortesia, y marchó.

Mientras que el coche estaba aguardando á su amo, el jóven comerciante de vinos, de quien ya he hablado, y que era tertuliante de Mistres Bibbins, pasó por delante de la casa de Dalton, y encontrándose con un vecino suyo, que tenia el honor de preparar las medicinas para los enfermos del pueblo y de la comarca, le hizo observar la elegancia del carruage, y con una sonrisa maligna añadiô que Mis parecia haber nacido destinada á hacer gran papel como el pájaro del paraiso.

El boticario era un hombre de buen juicio y bastante instruido en su profesion: mas como tenia dentro de su casa algunos pequeños negocios domésticos, que llamaban toda su atencion, tenia poquísimo conocimiento del mundo, en cuyo punto el comerciante de vinos aseguraba hallarse muy impuesto; y así no comprendio lo que queria significar con la expresion del pajaro del paraiso. El joven se

compadeció de su ignorancia, y con claridad le explicó que así se llamaban las mugeres de mundo: que la hija del escribano pertenecia á esta especie, y que él la habia visto en varias concurrencias acompañada de personas de distincion, no dejando de añadir que ademas del precio de entrada, que era grande, se necesitaba mucho adorno para presentarse en tales concurrencias, y al decir esto enseño la brillante charretera de su calzon y el tacon encarnado que terminaba esta brillante parte de su encantadora persona. El boticario preguntó, cómo era que aquella joven en la flor de la edad y de la belleza habia podido separarse de tan brillantes amistades: á lo cual respondió el petimetre: — vos sois muy ignorante, si no sabeis que esta especie de locos tienen sus altos y sus bajos. Este soberbio coche es del Duque de L.... y la visita de *incógnito* interin se la proporciona un rico establecimiento á costa de un joven señor

del país de Gales, que estando recien casado tiene que guardar algunas consideraciones.

Un jóven de la mas graciosa figura, y vestido decentemente, cuya atencion parecia estar fija sobre el mismo objeto, preguntó cortesmente á Mr. Bibbins si no se engañaba, ó si estaba cierto en lo que decia. Esto le ofreció un nuevo motivo de desplegar sus talentos instruyendo á aquel jóven, quien respondió del modo mas positivo que conocia perfectamente á aquel Duque. Los suspiros involuntarios que exhalaba el jóven llamaron la atencion del boticario, que hasta entonces habia estado fija sobre el coche, y luego la dirigió á observar el personage, cuyas emociones excitaban tan visiblemente aquel tren magnífico.

Habia en el cierta cosa que inclinaba á su favor el bueno y curioso natural del boticario; pero en cuanto á Bibbins hizo bien poco caso del desconocido. La

sencillez de su porte y su aire abatido eran tan opuestas á las perfecciones particulares de Bibbins y á su aire orgulloso, que esto bastó para inspirarle desprecio; y así girando sobre el talon dió una media vuelta, y volvió su espalda al jóven sin saludarle, dejándole encarado á la puerta de la casa, y al boticario mirándole casi con igual interés.

El Doctor Collet (que así se llamaba el boticario) tenia, segun ya he dicho, harto que pensar con su familia y sus enfermos para familiarizarse con el trato del mundo; y como sucede frecuentemente en los pueblos cortos, donde cuanto pasa se trasluce fuera de las casas, y sirve de pábulo á la murmuracion, así la conducta del boticario habia pasado una triste revista en todas las lenguas. Su muger habia muerto de consumpcion, y la mitad del pueblo le miraba como su asesino, y la otra canonizaba como la mejor criatura del mundo á una mu-

ger gruñona, cuyo espíritu de contradiccion no solamente habian desterrado la paz de su corazon, sino aun tambien de su propia casa. La altivez del boticario por una parte, y su carácter singular por otra, no le habian permitido justificarse, como hubiera podido hacerlo con facilidad; y semejante al buen Yorick de Sterne casi habia perdido la confianza de sus enfermas y la buena reputacion, antes de imaginar que una y otra estaban en peligro. En fin, cuando conoció el estado de las cosas, no halló sino dos partidos que seguir: uno fué recorrer las casas de las personas que estaban preocupadas contra él, y pintarlas no solamente los caprichos, sino los vicios de la difunta, procurando recobrar así el terreno perdido; el otro disminuir los gastos de su casa, y para satisfacer los mas necesarios atenerse á aquella parte de su profesion, que no estaba desacreditada, dejando á los vecinos

en sus opiniones particulares. Este último partido, como el menos penoso, es el que habia adoptado, y en consecuencia se dedicó á los estudios y á las preparaciones químicas, animándose á sí propio á despreciar las necias conversaciones y á los autores de ellas. Mas como esta disposicion de su corazon antes era efecto de la necesidád que de sus principios, la natural filantropía de su alma triunfaba algunas veces, y en aquel instante sentia su corazon todo él lleno de su benevolencia natural hácia su prógimo.

Aunque él fuese tan amigo de ceder á los movimientos de la curiosidad sobre sus propios negocios, nadie tenia tampoco mas curiosidad por los extraños, ni se afanaba mas por informarse de las causas y efectos de cuanto sucedia en el pueblo y sus inmediaciones. Es preciso confesar tambien que no era avaro de las luces que así se proporcionaba, pues derramaba liberalmente en una casa cuanto

habia sabido en otra, sazonándolo algunas veces con la sal un poco acre de sus propias reflexiones; pero siempre sin la mas pequeña intencion de perjudicar á nadie, y solamente con el deseo de lucir su talento, que miraba con muchísimo aprecio; y aunque á veces oía glosar la conducta de los otros en todo semejante á la suya, no pensaba en el mal que así una como otra podrian producir. Era el primero en abandonar la opinion que adoptaba, y tan inclinado á rebatir una voz que él mismo habia propagado, luego que se convencia de que era falsa, como obstinado en sostenerla cuando sabia que era cierta.

Preguntábase á sí propio en aquella ocasion: ¿por qué suspiraria aquel desconocido? ¿qué interés tendria con la muchacha de que hablaban? Y por saber esto hubiera dado todo el mundo; pero la curiosidad, aunque tanto le dominaba, enmudeció á vista del imperio de la hu-

manidad. Una repentina palidez, que se esparció por el rostro de aquel jóven, el dolor aparente de sus miradas, y su interesante figura, excitaron su admiracion y sus respetos. Le instó que entrase en su tienda, que estaba enfrente de la puerta de Dalton, y su oferta fue admitida con una franqueza política. Pocos momentos bastaron para establecer la confianza entre el boticario y su nuevo conocido, quien le confesó que era de la mayor importancia para él averiguar cuantas particularidades pudiesen tener relacion con Ana Mansel. Collet prometió servirle de agente, é informarle de cuanto indagase, é inmediatamente se plantó en la calle, encontrando así el medio de satisfacer á á un mismo tiempo sus dos objetos favoritos, aunque contradictorios, es decir, su curiosidad y su buen natural.

CAPÍTULO XLV.

Visitas de la mañana.

Collet no tenia relacion alguna con Dalton, pues era tal el odio de éste á las cuentas de los boticarios, que jamas consintió en que entrase ninguna medicina en su casa: nuestro Collet habia oido hablar del lance de Bentley, y daba entero crédito á cuanto se decia de Ana en la tertulia de Bibbins: así resolvió tomar mejores informes, si fuese posible; y como tenia el honor de servir al señor juez Strap, se dirigió á su casa con el pretesto de saber de la salud de Madama.

Allí encontró á Mis Bibbins (de quien ya he hablado como de una persona perfectamente informada del mal carácter de nuestra heroina), que habia ido con el mismo designio á visitar á Mis Strap. El boticario no era de cumplimiento, y así no interrumpió la volubilidad de las

dos señoritas, quienes siguiendo su conversacion sobre un adorno, que parecia haberlas incomodado mucho, hablaron en estos términos.

Querida mia, ¿podreis creer que el volante tenia mas de media vara de alto, y todo él de la muselina mas esquisita? La cola, aunque plegada, estoy cierta que era sumamente larga: en fin, mamá dice que estas cosas cuestan mucho dinero. ¡Su ropa es tan buena! ¿y sus cintas? escandaliza ver las que lleva: ademas de esto se pinta la cara. — ¡Oh! nada es mas cierto, respondió Mis Strap, y yo me admiro de que Mistres Wellers tome interés por una muchacha semejante. — En cuanto á eso, dijo entonces Mistres Strap, es fácil decir el motivo. Ya sabeis que Mistres Wellers no piensa sino en lucir mas que nosotras: quisiera dominarnos, y puede ser que haya pensado en introducir esa muchacha para manifestar su gran influjo. Bien podemos admitir personas

que no congenien con nosotras; pero en cuanto á esa nuestros caractéres son demasiado notorios para que podamos prestarnos á ello. — Ciertamente, Madama, contestó Mis Bibbins, eso es lo que dice mamá, y añade que su mala conducta es indudable; porque ¿cómo esa muchacha pudiera llevar unas cosas tan costosas y tan superiores á su clase? Y luego ved su afectacion de modesta: ¡cómo baja los ojos cuando los hombres la miran! nada es mas fácil que conocer que esto es estudiado: vaya, yo no puedo sufrir semejantes mugeres. — He aquí, replicó Mistres Strap, uno de los buenos efectos que ha tenido la idea que ocurrió á Mr. Tornhil de establecer aquí una escuela. En verdad que es muy duro para Mis Strap y para vos, Mis Bibbins, el no poder dar un paseo sin exponeros al disgusto de encontrar con una muchacha semejante.

Collet estaba sentado aguardando con impaciencia el momento de poder decir

alguna palabra que le abriese el camino para conseguir las luces que buscaba, y la última parte de la conversacion le hizo conocer lo que al principio no habia comprendido, y es que se trataba de Mis Mansel. Redobló su atencion haciendo de cuando en cuando alguna preguntilla, cuando las jóvenes callaban para tomar aliento; y por fin supo que Mis Mansel era una jóven de malísima conducta, que habia seducido el corazon del hijo de la dama, en cuya càsa servia, aunque estaba cierta de que iba á casarse con una nobilísima heredera, por la cual habia sido despedida; pero que se valia de todo su arte para obtener que su amante la pusiese un magnífico establecimiento, amenazándole, si se negaba á ello, còn revelar á su nueva esposa todas sus infidelidades: que entonces era visitada por un gran personage, aunque no se podia saber cuáles eran los atractivos de aquella muchacha; pero los hombres (como ob-

servó muy bien Mis Bibbins) tienen gustos estravagantes.

Tal fue la relacion que por su parte confirmó el señor juez Strap contando la aventura de los latigazos, sin ocultár el nombre del caballero, aunque habia dado palabra de honor de no hacerlo.

Habiendo logrado Collet mas de lo que esperaba, se despidió: aunque las damas le habian asegurado de la verdad de cada cosa de cuantas le contaron, sin embargo, habia una circunstancia muy fuerte, que destruía cuanto habian dicho contra nuestra heroina, y era el favor que esta gozaba con Mistres Wellers. Esta dama por la rectitud de su carácter y la benevolencia de sus sentimientos habia llegado á tal grado de perfeccion, que se hacia adorar de sus amigos, respetar de sus enemigos, y tratar con mucha consideracion por todos aquellos cuya estimacion puede ser deseada. Unir la idea de la infamia con el nombre de esta dama era

una cosa imposible á los ojos de Collet, pues la conocia y la reverenciaba; y ni el juez Strap, ni su muger, ni su encantadora hija, ni su amiga Mis Bibbins eran capaces de persuadirle que Ana era lo que decian, luego que añadieron que estaba en la montaña.

Al salir de casa del juez dudó si volveria á reunirse con su nuevo amigo, ó si á pesar de su gota, que le molestaba, pasaria á casa de Mistres Wellers, donde seguramente encontraria alguna disminucion de los hechos tan redondamente asegurados en casa de Mr. Strap. Cuando Collet hacia alguna cosa inconsideradamente parecia caer, y á veces caía realmente, en una especie de acceso de splen, que le hacia tomar cierto aire de mal humor; pero si se detenia á dudar un momento, con tal de que el negocio de que se trataba no le tocase personalmente, fuese cual fuese la molestia ó el gasto, su buen corazon, su justicia y su humani-

dad decidian siempre de sus operaciones. Así es que empezó á trepar la montaña, sin ocuparse en otra cosa que en el deseo de averiguar la verdad; pero aquel dia no era feliz para Ana, pues como ya he dicho habia ido á la ciudad con su nueva amiga. Este contratiempo recordó á Collet los dolores de su gota, que habia olvidado, porque se vió en la precision de volver atrás, y estaba él ya tan cansado, como malo era el camino. Despues de un penoso regreso halló al desconocido, que le aguardaba con impaciencia, y le dió parte fielmente de cuanto habia oido, sin omitir, á pesar de los dolores de su gota, las favorables reflexiones que en su dictámen debian contrabalancear á la dureza de su primer informe.

Mi lector se habrá sin duda anticipado á descubrir lo que voy á decirle, y es que Cárlos Herbert era este curioso incógnito. Realmente este mismo Cárlos, que despues de haber tomado mil veces la

resolucion de olvidar á Ana no podia pensar en otra cosa, era el que habia hecho el viaje de Layton, conociendo que no estaba en su mano dejar de amarla por mas abandonada que pudiesen pintarle su conducta.

Collet, sin embargo de ser pobre, gotoso y regañon, estaba tambien enamorado; y aunque no era un amante desesperado, porque el objeto de su cariño estaba muy á sus alcances, tampoco era un galan feliz, pues era invencible la desconfianza que tenia en su propio mérito. Con igual cuidado ocultaba su amor á la que le causaba, que á todos sus amigos, temiendo la burla de estos tanto como el desden de aquella; pero en fin, él amaba, y así fácilmente conocio la situacion de Herbert. Seguro de este descubrimiento, que lisonjeaba su penetracion, sintio redoblarse en su pecho el interés hácia su nuevo amigo, y le prometió no perder de vista ni un instante las acciones de Ana,

é instruirle fielmente de cuanto observase. Hecho este convenio se separaron con las mayores protestas de amistad, y Herbert, aunque tan lleno su corazon de amor y de desesperacion, todavia encontró algun consuelo al salir de Layton, pensando en la correspondencia que Collet habia prometido seguir con él.

CAPÍTULO XLVI.

Segundo plan para la educacion de las jóvenes.

Crecia por momentos el interés que habia concebido por Ana la digna señora, á quien ella habia resuelto hacer su consultora. Habia sido recibida en la montaña con aquella amistosa franqueza, que no solamente anima á la confianza, sino que la solicita: la modestia natural de sus sentimientos no hallo repugnancia en explicarse delante de esta bondadosa y respetable amiga: así es que la contó su his-

toria completa, sin ocultar la mas pequeña circunstancia, excepto la secreta inclinacion al jóven Herbert.

Los diversos sucesos de la vida de una persona tan jóven, sus desgracias, sus enemigos tan poco merecidos, el desamparo de su infancia y su situacion actual fueron otros tantos argumentos que fortificaron la opinion de Mistres Wellers en su favor: de modo que la prometió no solo reflexionar en aquel negocio, sino tambien darla cuantos auxilios y consejos estuviesen en su mano. Á propósito, dijo ella, yo voy esta mañana á la ciudad á ver á mi morena, acompañadme, y en el camino consultaremos acerca de lo que puedo hacer por una jóven tan amable. La gratitud de Ana no pudo responder sino con lágrimas, á las que unio las suyas Mistres Wellers; y así ambas hablaron en el lenguaje que entienden los corazones, y tomaron el camino de Londres.

La joven Mistres Wellers era, como

ya he dicho, una buena señora. El gran dote que habia llevado á su esposo la daba derecho á toda la indulgencia que puede apetecer una muger prudente. Se habia dedicado enteramente á sus hijas, y su único deseo era el formar de ellas unas completas damas. Era hija única de un rico avaro, á cuya mezquindez debia, con gran sentimiento suyo, la desventaja de no haber recibido sino una educacion muy limitada. No la habian enseñado ninguna de aquellas habilidades que veía lucir en las demas mugeres de su clase; y apénas se vió madre, cuando resolvió que sus hijas se aprovechasen de su desgracia, dedicando todo su tiempo á la educacion de ellas.

Sin instruccion y sin experiencia no es de extrañar que estas disposiciones, por mas buenas y respetables que fuesen, la hubiesen inclinado hácia un extremo un poco ridículo. Su ansia por instruirlas se mostraba en todas las salas de la casa,

pues no se veía otra cosa que libros, globos, instrumentos de música, cartillas de dibujo: en una palabra, era un completo almacen de educacion mugeril, y todas las mañanas el humilde golpe del aldabon de la puerta anunciaba los diferentes maestros de aquellos ramos. La leccion de baile precedia algunos dos minutos á la de gramática, y las niñas sabian el alfabeto inglés antes de haber aprendido el de su lengua.

No teniendo ella ni oido ni voz queria que sus hijas supiesen la música; y en una edad, en que con dificultad se puede retener el nombre de las cuatro partes del globo, queria que fuesen perfectas en su geografía. Lo que propiamente se llama labor no entraba verdaderamente en su plan: el bordado, algunos juegos de naipes, las figuritas recortadas y otras vagatelas de una edad á proposito para ellas eran las únicas ocupaciones que debian fijar su atencion. Su abuela observa-

ba con ojos de indulgencia el exceso donde su pasion la inclinaba, y en cualquier otro punto, que no fuese en éste, se oía su dictámen con respeto y docilidad; pues en cuanto á la educacion sus primeras advertencias se habian escuchado tan mal, que habia creido prudente no repetirlas, y ella se esforzaba á representar bajo un punto de vista mas agradable lo que sin embargo la parecia una debilidad de su nuera.

Las perfecciones y gracias de Ana, que tanto la chocaron, la hicieron pensar que se hallaba en estado de ser mas útil para la educacion de sus niñas que no los costosos maestros, que hasta entonces las habian dado lecciones, y creyó tambien que nadie mejor que ella podria instruirlas en los modales de la sociedad; pues sus gracias naturales y su política eran propias para hacer papel en el mas alto rango. Solo un obstáculo habia, y era que Ana sabia poco el francés, por

cuyo motivo suspendió decirla su proyecto en el camino.

Luego que llegaron á Charterhouse-Square, Mistres Wellers subió inmediatamente al tercero piso de la casa, que estaba enteramente dedicado á las niñas, y donde los maestros, criados, madre y niños estaban sumamente ocupados en aquel momento. En una pieza daba su leccion el maestro de música, en otra se explicaban los globos, en otra una bonita niña ensayaba un paso de baile, mientras que en el gabinete inmediato la hija mayor en presencia de su madre intentaba dibujar un ojo bajo la direccion de su aya francesa, y asistida por otras dos jóvenes de la misma nacion.

La llegada de la abuela proporcionó un pequeño asueto, ó suspension de tareas: las niñas la rodearon mientras que su madre significaba el placer que la causaba esta visita. Las dos damas se retiraron bien pronto al gabinete, dejando á

Ana tan sorprendida como divertida á vista de este espectáculo. Sentóse en el piano con toda la ánsia y placer que manifiesta un músico que por algun tiempo no ha podido gozar de este instrumento; y como su ejecucion y su gusto era muy superior á las lecciones que habia recibido, y ademas era aquella su diversion favorita, se entregó á disfrutarla con tal extremo, que sin embargo de haberse detenido las damas mas de una hora, la encontraron sentada en la misma silla, recibiendo los mas expresivos cumplimientos del maestro de música, que al oirla se habia detenido.

Mientras tanto la buena Mistres Wellers habia empleado el tiempo en hablar de su proyecto, y elogiar á sus hijos la persona que destinaba á aquel cargo.

Mr. Wellers era un hombre llano, honrado, recto y de excelente moral, y todos sus sentimientos estaban dirigidos por la justicia. Su integridad era general.

mente conocida, pero no era tan metódico en sus cuentas y en sus libros como en sus inclinaciones. Se portaba con amistad y cariño respecto á su esposa, y daba todo su tiempo al interés de su familia, mirando que el aumento de su caudal respecto á sus hijos era como el complemento de las funciones de un padre. El calor que podia sentir en su corazon se dedicaba mas particularmente hácia sus padres, cuya generosidad al abandonarle cuanto poseían para establecerle era llamada por él confianza en su crédito, y esta una especie de obligacion que jamas olvidan los hombres de negocios. No habia cosa mas uniforme y metódica que el giro de su vida: el dia presente se pasaba como el anterior, y así sucesivamente hasta el fin del año, que empezaba del mismo modo para concluirle igualmente. Era fijo el encontrarle á horas marcadas en el desayuno, en el banco, en el escritorio, ó en la mesa: dedicaba las noches á acom-

pañar á su esposa, y los Domingos á sus padres: era igualmente imposible exigir de él que coadyuvase á un acto de injusticia, ó á otro de humanidad; pues su sensibilidad jamas turbaba su sosiego, ni incomodaba el de los otros. El ejemplo de su madre habia producido su efecto en cuanto á enseñarle la probidad mas rígida; pero no tenia el gusto de ver que habia comunicado al corazon de su hijo aquella humanidad, aquel calor de la amistad, y aquel amor exclusivo que reinaban en el suyo.

De modo que el hijo oyó la recomendacion de Ana con toda la atencion que el respeto le prescribia: mas cuando su esposa, encantada de las cualidades de aquella que se la proponia para aya de sus hijas, aunque sintiendo de que ignorase una lengua tan necesaria como la francesa, le pidió su consentimiento, él se desentendió de las opiniones de su esposa y su madre segun su método ordinario, y

observó de paso que el mundo era tan engañador, que suponia que Mistres Wellers haria el favor de informarse de la verdad de la historia que habia contado. Ella decia que no tenia ninguna duda; pero como la buena fama debe ser la primera recomendacion para una muger que se destina al empleo de aya, dijo que estaba cierta de que Ana convendria en que se tomasen los informes necesarios de casa de Lady Edwin.

Quedando las cosas en este feliz estado para nuestra heroina, Mistres Wellers regresó con ella á Layton sin decirla nada de cuanto habia pasado hasta que se vieron fuera de Londres. Entonces la explicó el cargo que se la proponia, añadiendo al mismo tiempo que si sus nietas tenian la felicidad de ganar su amistad y obtener sus instrucciones, la quedaria sumamente reconocida, porque estaba cierta de que su ejemplo y su compañía las serian sumamente útiles.

Ana estaba llena de reconocimiento; pero desconfiaba tanto de su aptitud para semejante empresa, que contuvo las expresiones de gratitud que la inspiraba su corazon para confesar claramente sus temores. Esta modestia era la prueba mas cierta de su capacidad, y la buena Mistres Wellers no encontró en ella sino una nueva razon para felicitarse mas por aquel hallazgo. En cuanto á los informes que debian tomarse, Ana no manifestó sino mucha alegría, pues segura de la pureza de su conducta habia contado á su amiga todas las circunstancias relativas á Edwin, y las consecuencias que de ellas habia inferido la familia de Dalton, y así nada tenia que temer. Por el contrario, pensaba que estos informes aclararian tal vez lo que hasta entonces habia sido un profundo misterio para ella, y acaso tambien la proporcionarian el placer de ver otra vez á Mis Herbert, y saber de ella la suerte de su hermano: por todo lo cual

no solo consintió en que se tomasen los informes, sino que rogó á Mistres Wellers que al otro dia fuese á la ciudad con este motivo.

Llegaron á la casa de la montaña, y apénas supo Ana el recado de Mistres Dalton, cuando temerosa de que aquella señora estuviese enferma pidió permiso para ir allá inmediatamente, pero no se le concedió hasta por la tarde.

CAPÍTULO XLVII.

Nuevo conocimiento.

Mr. Wellers llevó á comer á Mr. Bentley: éste cuando se desentendia de sus accesos religiosos (que era regularmente cuando estaba en buena sociedad) no mostraba mas que amabilidad y un corazon excelente. Tenia demasiada consideracion respecto á su esposa para no recibir con gusto a su convidada. Wellers ni Bentley nunca habian visto á Ana, aunque va-

rias veces habian oido decir que se hallaba en el pueblo una jóven de malísima conducta, que tenia aquel nombre. La comida se pasó con aquella satisfaccion recíproca que generalmente inspiran los buenos platos y el buen humor.

Apénas se acabó la comida, cuando levantándose Ana para marchar á su casa, Mr. Bentley cogiéndola la mano, á pesar de que ella la retiraba, la advirtió que no intentase ir sola; por lo cual Ana asustada algun tanto le preguntó: ¿qué era lo que tenia que temer? ¡Qué teneis que temer, querida niña! respondió él: tantos peligros, que apénas puedo yo contarlos todos. En primer lugar veis aquí el viejo Rogero Bentley, viudo y con setenta y tres años, que se halla con valientes ganas de huir con vos. Esto debe convenceros hasta la evidencia de que sois el objeto de la admiracion de los hombres y de la envidia de las mugeres, las que os encuentran culpable del alto crímen de la

hermosura unido al fenómeno monstruoso de la modestia; y ya que no pueden quitaros la primera, intentarán desfigurar de tal modo la segunda, que vos misma no os podais conocer en el retrato; y sobre todo (añadió bajando la voz) hay un cierto hermoso jóven libertino de feliz memoria, que maneja muy bien el látigo de su caballo, y cuya violencia mas agradable es por lo mismo la mas temible.

Ana conoció que aquel hombre era en quien Edwin habia desfogado su cólera, y con este descubrimiento se aumentó su primer sorpresa. Mistres Wellers dijo, riéndose, que si aquella señorita estaba en tan inminente riesgo, él podria declararse el defensor de su inocencia. ¿Está realmente inocente? preguntó Bentley con entusiasmo: á lo que Mistres contestó, ya veis en la compañía que se halla. Bentley entonces conociendo la fuerza de esta advertencia, y dando un gran golpe en el suelo con su nudoso baston de encina,

que siempre llevaba consigo, dijo que seria su defensor y su amigo mientras lo mereciese, y aun mas allá.

Este modo de explicarse á un mismo tiempo tierno que tosco asustó á Ana, de modo que no pudo responderle, y mucho menos cuando le vió enteramente decidido á acompañarla. Mistres Wellers, que conocia la bondad del corazon de Bentley, quien bajo la apariencia de la misantropía ocultaba una sensibilidad que á veces le habia sido funesta, y una generosidad confirmada en cada individuo de cuantos podia asistir, y sin pensar en las recompensas de la gratitud; se regocijaba interiormente viendo la favorable impresion que habia hecho en su corazon nuestra heroina: deseando pues aumentar una parcialidad tan visible, dijo que todos irian á acompañarla; pero añadió que antes era preciso que Mis Mansel cantase alguna cosa para que la oyese Bentley.

Ana conocia demasiado bien las bue-

nas intenciones de su amiga, para que pudiese negarse á complacerla; sin embargo de que entonces acaso la era algo molesta la obediencia. Cantó, pues, aquella aria de Linley, que empieza:

"Ay de mí desde aquel dia
»Que mi tierno corazon, &c.

Los ojos de Mr. Bentley atestiguaron cuán afectado estaba su corazon con las palabras y la melodía, y así dijo: sabed, Madama Wellers, que si vuelvo á escuchar el canto de esta jóven, no respondo de no volverme loco; pero yo supongo, Mis, que sabeis la música. ¿Tocais por ventura algun instrumento? Le toca, respondió Mistres Wellers, cuando se le proporciona: á lo que solo contestó Bentley inclinando la cabeza.

Tomaron alegremente el camino del pueblo, yendo Bentley segun habia ofrecido dando su brazo á Ana. Fueron cordialmente recibidos por Dalton y su fa-

milia, cuyos cariños respecto á nuestra heroina la parecieron tan nuevos como inexplicables. Mistres Dalton la dijó que sentia que ella se hubiese expuesto demasiado al calor del sol, y se quejó de que los hubiese tenido inquietos con su larga ausencia: añadió que era la queridita de Peggy, y por último hizo los mas repetidos y expresivos cumplimientos á Mistres Wellers por sus bondades.

Bentley, cuya religion consistia principalmente en la práctica de una especie de amor particular hácia su progimo, despreciaba á todos los metodistas, excepto á su amigo Mr. Wellers. El buen escribano por su parte miraba á Bentley como un reprobo y un profanador del sábado. Así, pues, debió haber pocos cumplimientos entre dos hombres de caractéres tan opuestos, y apénas tomó asiento cuando se levantó diciendo á Ana que estuviese cierta de que tenia un amigo en la Abadía donde vivia; y como Mistres Wellers

tampoco estaba muy dispuesta á prolongar su visita, marcharon, dejando á los Dalton oportunidad para informar á su pupila de la gran fortuna que se la proporcionaba.

CAPÍTULO XLVIII.

La negativa.

Como Ana no sabia cosa alguna del tratado concluido entre el honorable Lord Patrick Sutton y John Dalton fue extremada su sorpresa, tanto por el objeto que los causaba tal placer, cuanto por el modo con que la instruyeron de esta proposicion. Pero mientras que su corazon desechaba con igual antipatía que desprecio la mas remota idea de una union semejante, dudaba que la propuesta del Lord fuese formal: sabia cuan fingido era en todas sus cosas; y recordando que en otro tiempo habia sido su mas cruel enemigo, y entonces era el objeto de su desden, que

ella no ocultaba de modo alguno, creía que no era verosimil que intentase hacerla su esposa. Tampoco podia dejar de pensar que allí se ocultaba algun enigma; y como venia de tal mano, inferia que no podia ser favorable.

Mistres Dalton, atónita de no verla loca de regocijo á vista de tal fortuna, la aseguraba y repetia que todo ello era verdad, que iba á ser una dama principal, que aguardaba que Mr. Dalton lograria un gran empleo, que se llevaria por camarera á Peggy, que proporcionaria una plaza á Belly, un empleo á Jackey, y otros cualesquiera acomodos á Polly, Sally y Jenny. Estas seguridades y estas esperanzas se repetian en eco por todos los presentes, mientras Ana sin interrumpir la volubilidad de la lengua, que parecia epidémica en toda la familia, se reservó declarar su consentimiento hasta mejor ocasion, pues la anunciaron para el dia siguiente la formal declaracion del amor de

este personage tan alto y tan bondadoso. La noche se pasó en la mas perfecta armonía: una botella del mejor vino de la bodega de Dalton acrecentó el placer de todos, y se fueron á acostar para seguir formando castillos en el aire.

Por la mañana, antes que la familia se reuniese para el desayuno, llegó un criado con la carta siguiente dirigida á Mis Mansel.

Señorita: = Si mis sentimientos para con vos no estuviesen fundados en unas atenciones y un cariño invencible, exigiria mas ceremonias la declaracion que os hago de la idea que hace mucho tiempo es grata á mi corazon. He participado á Mr. Dalton mis intenciones de aseguraros una renta considerable, y daros el título de Lady Sutton. Vos sois demasiado prudente para no conocer todas las ventajas de que yo me desentiendo, disponiendo á vuestro favor de mi título y de mis bienes; pero me lisonjeo de que vuestra gratitud, uni-

da al grande amor que os tengo, me recompensará de todos mis sacrificios de intereses y ambicion.

Deseo que todo quede conciuido inmediatamente. Mr. Dalton puede dar la fórmula de los actos necesarios; y yo seguiré á este billete, si, como no lo dudo, es vuestra respuesta favorable. = Soi &c. = P. Sutton.

Mientras que Ana leía esta orgullosa oferta, la familia de Dalton la aguardaba con impaciencia para felicitarla, y darse á sí propios la enhorabuena, hablar de la confirmacion de las esperanzas en ella, y elevar las propias suyas. Hicieron entrar en la sala al criado, y le presentaron políticamente una silla preguntándole por la salud de su amo. En fin, la impaciencia obligó á Mistres Dalton á subir al cuarto de nuestra heroina, á quien encontro cerrando una carta; y acabando tranquilamente esta operacion, y poniendo el sobre al Lord Sutton, ba-

jó con ella en la mano.

El mozo que llevó la del Milord era el primer criado, es decir, un criado sin librea, y el mismo sobre cuya sagacidad habia contado tanto cuando tuvo la bondad de hacer que nuestra heroina entrase en el mundo á adquirir un poco de experiencia. Estaba ocupado en hacer valer su importancia en presencia de Dalton y su hija, cuando se presentó Mistres Dalton y en seguida Ana. La buena señora no conociendo ni aun la idea de que un Lord pudiese ser desairado, corrió alegremente á sacar las provisiones de su despensa, bendiciendo la feliz casualidad que habia puesto á aquella huérfana á su lado.

El criado, que no conservaba la menor memoria de su persona, se levantó con el mayor respeto, y recibió la carta para su amo con aquella humildad que manifestaba su penetracion; pues un tratado con tan hermosa criatura era un pronóstico de buena fortuna, de que el

fiel doméstico se prometia sacar mucho partido, respecto á que los amos nunca son mas generosos que cuando son felices.

Inmediatamente que marchó todos se apresuraron á preguntar el contenido de la carta y la respuesta, y Mr. Dalton observó que pudiera habérsele consultado sobre la segunda. Ella enseñó la declaracion del Lord, y él la leyó comentando cada línea, exaltando la bondad y generosidad de aquel corazon, la franqueza de sus sentimientos y su humanidad, cuyos elogios fueron repetidos por su esposa y su hija.

Ahora bien, querida mia, dijo Mistres Dalton, lo que necesitamos ver es vuestra respuesta. Yo estoy cierta de que será como de vuestra mano, pues siempre escribis con tanta elegancia. Ana presentó su borrador; pero no es posible pintar la súbita y general mudanza de semblantes, la sorpresa y el desprecio por un la-

do, y la rabia y malicia por otro cuando Dalton leyó estas palabras:

"Milord: = Ignoro igualmente los sentimientos de cariño y las atenciones en que se fundan, y que pueden haberos dado derecho para que holleis las ceremonias convenientes á vuestra dignidad, ó las que me son debidas. Tampoco me es posible decidir si el contenido de vuestra carta es irónico ó formal; pero confieso francamente que nada de cuanto venga de mano de un hombre, que sin motivo ha podido injuriar tan esencialmente á una inocente huérfana, podrá serme agradable en las circunstancias mas comunes de la vida, y mucho menos en la proposicion de una union tan sagrada como el matrimonio, Milord, yo tengo realmente bastante prudencia, y doy su verdadero valor á mi felicidad y mi reposo para sacrificar uno y otro á vuestra fingida generosidad. Me atrevo á lisonjearme de que la sensibilidad de mi corazon no se verá precisada á agra-

decer ningun favor concedido ulteriormente por vos á = Ana Mansel."

Dalton dejó caer de las manos este papel apénas acabó de leerle: el rostro de su muger se cubrió de varios colores: el despecho y la rabia brillaron en los ojos de Peggy: todos quedaron incapaces de hablar palabra. Ana infirió naturalmente que su interés personal los hacia que deseasen ver á una persona, á cuya gratitud tenian cierto derecho, colocada en estado de recompensarles los favores que los debia; pero no sospechaba que la mirasen como un instrumento pasivo, que no debia existir sino para su ventaja, ni tampoco esperaba presenciar la escena siguiente.

¡Miserable! exclamó al fin Dalton: ¿cómo os habeis atrevido á enviar este cúmulo de insolencias á ese digno señor? ¡Insensata! ¿quién creeis que tenga obligacion de sufrir tu insolente orgullo? ¿Cómo pagarás lo que la ley te obligará á pa-

garme por haberte educado y mantenido? Yo lo pido desde este instante, y voy á hacer que un ministro te prenda. Vos ireis á una cárcel, señora insolente, y allí vereis cuando os falte el sustento y la ropa para cubriros, allí vereis si encontrais otro Dalton.

Diciendo esto salió del cuarto, dejando á Ana petrificada de sorpresa y terror, y en un estado, que ni aun la permitió el alivio del llanto. Ya se veía en las manos de la justicia, y metida en el calabozo con que la habian amenazado. Aunque Mistres Dalton no creía que su marido pensase realmente en la ejecucion de un proyecto, que su conciencia la decia ser tan barbaro como injusto, estaba enfadada, y tan resentida por sí misma, que siguió imitando aquel tono que creía habia tomado su marido para intimidarla. Peggy, la insensible Peggy, olvidando la causa de su juventud y de su sexo, añadió las mayores injurias acerca de la in-

gratitud con que Ana correspondia á la caridad de su padre, y la trató con la mayor dureza, recordándola sin cesar su orgullo y su pobreza, con todas las demas injurias que podia inventar la envidia y la mala voluntad. Es probable que no hubiese concluido tan pronto su discurso, si no se hubiese visto interrumpida por la repentina caida de la infeliz á quien hablaba, pues dió con su cuerpo en el suelo á impulso de un desmayo.

Cuando la vieron á sus pies pálida y sin movimiento el terror se substituyó á la cólera, y el interés personal, que aun no perdian de vista, obró tan fuertemente en su empeño para socorrerla, como antes habia obrado en sus esfuerzos para reducirla á aquel estado. La llevaron á la cama, aflojaron sus ropas, casi la inundaron en agua; pero todo en vano y sin efecto, quedando mútuamente consternadas viendo la inutilidad de sus cuidados. En el punto en que Mr. Dalton habia sa-

lido del cuarto la habia faltado el sentido, y así no habia oido ni una sola palabra de cuantas dijeron la madre y la hija. Enviaron recado á cuantas partes creyeron que podia estar su marido; pero en ninguna le hallaron: comenzaron ya á temer que muriese la infeliz, y así llamaron al Doctor Collet, cuyos cuidados y remedios la hicieron volver en sí despues de media hora de trabajo; pero tardó aun mucho mas en recobrar sus fuerzas.

Collet estaba sumamente interesado por la enferma: jamas habia visto jóven mas hermosa, y la situacion en que la hallaba no le permitia dudar de la consternacion de su espíritu. Á pesar de cuanto habia oido decir de ella, tenia Ana la felicidad de llevar impresas en sus facciones tantas señales de inocencia é ingenuidad, que todo se convirtió en su favor. La preguntó cariñosamente cómo se hallaba, y la rogó que contase con él en un todo, tanto como médico, cuanto como

amigo, para dulcificar ó disipar las evidentes penas que padecia. Ella le dió gracias por su oferta; pero añadió que por entonces no tenia bastantes fuerzas para prevalerse de su favor, el que no rehusaba enteramente; y así le suplicó la dejasen sola, lo que se ejecutó, aunque con mucho disgusto de Mistres Dalton.

CAPÍTULO XLIX.

La fuga.

Eran las tres de la tarde cuando aun no habia vuelto Dalton, y el temor que inspiraba á Ana su regreso no puede pintarse con palabras. Primeramente se la ocurrió que podria refugiarse en casa de Mistres Wellers: mas como este paso no haria mas que irritar á Dalton, qué podia esperar sino verse arrancar de la proteccion de aquella amiga, ó llegar á ser una carga pesada para aquellas gentes, que tenian con ella muchas menos rela-

ciones, y que no podrian tal vez pagar la cantidad que Dalton exigiria. Si la ocurria la idea de la propuesta de Mr. Bentley, la seguia la misma reflexion, é igualmente si pensaba en volver á casa de Mr. Mansel: no la era menos imposible permanecer con Dalton, hombre que habia podido ultrajarla tan indignamente. En cuanto al Lord Sutton, era desgracia de aquel amante que su nombre no pudiese ofrecerse á su amada sin que le acompañase alguna circunstancia que corroborase el odio que la tenia.

Cuando apénas salió de su infancia se vió despedida por Madama Melmoth, él era la persona á cuyo influjo atribuyó aquella desgracia: cuando perdió el favor de Lady Edwin, él era tambien á quien reputaba por su enemigo secreto; y al presente, que sucumbia bajo el peso de las afficciones y terrores, ¿no era él tambien la causa de todo? Ninguna consideracion podia hacerla du-

dar un momento entre una negativa á todo riesgo, y un enlace perpetuo con el hombre á quien tantos motivos tenia de mirar con odio. Estaba decidida á no ser suya; y como no veía otro modo de evitarlo sino huyendo, apénas se la ocurrió este arbitrio, cuando se resolvió á ejecutarle. No tenia ningun conocido ni ninguna amiga: se hallaba con poquísimo dinero: no habia ningun ente en la tierra con cuya proteccion pudiese contar; pero sin embargo, la alternativa era terrible para detenerse en reflexiones.

Se acordó de que á las cinco pasaba el coche de Londres, y toda su esperanza se fundó en alcanzarle. Mistres Wellers estaba aquel dia en la capital tomando los informes consabidos en Grosvenor-Square: la idea de Dalton y sus amenazas era tan terrible, que todo temor de peligro, y todo terror de arrojarse sola en medio de un mundo desconocido, todo desapareció en el momento. Habia oido

hablar de la corrupcion y malicia que hay en Londres: ¿pero dónde encontraria hombres peores que Sutton, ó mas bárbaros que Dalton? La menor dilacion podia quitarla los medios de huir: Dalton era fácil volviese, é impedirla ejecutar su proyecto. Entonces podian hacerla pasar aquella noche en la cárcel, de la que no podria salir sino á expensas de lo mas grato que tenia; y así no la quedaba un instante que perder.

Felizmente su equipaje estaba en su cuarto: empaquetó, pues, á toda priesa un par de vestidos de calle, ropa blanca, y algunas alhajillas que la habia regalado Mistres Mansel; y acordándose de la amistosa oferta del Doctor Collet rogó á la criada que fuese á llamarle, pero sin incomodar á su ama, que estaba comiendo: la muchacha, que amaba mucho á Ana, la obedeció, y Collet fue presentado á su hermosa enferma.

El terror y agitacion de ésta crecia al

paso que el dia iba declinando, y la necesidad de arreglar sus negocios la hizo vencer su timidez natural. Le preguntó si eran sinceras las ofertas que la habia hecho; y como él se lo asegurase, le dijo: pues bien, Monsieur, yo me atrevo á valerme de ellas. Me interesa sumamente dejar ahora mismo esta casa y no tengo ni un momento que perder, ni un solo amigo en el mundo. Debo á Mr. Dalton mas que puedo pagarle; pero dejo en su casa efectos que tienen algun valor. Estas maletas están llenas de ropas, que me ha regalado (al decirlo lloro amargamente) una amiga que me amaba: yo no deseo sino una cosa, y es el pagar lo mas que pueda. ¿Tendreis, señor, la bondad de poner vuestro sello sobre estas maletas con este fin? Yo hare cuanto mandeis, dijo Collet conmovido. Dios os lo pague, replicó ella, añadiendo: ahora tengo otro favor que pediros. ¿Como podré yo, sin que nadie lo vea, hacer que lleven este lio al coche?

Collet respondió que enviaria á su criado á la calle á donde daban las ventanas, que por ellas arrojase el lio, y el muchacho le llevaria á la primer posada, aguardando á que ella fuese á buscarle.

Entró entonces Mistres Dalton, y Collet se despidió, echando antes una ojeada significativa á la ventana designada. Luego que marchó comenzó Mistres á admirarse de la tardanza de su marido. ¿Dónde estaria, y con qué motivo? Ella realmente lo ignoraba; pues creía que aunque habia dicho aquello en medio de su cólera, nunca tomaria semejante partido. Era ciertamente sensible que una jóven, á quien habia alimentado y educado como á su hija, fuese tan obstinada y tan ciega por sus intereses y los de ellos, que se negase á una cosa que haria la felicidad de todos; pero Mistres esperaba, que reflexionando con mas seriedad sobre el amor que felizmente habia inspirado al Lord,

su querida Ana pensaria de otro modo.

La buena muger, que realmente amaba á nuestra heroina, ligaba de tal modo con ella el interés de su familia, que se persuadia que ambas no eran mas que una sola, y sus ruegos iban acompañados de lágrimas. Ana tenia el corazon mas tierno del mundo, y cada rasgo de amor maternal que habia recibido de ella se presentaba á su memoria: se acordó con gratitud y cariño del estado de su infancia, y aun confesó ingenuamente que las esperanzas que Mistres habia concebido de un suceso tan inesperado para su felicidad eran tan naturales, como doloroso debia ser el perderlas. Consideraba que acaso por la última vez se veía con una persona que la habia educado con amor, y que aun estaba en su mano el recompensarla ampliamente del esmero que habia tenido en sus primeros años; pero tambien estaba en su mano el abandonar una casa,

que miraba como la de sus padres, ó exponerse á un mundo sin humanidad, ó tal vez á riesgos de quienes ni aun idea tenia. Pero ¡qué alternativa! ¿Era probable que el Lord Sutton, altivo, orgulloso, vengativo y ambicioso abandonaria un proyecto, que segun su propio billete le habia costado tan caro? ¿No buscaria modo de vengarse de un desaire que tanto heria su orgullo? Sabia ella bien que el interés era el ídolo de Dalton: un hombre tan opulento como el Lord, cuyo nombre solo era un talisman el mas poderoso para con las almas bajas, no carecia de medios, y era horrible el pensar que tampoco carecia de la voluntad de hacerlos servir á su gusto; es decir, que conocia su barbaro natural, y temia ser su víctima. ¿Pero casarse con él? y ella, que en verdad con nadie se hubiera casado sino con uno solo. ¡Ah! primero la muerte que semejante boda.

El terror que ya habia experimentado pensando en el regreso de Dalton la sobrecogio de nuevo, y se aumentó con la prohibicion que Mistres la impuso cuando dijo que queria salir á tomar el aire: de modo que poco faltó para que volviese á desmayarse de nuevo. Pidió entonces que la dejasen descansar, pues estaba demasiado débil para poder hablar: Mistres con su buen natural la suplicó pensase lo que se aguardaba de ella, y que la proporcionase el poder asegurar á su marido que estaba resuelta á pedir perdon de la grosera carta que habia escrito.

Los ojos de Ana se inundaron de lágrimas cuando Mistres se despidió, dándola un abrazo. Su resolucion empezó á vacilar algun tanto; pero habiendo mirado á la ventana, vió el criado de Collet, que aguardaba en la calle. Arrojó inmediatamente el lio, y encomendándose á Dios salió por una puerta falsa sin que

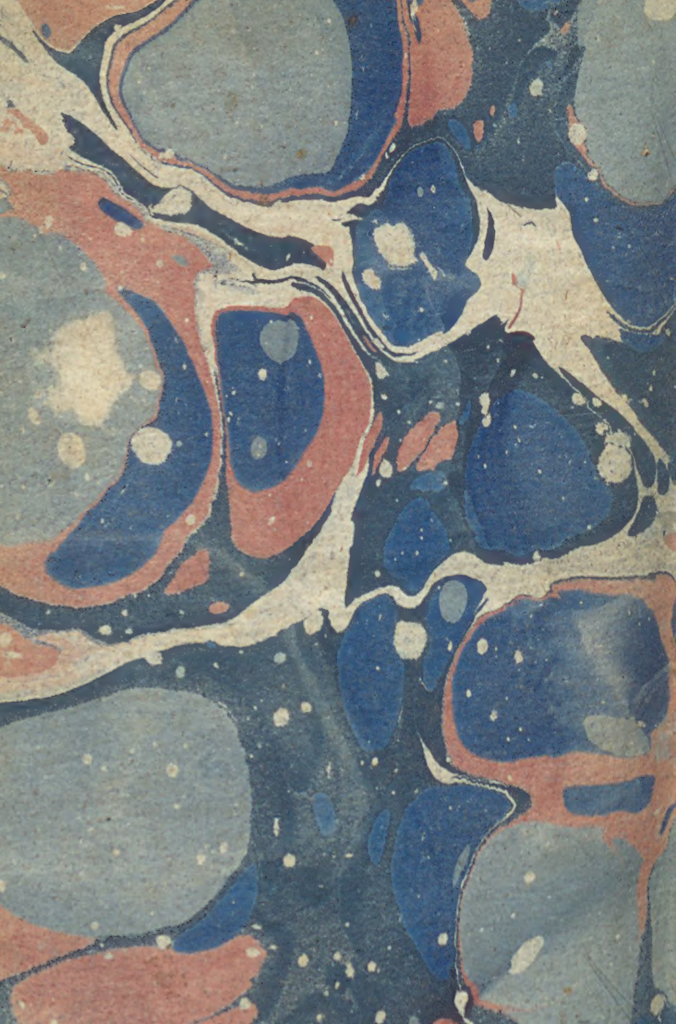
nadie la viese; y tomando una senda estrecha, que atravesaba el campo, fue á parar á la salida del pueblo. Allí encontró al criado con el lio, y á poco llegó el coche. Felizmente no iba otro pasagero, y así se metió prontamente en él, y corriendo sus persianas, se sentó, y cobró aliento.

FIN DEL TOMO II.

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS

QUE SE CONTIENEN EN ESTE TOMO II.




500505353
BGU A Mont. 08/6/08-21


OBRAS
DE
BENNET
2

colorchecker CLASSIC

mm

calibrite